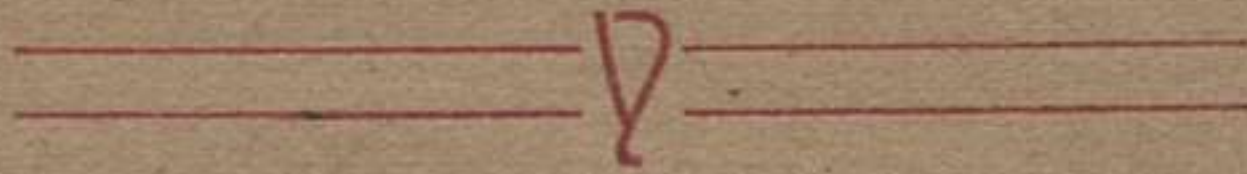


Henry Moten

P. JARA CARRILLO

PALABRAS



CUENTOS

VIEJOS



Murcia-Septiembre 1918

A

Al popular doctor José
Perez Mateo con toda
la admiración y afecto
que le profeso,

P. Juan

Palabras y Cuentos viejos

DMU
16339

lit. 23.5600
Cb. 1476616

P. JARA CARRILLO



Palabras _____

y Cuentos viejos



1918

Imp. Lourdes, S. Juan, 2

MURCIA

11. 378.491

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.—

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO

QUE MARCA LA LEY 火 火 火



FLORIMÁN

I

Hasta el rey D. Felipe había llegado la fama de los hechos de un joven hidalgo que paseaba sus audacias por palacios y tugurios de la Villa y Corte, causando envidia de caballeros encintillados y sembrando inquietudes amorosas en los corazones de damas y plebeyas.

Cada día, cuando se esfumaban las sombras que habían encapotado la noche, como nube de vapor que flota en el espacio dejándose advertir por los primeros rayos solares, también quedaba flotando en los labios cortesanos el hecho intrépido y misterioso del extraño hidalgo, de cuya pro-sapia y alcurnia y de cuyas famosas empresas no quedaba más rastro que el de su nombre: Florimán.

La última aventura que se comentaba era siempre la de la última noche; y ésta era el haber tendido a cintarazos a un inquisidor que quiso conducir a prisiones a una bellísima joven acusada de ser novia del diablo; el diablo era Florimán.

Y el rey D. Felipe II que aunque asaz entrete-

nido en las empresas turco-flamencas aun le quedaba espacio para arreglar los negocios de su Corte, tanto Florimán oyó en los labios de las damas de su palacio y de los caballeros de su nobleza, que mojando la pluma en los celos algo disimulados con el ropaje de su rigor justiciero, hizo salir de los puntos de su pluma la siguiente cédula:

«Encárguese al Comendador Mayor que procure sea habido el hidalgo Florimán y que venga a mi presencia vivo para hacer dél lo que será justo hacer».

Transmitió el Comendador las órdenes de Su Majestad a todas las autoridades de jurisdicción en la Villa, comenzándose una investigación minuciosa por todos los sitios de la Corte.

Florimán, sin embargo, era invisible.

Su persona no se aparecía a los secuaces del Comendador, pero sus hechos seguían sonando en los oídos de todos llegando hasta los del rey.

Esto puso acicates a la cólera del monarca, que haciendo cabalgadura en su soberbio espíritu, amenazó con severos castigos a sus alcaldes e inquisidores, si en breve plazo no veía él hecho carne y hueso en su presencia aquel nombre que parecía esencia del aire que le rodeaba.

En oyendo esta orden, redoblaron su celo cuadrilleros y corchetes, más por el premio que se

les había ofrecido que por los severos mandamientos de la justicia.

Un palaciego de esos que son capaces de entregar su alma al diablo y su dama al favorito del rey por alcanzar una palmada protectora del soberano sobre su flexible espinazo; un eterno aspirante a ministro, sin otra cultura que la urbanidad palaciega, de la que dijo Villarroel que es «*el más trabajoso empleo del ocio cortesano*», tomó por su cuenta el rebuscamiento y captura de Florimán, para que este servicio le alcanzara gracia en la magnanimidad regia.

Y como primer paso de su plan escudriñador, fuese a celebrar capítulo con una famosa bruja, que vivía en un apartado barrio de la Corte y cuya nigromancia endemoniada gozaba de un prestigio indiscutible entre la gente de más elevada alcurnia.

Echó sus cuentas el cortesano y vió que era el camino más derecho para llegar a la vista del hidalgo Florimán.

Llegó, en efecto, a la casa de aquella zahorí famosa y ella que conocía a toda la corte del rey Felipe II, porque ante toda ella había quemado sus sahumeros y había combinado los elixires de sus redomas, pronto reconoció al caballero, lo llamó por su nombre y le tendió la mano con autoridad protectora.

—¿A qué debo, mi buen D. Juan, esta visita

que llena mi humilde choza de vanidad y respeto? ¿Es acaso que los celos hicieron albergue en su corazón y quiere saber de nuevo quién le roba el tesoro de sus amores?

—No, no es eso, hermosa embrujada —contestó don Juan sonriendo.

Y era como él decía hermosa la tal bruja; porque cuando de brujas se habló, ha forjado siempre nuestra imaginación la escurrida figura de una huesuda vieja con sus ojos hundidos como cuevas dantescas, boca desdentada y metida en el carnosísimo paréntesis de una nariz aquilina y de una barba mefistofélica.

Así únicamente nos las forjamos cuando las consideramos recorriendo los espacios etéreos en el negro aquelarre, cuyo ruido más adecuado es el crugimiento de los descarnados huesos y el de las cañas de las escobas que les sirven de mágicos clavileños.

Pero la bruja aquella no pertenecía a esa concreción senil de la brujería andante al uso. Su juventud le cruzaba la cara con los resplandores de una belleza singular: alta de cuerpo, llena de busto, ancha y redonda de los flancos y torneada de brazos y de cuello, era más apropiada su figura para recorrer las tinieblas de las noches del sábado en brazos de un mancebo a lo Florimán, que en el enjuto lomo del clavileño de una escoba.

Era su estancia reducida y lujosa: en ella no faltaba ni uno de los esplendores del fausto oriental.

Dos pebeteros ardían calladamente en los rincones de la estancia, dos pebeteros de luz violácea que parecían parpadeos de ojos rasgados a medio abrir.

El perfume que emanaban era arrobador y llegaba a la exaltación de los sentidos a los pocos minutos de permanecer en aquella habitación de magia perfumada.

Era el secreto de la bruja. Quien la visitara tenía que rendirle sus sentidos a su belleza y ver lo que ella viera y pensar lo que ella pensara, sumergido en un hipnotismo extático que prendía las voluntades no dejándolas pasar si no era desde las cimbras de su luminosa túnica a la almadraba de su pelo.

—Vengo —prosiguió Don Juan— a que tu ciencia oculta me haga sabedor de un transcendental secreto que el rey nuestro señor me ha encomendado. Has de preguntar a tus mágicas redomas, y has de martirizar a tus infalibles retorteros, hasta que des con un hidalgo llamado Florimán, que anda por la Villa como diablo suelto, en franca rebeldía con Dios y con el rey. Dicen que es un sabio, quienes, que un profeta, otros, que un aventurero con fortuna, y los más, que un amigo del mismísimo demonio; lo cierto es que su nom-

bre vive en nuestros oídos y su figura es como el fuego fátuo que corre tras nosotros a impulso de nuestro propio viento.

—¡Florimán... Florimán...! ¡Qué nombre más bonito!—dijo la maga, pensativa.—Volved, señor Don Juan, mañana mismo que yo os aseguro que de entre mis llamas surgirá la persona de ese hidalgo misterioso y nos dirán cuál es su paradero.

—Pensad—agregó el caballero—que en esta empresa os jugais la libertad y la vida, puesto que el rey nuestro señor lo quiere.

—Id tranquilo, Don Juan.

Y el cortesano salió de aquella casa perfumada poniendo antes el embozo de su capa a ras del ala de su chambergo.

II

Ha entrado en la estancia de los pebeteros un arrogante joven, cuyo talante acaricia y cuya gallardía rinde.

La bruja ha dejado su laboratorio y ha salido a presencia del doncel, interrogándole con una mirada misteriosa y extraña.

—¡Hermosa bruja! Hechicera debeis de ser, más por vuestros encantos que por vuestra alquimia embaucadora. Vuestros ojos encierran la ciencia oculta que os hace pasar por maga; y a fé que me extraña grandemente ver como mujer de tales

gracias y primores, dedica su sabrosa juventud a estos menesteres de tercerías repugnantes, reservadas siempre a las acartonadas alcahuetas.

La postura gallarda del mancebo y sus galantes palabras, cosquillearon el corazón de la bella zahorí y encendieron un ligero fuego de lujuria en su alma, que hizo temblar sus carnes de placer.

—¿Quién es el galán que así desacredita mi nigromancia infalible?—preguntó la bruja.

— Soy Florimán...

A este nombre, se estremeció la maga y retrocedió un paso sorprendida.

—¿Os asusta mi nombre?—prosiguió el mancebo.—Os debe alegrar por el contrario. Habeis prometido entregarme a la justicia del rey, y como yo sabía que os iban a fracasar vuestros oráculos y que ésto os podía costar la libertad y á caso la vida, he venido a salvaros. Miradme bien, para que podais dar exacta cuenta de mi figura y condición.

Y diciendo ésto, sacudió sus hombros y dejó caer sobre la alfombra su roja capa de finísima tela.

La bruja quedó sorprendida ante tal ejemplo de belleza varonil; era la perfección acabadísima de la obra humana.

La hermosa maga quedó empequeñecida ante aquel mancebo, y no acertó sino a balbucir algunas palabras entrecortadas.

Florimán, aprovechando estos momentos de su magia infalible, se adelantó hacia la bruja y rodeando su cintura con su brazo la llevó insensiblemente hasta un diván próximo.

Juntos, muy juntos, casi confundiéndose sus cuerpos y sus alientos, comenzó el hidalgo a decirle:

—Seremos amigos, hermosa bruja, seremos muy buenos amigos. Y no es que yo mendigue tu amistad para salvar mi vida; por el contrario, en nuestra alianza yo seré el que imponga las condiciones. Nada me importa el que me entregues a los secuaces del rey; yo mismo te diré mi paradero para librar tu vida y para que ganes el premio que los cortesanos te ofrecen. No temas por mí, que yo soy inmortal; soy la Verdad, soy la Ciencia, y la Verdad y la Ciencia no morirán nunca.

La bruja, cada vez más confusa, a cada instante más sorprendida, habría sus ojos grandes y bellos sin saber qué hacer ni qué decir.

Y Florimán, aprovechándose del efecto que su presencia y sus palabras hacían en la hermosa zahorí, cada vez la apretaba más contra su pecho, acariciando su ebúrneo cuello con la mano, hasta llegar a juntarse los labios en un beso que ya no tuvo ella tiempo de rechazar, porque había sido como un chispazo que fundió la fuerza arrolladora de dos juventudes ardientes de pasión, plenas de vida.

El impulso con que la bruja iba a rechazar la caricia del gallardo mancebo, fué trocado por otra caricia con que su pequeña y suave mano halagó la cabeza de Florimán, que sonreía con la sonrisa del triunfo.

—Ya ves, hermosa bruja, como es un inconveniente tener el corazón joven y la sangre moza para ejercer la profesión de la hechicera, sabiendo que el amor es el soberano de todas las magias presentes y futuras—dijo Florimán, sellando sus palabras con un beso que casi mordió los labios de la maga.

Ella se estremeció con un sacudimiento de placer, y en vano buscaba palabras con que rechazar aquel atrevimiento que la sedujo desde los primeros instantes, ni tampoco para hacer justificación de haber rendido su soberbia hermosura y la rebeldía de su corazón a todo halago de un amor verdadero.

Estaba rendida.

Aquel mancebo era para ella la aparición de un ideal que había brillado más de una vez en las llamaradas azules de sus retortas y en las apariciones fantásticas de sus magas evocaciones; un ideal que había tomado carne y forma real en un cuerpo que sentía cerca de ella, en unos brazos que la estrechaban poco a poco con más efusión, en unos labios que encendían su alma con sus besos de ardiente juventud...

...¡Estaba rendida!

Y en este estado de mujer vencida, olvidó por un instante sus magias brujas y sus maquinaciones hechiceras, cerró los ojos como si cayera en un éxtasis arrobador, y no salieron de sus labios más que estas palabras:

—¡Florimán, Florimán...!

Fué esta exclamación a media voz, como si la pronunciara más con el alma que con los labios, un desahogo del espíritu sometido, un suspiro de descanso, como aquel que se exhala después de andar fatigado mucho tiempo por un desierto, al llegar al oasis y apurar el agua fresca de la cisterna...

Fué un vagido de la extrema exaltación de placer.

Florimán, entonces, saboreó el botín de su triunfo, bebiendo en el ánfora de aquel cuerpo prodigioso el embriagante licor de la juventud y de la vida...

.

III

Al día siguiente, el caballero Don Juan volvió a verse con la bruja.

—Vengo a ver si una vez más ha triunfado el poder de tu magia, dijo el cortesano.

La maga, con una sonrisa enigmática, contestó:

—Ha triunfado como siempre, señor Don Juan; Florimán es nuestro, ha estado en esta casa, he hablado con él y vendrá cuando yo quiera.

—¿Y no será una mentira más con que pretendes acreditar tus brujerías? Interrumpió el caballero.

—Ved y os convencereis—dijo la bruja con sonrisa triunfante y poniendo en las manos del cortesano una preciosa daga florentina guarnecida de brillantes.

Don Juan la miró deslumbrado y leyó en su empuñadura un nombre: Florimán.

Su alegría fué inmensa. Iba a ser el caballero preferido del rey, cuando éste supiera que había descubierto al misterioso mancebo.

Quiso guardarse la daga para probar en palacio su triunfo, pero la bruja se la arrebató de las manos.

Era indiscreto. ¿Qué diría ella a Florimán cuando volviera a preguntar por la preciosa prenda que había dejado olvidada?

Sospecharía acaso de su situación, y todo se había perdido.

—¿Cuándo, pues, hemos de poder prenderle y llevarle a presencia del rey? —preguntó Don Juan.

—Mañana, contestó la bruja; tened gente dispuesta en la esquina de la calle y estad con ella listo, que el joven no es manco ni pesado y no se entregará a las primeras.



Y la bruja retrató de palabra al mancebo, cuya figura fué grabada en la imaginación del caballero.

Sola quedó la hermosa zahorí y mucho meditó lo que pensaba hacer. Entregar a Florimán, era para ella el éxito más grande de su vida de sortilegios y embaucamientos y al mismo tiempo le valdría una fortuna por la fama y crédito que sus brujerías tomaran entre las damas y caballeros de la Corte, que irían a su sala perfumada a dejarle el oro en chorro inagotable.

Pero ¡era Florimán tan bello...! ¡Se había metido tan dentro de su alma...!

Y pensó que más valía un rato de placer entre sus brazos, que todo el oro del Potosí.

Y en esta lucha de su espíritu, en que batallaban su amor y su codicia, esperó intranquila el día siguiente.

Apenas habían comenzado las opacidades del crepúsculo de otro día, cuando Florimán llamaba a las puertas de la estancia de las brujas.

Al encontrarse frente a frente, ella tembló de emoción y remordimiento.

Quiso caer en los brazos del mancebo para volver a embriagarse en sus caricias, pero Florimán lejos de acariciarla la miró frente a frente, en son de reto, y le dijo:

—Sé que me piensas entregar esta noche a los caballeros del rey, y yo lo hubiera evitado no viniendo a tu casa; pero mi misión redentora me

obliga a jugarme la libertad y la vida, por la verdad y por la patria.

—¡Qué decís!—exclamó la bruja sobresaltada.

—Ya lo has oído. Vengo, porque antes de entregarme al rey quiero acabar con tus brujerías estúpidas, con esas brujerías con que teneis entumecidas las conciencias... Sí, quiero acabar con toda vuestra alquimia falaz, con todas vuestras redomas embaucadoras... Ya es preciso que acaben los tiempos de las brujas, que tienen esclavizados los espíritus.

La maga miraba a aquel mancebo con ojos espantados, y la figura de Florimán tomaba un aspecto apostólico, una grandeza de redentor que la enamoraba más.

—Yo tengo también mi alquimia, prosiguió el hidalgo, pero esa es la verdadera; de mi laboratorio salen las hermosas verdades que enriquecen los libros de los sabios, y no es justo que sigan confundándose con hechicerías de alcahuetas y terceronas...

Y diciendo ésto, desenvainó su tizona y corrió al gabinete en donde estaban los hornillos y retorteros diabólicos y las sustancias químicas que sirvieran a sus contumaces brujerías. Comenzó a cintarazos y pronto rodaron por el pavimento, hechos añicos, todos los botes e instrumentos que la bruja tenía para sus maquinaciones y hechizos.

—¡Qué has hecho!—gritó desesperadamente aquella mujer.

—Destruir la mentira y el engaño, en nombre de Dios y de la Patria—contestó Florimán, con voz solemne que confundió a la bruja.

Por la imaginación de ésta, pasó entonces una idea criminal. Recordó que llevaba consigo la daga del mancebo y resolvió hundirla en el pecho del destructor de sus vasijas.

Rápidamente la blandió en su mano y hubiera llevado su intento a cabo si la serenidad de Florimán no fuera tanta.

—¿Qué vas a hacer, bruja imbécil? ¿No ves que si me matas no ganarás el premio de mi entrega? Recuerda que la cédula del rey, nuestro señor, dice:

«Encárguese al Comendador Mayor que procure sea habido el hidalgo Florimán y que venga a mi presencia vivo, para hacer dél lo que será justo hacer.»

Al escuchar estas palabras, bajó el brazo la bruja y desistió de su propósito. Vaciló unos instantes y al fin exclamó:

—Bien, ¿y qué?, con romper mis vasijas nada habeis conseguido, puesto que con acabar con los cacharros no dareis fin a la brujería, que ella vive en el espíritu del pueblo

—Tienes razón—replicó Florimán —pero has de

saber que si es cierto que puedes reponer tus hornillos y redomas fácilmente, no podrás rehacer la oscuridad de las almas, a las que pienso iluminar con mi ciencia y mi palabra. Para eso laboraré en mi alquimia y hablaré en las plazas; y pronto vendrá el día en que entre la luz en las conciencias por medio de mis verdades. Yo arruinaré tu industria de mentiras para que mueras de hambre, y encima de eso, despierta el alma del pueblo, te arrastren por las calles como plaga de las edades presentes y pretéritas.

—¿Quién eres tú, que así me hablas? preguntó cada vez más enamorada del mancebo, la bruja.

—Eso no lo sabrás, porque tú no eres capaz de comprenderlo—contestó Florimán—entrégame a los secuaces del rey, que ya estarán al acecho, y al rey, nuestro señor, diré quién soy.

La bruja se arrojó desolada en los brazos del mancebo y lo llevó a un asiento inmediato, donde ambos cuerpos cayeron confundidos en uno solo.

La hermosa zahorí cubría de besos el rostro de Florimán, estrechándolo contra su seno con un efusivo temblor de lujuria, y le habló al oído estas palabras:

—Florimán, alma mía, quien quiera que seas, yo te amo como el primer amor; tú eres el ideal que tanto tiempo espero; ¿por qué te interpones en mi camino como mi ángel malo, si te esperaba

como flor que perfumara mi vida? Nó no te entregaré al rey; yo quiero que vivas para mí; yo te perdono el mal que me has hecho y prometo salvarte de las iras cortesanas... Quiéreme, Florimán, que mi cuerpo que es flor de juventud perfumada y mi alma que fué siempre rebelde al amor, son tuyos... Haz lo que quieras de ellos.

—Estoy escuchando el silbido de la serpiente, como si ella fuera tus brazos que quieren ahogarme... ¡Déjame!

Y Florimán rechazó aquel cuerpo descubierto por sus más encantadoras formas e intentó huir hacia la calle.

La bruja se interpuso con decisión entre él y la puerta, impidiéndole el paso.

—Déjame salir—gritó Florimán.

—No, no saldrás, replicó ella.

—Pues abriré tu pecho con mi espada.

De pronto, la hermosa maga dejó vislumbrar una sonrisa que llenó de luz todo su rostro, como si hubiera encontrado la solución de su problema.

—¡Espera! —dijo a Florimán con misterio...

Y fuese a una habitación contigua.

Florimán esperó sin saber lo que hacía.

La bruja volvió muy pronto con un frasco en la mano

—He aquí—dijo--el único pomo que se ha salvado de tu furia destructora y él es el que te ha de salvar la vida; en él está encerrado el gran secreto

de mi ciencia oculta: veamos ahora si crees en mis hechizos.

Y cuando dijo ésto, arrojó al rostro del mancebo el líquido que había en aquel oloroso pomo.

—¿Qué has hecho?—exclamó furioso Florimán.

—Ya lo sabrás más tarde y me darás gracias—contestó la endemoniada zahorí—ahora sal cuando quieras.

Florimán vaciló unos instantes, y al fin, echó su capa sobre el brazo y salió a la calle, como quien huye del infierno.

En la esquina inmediata había cuatro embozados que asomaban por debajo de sus capas las puntas de sus aceros desnudos.

Florimán requirió el suyo y se dispuso a entregarse a caro precio.

Al llegar junto a ellos vió que se le aproximaban disimuladamente, como para reconocerlo bien: luego se replegaron junto a la pared y le dejaron paso.

Florimán, recordó entonces las palabras de la bruja de que lo había de salvar y se perdió en el laberinto de callejas hecho un mar de confusiones.

Los embozados siguieron en su acecho algunas horas, al cabo de las cuales, uno de ellos se separó del grupo y se dirigió con paso acelerado hacia la casa de la bruja.

Pronto se abrió la puerta y pronto se vió frente a frente de ella.

—¡Me has engañado, bruja embaucadora!—dijo D. Juan sin contener la ira.

—Decidme por qué—contestó la zahorí serenamente.

—Florimán no ha salido de tu casa y ya ha pasado la media noche.

—Yo os puedo asegurar que sí ha salido: ved las huellas de su visita en mi casa.

Y la bruja mostró a Don Juan los pedazos de su laboratorio como obra de Florimán.

—De tu casa, solo ha salido un hombre—dijo Don Juan—pero ese hombre no era el mancebo que tú me habías pintado, sino un anciano de rostro arrugado y canosos mostachos...

La bruja no pudo contener una carcajada de satisfacción, de orgullo, por el triunfo de su hechizo.

—¿De qué te ríes?—preguntó D. Juan impaciente.

—Pues me río de ver que Florimán os ha burlado. De esta casa no salió más que él esta noche y salió tan mancebo y gallardo, como yo os lo había dibujado.

—¡Ira de Dios!—rugió el cortesano.

IV

Al día siguiente anunciaban al rey Felipe II que un anciano llamado Florimán, deseaba alcanzar la

gracia de que lo recibiera en audiencia privada.

Al escuchar aquel nombre, el monarca se puso en pie como si se moviera por resorte.

Los nobles que le acompañaban se miraban asombrados, esperando la contestación del soberano.

—Que pase Florimán—dijo seca y sóbriamente el rey—y miró a sus nobles insinuándoles que le dejaran a solas.

Los caballeros salieron y pregonaron por todo palacio el acontecimiento.

Si se hubieran descorrido los tapices que cubrían las puertas de la sala regia, se hubieran visto como racimos los caballeros y damas engolados que aplicaban los oídos a los resquicios de las puertas.

En tanto, Florimán, se encontraba ante el monarca.

No era ya aquel mancebo de rostro bello y varonil, sino un decrepito anciano, que si bien conservaba la gallarda apostura de su cuerpo, su rostro era rugoso y enjuto y sus mostachos nacientes, mostraban el blancor de las canas.

Esta había sido la obra de la bruja. Quiso salvarlo de sus perseguidores y lo envejeció para que lo desconocieran, aunque con ello perdía el placer de disfrutar su juventud embriagadora.

Al mismo tiempo pensó la bruja que le era muy necesario a su industria engañadora, desfigurar el

rostro de aquel enemigo de la brujería; porque discurría que la predicación de un anciano ridículo, no arraiga tanto en el alma popular como las palabras que salen de una gallarda y bella juventud.

Así, pues, satisfacía la bruja los deseos de su amor primero salvando la vida del mancebo, y defendía los embaucamientos que alimentaban su codicia de dinero y de influencia cortesana.

De esta manera comenzó su interrogatorio el rey Felipe:

—¿Cómo os llamais?

—Florimán.

—¿No teneis otro nombre?

—Que yo sepa, no.

—¿Dónde habeis nacido?

—No lo sé. En España sé que fué, solamente. Soy español.

—¿Vuestros padres?

—No los he conocido. Dicen que me llamo Florimán porque me hallaron al poco de nacer en un jardín y además por la belleza de mi rostro que pregonan que atrae.

—La belleza de vuestro rostro, sería en un tiempo—replicó el rey con ironía.

—Hasta ayer fué—dijo Florimán.—Una bruja de esas que oscurecen las almas de vuestro pueblo, ha oscurecido también mi rostro con la vejez, porque ha visto que mi ciencia matará sus mentiras.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta años.

El rey cada vez más extrañado, aunque no lo reveleba en su rostro, iba interesándose por aquel misterioso personaje.

—¿Qué has hecho de tu vida?

—Consagrarla a la patria.

—¿Y cómo?

—Primero le di mi sangre por espacio de cinco años y ahora aprendo en los libros la ciencia del futuro...

—¡La ciencia del futuro!...

—Sí; señor: busco la *piedra filosofal* ya muchos años; y bien sabe Dios que quisiera encontrarla como espero, para alargar la vida de mi rey y hacer de oro su reino, acabando así con un pueblo embrujado sin más ciencia que la nigromancia y la superstición.

—¿Luego tú eres alquimista?

—En esos libros estudio y en esas ciencias paso mis noches de claro en claro y mis días de turbio en turbio.

—¿Tú también crees en esa *piedra filosofal* que lo filósofos buscan?

—No—dijo Florimán—mi *piedra filosofal* es otra; no es aquella de la filosofía peripatética de la que ya nos habló Aristóteles y que prosiguieron con tanto ahincamiento San Alberto Magno, San Gregorio, Raimundo Lulio y otros infinitos alqui-

mistas, que aunque dijeron haber encontrado la maravillosa *agua de la vida y del oro*, se han llevado la receta a la tumba, dejando a la humanidad sumida en sus mismos dolores, en sus mismas enfermedades, sujeta a la muerte y en medio de la pobreza y la miseria. Mi Crisopeya es otra, es la verdadera *piedra filosofal*, que si no fabrica el oro ni las piedras preciosas porque esa es obra exclusiva de la Naturaleza, puede enseñar el camino por el cual se va a los países donde el oro existe y donde está el remedio para las enfermedades de la humanidad; que es una de ellas y la más grande, la ignorancia, en la que tienen su albergue los hechizos y donde cabalgan los aquellos brujos en las noches de los sábados. Yo he visto en esos libros que estudio esa *piedra* maravillosa; leo en sus líneas confusas y miro a las nubes viendo como el rayo destruye los templos y los monumentos; y sigo leyendo y contemplo los barcos que cruzan los mares a merced del viento... ¡Si yo encontrara esa *piedra filosofal* que domara al rayo y que gobernara las naves...!

—Me interesa vuestra filosofía—replicó el rey—pero la considero de un atrevimiento excesivo. Si no hubiérais dado la sangre por la Patria, tened por seguro que desde aquí iríais a que os examinaran mis inquisidores de química en los potros de sus aulas; pero esa sangre derramada como soldado, os redime por esta vez: llevad cuidado

de que no se os acuse de brujo, que entonces no tendreis perdón.

Y señaló la salida con el índice de su mano.

Florimán inclinó la cabeza y salió de la estancia regia.

Los cortesanos que escuchaban arrimados a las puertas, indignados por el perdón que el rey había concedido al mancebo misterioso, se reunieron todos y con los brazos en alto expresaban su indignación.

El odio que sentían hacia Florimán era tremendo.

Su ciencia, su juventud y su belleza, más de una noche había abierto las ventanas de las estancias de más de cuatro de aquellos cortesanos y había sido recibido en los brazos de damas de la más alta condición y rango.

Era preciso que muriese en los tormentos o en la hoguera aquel causante de su deshonor y aquel peligro de su paz y tranquilidad.

Y así pensando todos en un común acuerdo, decidieron presentarse al monarca y pedirle la orden de prisión del hidalgo Florimán.

Solicitaron audiencia del rey y expusieron en artificiosos discursos mil causas por las cuales el mancebo debía ser encarcelado y condenado a muerte.

El rey que se resistió en un principio acabó por hacer un indiferente movimiento de hombros y exclamó:

—Sea como queráis.

Y se ordenó la prisión de Florimán.

V

El caballero Don Juan fué el que con más ahinco empezó la busca del mancebo.

La bruja fué su primer confidente en esta obra de persecución implacable.

Fué a la casa de la zahorí y le dió cuenta de la disposición del monarca, advirtiéndole a la vez que en ella depositaba la confianza para que die-
ra con el paradero de Florimán y lo entregara a la justicia. Y terminó el caballero diciendo a la bruja:

—Si para mañana a estas horas no me has entregado en tu casa a ese mancebo o me dices su guarida, tú ocuparás su puesto en el tormento de nuestra Santa Inquisición.

La bruja tembló de terror; pero ante tal amenaza, hizo promesa solemne de cumplir lo que en nombre del rey se le pedía.

Y Don Juan salió satisfecho de su triunfo, gozando de antemano el suplicio de aquel mancebo que había deshojado la delicada rosa de la virginidad de su hija.

Cuando quedó sola la zahorí, dos lágrimas salieron de sus ojos.

Tenía que entregar ella misma en manos de la justicia a aquel que era su primer amor, por el que sentía esclavizada el alma.

La lucha que se entabló en su espíritu fué terrible y cruel.

Esperó que llegara la noche y cuando ésta era bien entrada, se arrebujó en un negro manto que la cubría de los pies a la cabeza y salió de su casa, atravesando calles y calles hasta llegar a una muy angosta y oscura.

Llamó en una puerta, que se abrió a los pocos minutos, dejando franca la entrada.

La bruja subió los peldaños de la escalera y entró en una habitación en la cual se encontraba Florimán sentado y embebecido en la lectura de un libro voluminoso.

Aquella habitación era su laboratorio, a juzgar por los aparatos que en ella se veían y por las innumerables vasijas de todas formas y tamaños.

De una habitación contigua salía una oleada de perfumes de rosas frescas y olorosas.

Florimán, sin levantarse, volvió el rostro y reparó en la bruja.

—¿Qué te trae por aquí?

—Vengo huyendo de la justicia que me persigue—contestó ella disimulando su fingimiento.

—¿Tú de la justicia?—preguntó extrañado el mancebo.

—Creen los caballeros de la Corte que con mis hechizos he hecho que el rey te perdone y quieren vengarse: ¿podré contar esta noche con

tu amparo y con tu albergue?—dijo la bruja en tono suplicante.

— Cuenta con él —respondió Florimán.

La hermosa zahorí rodeó el cuello del mancebo con sus brazos y cuando reparó en su rostro de anciano, retiró sus caricias sin poderlo disimular.

—¿Qué, te repugna tu obra? ¿Sientes repulsión de mi rostro que tú misma has envejecido? Nada has adelantado con eso. Si lo hiciste porque mis predicaciones contra las brujerías de tu industria no tengan eficacia en el alma del pueblo, has de saber que no hablaré; pero desde mi laboratorio escribiré en libros la ciencia que poseo y en ellos enseñaré a las gentes a huir de vosotras, porque sois la superstición, el fetichismo, la ignorancia tenebrosa.

Y Florimán prosiguió:

—¿Ves esos montones de flores que tengo ahí más adentro? Pues con ellas he de hacer en mis alambiques la salvadora *agua de la vida*, la verdadera *piedra filosofal* que ha de destruir el dominio de las brujas en España. Esas que ves son *las flores de la vida*.

Si tú fueras un alma capaz de regenerarte, dejarías tus nigromancias y vendrías conmigo a ayudarme en mi laboratorio. Yo entonces, te perdonaría; porque es que la mujer al lado de la ciencia, la alienta y diviniza, a más de comunicar energías invencibles a los hombres que investigan.

—Sí, sí—exclamó la bruja—yo viviré contigo renunciando a mis engañosos artificios... huiremos lejos, muy lejos y te prestaré alientos en tus inventos maravillosos.

—¡Ay! Cuando todas las mujeres vengan a comprender y a alentar la ciencia de los hombres, se habrá salvado la Patria—exclamó Florimán en tono sentencioso

Y poniéndose en pié, prosiguió:

—Ya que me prometes tu ayuda y tu regeneración, comienza esta noche a realizar tu obra: mientras duermo y descanso, cuida de separar esas flores que ahí ves, poniéndolas en ramos en los cuales no haya más que las de una misma especie. Cuando acabes descansa tú también y hasta mañana.

Y Florimán entró en una habitación contigua donde estaba su lecho.

La bruja quedó perpleja un buen rato, como meditando un plan.

Era muy hermoso cuanto le había dicho Florimán y acaso hubiera hecho efecto en su corazón, si no viera su rostro envejecido: su amor que tenía más de carnal que de espíritu no era bastante para sacrificar su vida fastuosa y su industria productiva.

Por otro lado, consideraba que aquel extraño hombre era peligroso en extremo: él era capaz de despertar al pueblo y de acabar con sus industriosos embaucamientos.

Era preciso que muriera y a ello se decidió; pero en medio de su implacable e irremisible sentencia, tuvo un rasgo de delicadeza femenil.

Florimán había sido su primero, su único amor, y no estaba bien que éste muriera retorciéndose en los potros del tormento y en el fuego de la hoguera. Otra muerte quería ella más dulce, más suave, que fuera así como un póstumo tributo que su alma rindiera al único amor que había pasado por ella.

Pero lo primero era salvar la industria de su magia y su propia vida amenazada, si no entregaba a Florimán.

Y pensando en ésto entró al cuarto en donde estaban las flores.

Como le dijo Florimán las dispuso. Más de una hora empleó en hacer los ramos de las distintas rosas, que casi llenaban aquella estancia.

Así que las tuvo dispuestas se dirigió hacia la alcoba en que dormía Florimán, y con mucho sigilo observó su sueño.

Este era profundo.

Entonces, la bruja, fué trasladando los ramos de las flores y colocándolos en torno del lecho del mancebo envejecido. La habitación quedó cubierta completamente de rosas de olor penetrante.

Sobre el lecho, sobre las mesas, en todas partes colocó aquellos floridos ramos que iban poco

a poco perfumando la estancia con perfume fuerte, intenso.

La bruja, cerró herméticamente las puertas de la alcoba, y enjugando dos lágrimas de sus ojos, salió de aquella casa, perdiéndose en la oscuridad de las calles.

Su figura envuelta en su amplio y negro manto, parecía un ser diabólico que había bajado al mundo en la media noche, para sembrar el mal.

.
.

Al día siguiente, la Inquisición entró en el laboratorio de Florimán y encontró al mancebo muerto en su lecho, víctima del aliento venenoso de las flores.

La justicia destruyó los aparatos de los experimentos y quemó los libros del sabio.

La brujería y la superstición habían triunfado sobre la ciencia redentora.

Aquellas que hubieran sido en manos de Florimán las flores de la vida, fueron en manos de la bruja las flores de la muerte.

JUAN SOLDADO

I

Comenzaba la noche tradicional de la alegría estruendosa; la noche de la conmemoración universal del nacimiento de Cristo.

En la aldea, la gente brava de la tierra fecunda, había dejado sus aperos, y replegándose en sus viviendas luminosas en busca del mimo cariñoso del hogar engalanado, echaba sobre las calcinadas losas de la amplia y tosca chimenea los más grandes leños de los olivos arrancados, víctimas de las últimas sequías.

Mientras las mujeres aldeanas dejaban sin plumas con mucha atención y serios escrúpulos a los estrangulados pavos, los viejos labradores trasegaban el vino del pellejo hinchado o la bota familiar, que se tornaba rolliza y saludable al absorber la ubre de la madre corambre.

Los chiquillos desarrapados, haciendo rabeles y sonajeras de las zarandas y almireces, escandalizaban los recintos con sus estridencias pastoriles y con sus sonoros villancicos.

Había comenzado el alborozo en todo el reducido vecindario de la aldea.

Por las bocas de las enhiestas chimeneas se expansionaba el humo a borbotones gigantescos, cubriendo el espacio de infinitas chispas de luz que llenaban los aires de alegría, y el ambiente de embriagador perfume de romero.

A medida que avanzaban las horas de la Nochebuena iba haciéndose más estridente el ruido ensordecedor de los pastoriles instrumentos y creciendo el coro de cantores de villancicos, mezclándose las roncas voces de los viejos bebedores con las notas agudas de las mujeres y los niños.

Menudeaban entre copla y copla los tragos del tinto y chispeaban en los espetones candentes los grasientos trozos de los bípedos sacrificados.

Y al paso que menudeaban los tragos, crecían también el ansia de más estruendo, las ganas de gritar con más fuerzas los cantares propios de la noche.

Y entonces, los viejos chocarreros y ocurrentes para hacer un alarde de su buen humor que confunda a toda aquella tonante algarabía instrumental, se van a los establos y vuelven luego a la cocina golpeando con la aguijada sobre la férrea plancha de la trahilla, o bien con los sonoros collares de las yuntas y los cencerros del rebaño, sacudiéndolos a todo sacudir.

Se han olvidado por completo de las penas.

Los viejos que en esos momentos se emborrachan de alegría y de vino, comentaban el día anterior en las puertas de sus viviendas el mal que aflige al campo y a la ciudad.

El hambre había bajado a los llanos y había subido a las montañas.

—Yo he visto—decía el día antes un anciano de gran experiencia —he visto que todas las mañanas cuando los niños se sientan al sol en la puerta de la escuela a esperar la hora de la entrada, comiéndose los pedazos de pan de su almuerzo, llegan los pájaros hambrientos y sin temor a ser aprisionados, se paran en las manos infantiles y picotean el mendrugo con avidez, como dispuestos a disputarlo violentamente con los chiquillos.

—También he visto yo —replicaba otro viejo—venir los lobos en bandada hacia el establo y hacer presa en los corderos de tal modo, que ni apuntándoles con nuestras escopetas soltaban sus presas, sino para enseñarnos sus quijadas en son de amenaza. Nos causaban temor. Y año de hambre es aquel en que los lobos discuten a los hombres los corderos en su propio establo, y los pájaros picotean el pan en las manos de los niños.

Malos años, peores Gobiernos, la guerra asoladora, habían convertido los campos en tierra de sepulturas: en los barbechos caía de las manos la semilla junta con las maldiciones de los labios.

Los hogares, en tanto, estallaban en explosiones de alegría y de bullicio.

Era preciso apurar todo el gozo de la Nochebuena, que es única en el año: era menester entrar en esa alegría de calendario, en la hartura reglamentada, en la embriaguez de tradición y en la religiosidad de francachela; de la misa de Gallo, a los toros del día siguiente; de los toros, a la manifestación tumultuaria demandando ante el alcalde remedio para el hambre...

II

Por la enzarzada vereda que desde una carretera próxima conducía a esta aldea ruidosa y jocunda, envuelto entre las sombras, caminaba lentamente un soldado, sin más abrigo que cubriera su cuerpo que un ligero uniforme de rayadillo.

Avanzaba hacia el caserío y a medida que se acercaba a él, iba llegando a sus oídos con más intensidad la algazara de los hogares en fiesta.

Aquel soldado era un repatriado que regresaba de tierras africanas.

Juan Soldado le llamaban sus camaradas, porque sabían que era huérfano y no tenía hogar en donde cobijarse cuando acabara el servicio de la patria.

Había nacido en aquel caserío cuyas luminosas

chispas ofrecían a sus ojos las humeantes chime-neas.

Salió de aquel lugar apenas cumplidos los diez años.

Murió su madre al darlo a luz y su padre algún tiempo después.

Ya nadie recordaría de él después de tantos años de ausencia.

Pero no tenía otro lugar conocido a donde dirigirse y desde su desembarco, pensó en aquella aldea en donde estaban enterrados sus padres y cuyo recuerdo infantil era para él toda España.

—Acaso—pensó—quede algún pariente que me ofrezca hogar y trabajo; y si nó, rezaré sobre la tumba de aquellos seres que perdí tan temprano y volveré de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad hasta donde el trabajo me dé una patria chica.

Y prosiguió por la vereda enjugándose dos lágrimas que brotaron de sus ojos.

El frío era intenso. Las nubes que al anocheecer habían encapotado el cielo, comenzaron a blanquear la tierra con una continua y sutil nevada.

El pobre soldado iba temblando del helor, que se le había metido en los tuétanos.

Más de una vez sintió que desfallecían sus miembros y tuvo que hacer alto por temor a caer hácia los barrancos próximos, que abrían sus negras y descomunales bocas a las orillas de la vereda.

Más de una vez huyendo de estos abismos, se aproximó tanto a las zarzas, que ensangrentó sus manos y su cara, y hasta dejó girones de sus ropas en las pinchas.

La nieve además había cubierto el uniforme del repatriado, como un sudario, y al descongelarse aquellas cuajadas gotas, empapó sus carnes el líquido de hielo.

Anduvo, anduvo movido más bien que por sus propias fuerzas, por la atracción de las chispas de lumbre que vomitaban las chimeneas; pero no pudo llegar hasta el umbral de ninguna puerta, teniendo que caer aterido y casi sin sentido a la entrada de la aldea.

Desde el suelo que le servía de lecho se vió rodeado de unas tinieblas tan densas, que lo ahogaban.

Y aquellas columnas de humo que ascendían sobre el caserío, esmaltadas por los chispazos de oro de los leños que se retorcían en los fogones, fueron en su imaginación gigantes de fuego que amenazaban incendiar los cielos, mientras él fallecía de frío en un suplicio tantálico.

III

En la ermita vecina, separada del pueblo por medio kilómetro de distancia, sonó el esquilón que llamaba a la gente de los alrededores a la misa de Gallo.

Aquel vibrante son de la pequeña y sonora campana, abrió como por un resorte de magia todas las puertas de los hogares, que dejaron paso al estruendo de la alegría extendiéndose aquella baraunda estridente por campos y montañas.

El vecindario en tropel sin sentir el frío por los efectos de la borrachera, que encendía los rostros en vivas ascuas y hacía vacilar los cuerpos sin equilibrio, se dirigió en confusa algarabía, hacia el templo a cumplir con los deberes religiosos que la noche imponía, emprendiendo una marcha vertiginosa para llegar a maitines a punto de doce.

Todos pasaron por el sitio en donde se encontraba tendido y cubierto de nieve el cuerpo del soldado, y casi todos los pies atropellaron a aquel ser casi exánime.

Nadie reparó en él: había que llegar a tiempo a los maitines y sonaba el último toque en el esquilón de la ermita.

Cuando salió el vecindario de la misa de Gallo, las gentes alborozadas volvieron a poner sus plantas sobre el cuerpo del soldado, al correr de regreso en busca del calor de las chimeneas y del refrigerio de las botas hinchadas de vino.

Aumentaron los cantos chillones, las pandere-tas escandalosas, los disonantes almireces, las roncas zambombas, como cercanos truenos, y volvieron a cerrarse las puertas de las casas detrás de aquel ruido ensordecedor, con el cual adqui-

ría todo el apogeo de su gozo la Nochebuena.

El soldado, en tanto, bajo la nieve, de bruces en el suelo, había abierto los ojos al sentirse dolorido por las pisotadas de aquella masa inacabable de gente que con los ojos puestos en la ermita, no vieron cómo herían con sus pies a un defensor de la patria.

El infeliz soldado en su imaginación calenturienta creyó aquello un aquelarre brujo e infernal que recorría los aires a la hora de la media noche...

Apenas había pasado media hora cuando otro grupo de gente moza salió de una taberna de la aldea, y entre gritos de algazara y frases a medio pronunciar porque la embriaguez las oscurecía, se dirigió hacia la vereda de la ermita: blasfemaban groseramente, juraban como desalmados, y proferían tan inciviles palabras, que hubieran sido bastante a ruborizar la cenceña e inmutable cara del viejo guardabosques de aquellos parajes.

Eran los toreros que habían venido a tomar parte en la capea del primer día de Pascua.

Con ellos iban la gente maja del pueblo, los tahures de las chirlatas, los vagos profesionales y los señoritos que duermen todo el día y beben toda la noche; la guapeza, la holganza y la chulapería andante, que han traspasado las montañas, como la fe, y han llegado hasta las más humildes aldeas.

A todos sin excepción, la borrachera les hacía arrastrar las capas por el suelo, y a más de uno les hizo también arrastrar hasta sus propios cuerpos.

Salían al campo a refrescar sus rostros congestionados por la comida y por el vino.

Apenas llegaron a las afueras dispararon a los aires sus sendas pistolas, como un vitor al niño que había nacido.

—¡Viva el vino!—Exclamó uno de la caterva borracha.

—¡Vivan los toros!—Gritó otro de los compañeros.

—¡Viva la Nochebuena, no por lo de buena, sino por lo de noche!—Agregó el tahir.

—¡Muera el día y con él el trabajo!—Añadió un señorito a la voz anterior.

En este punto y momento pasaban por encima del cuerpo del soldado, como había pasado antes la gente de la ermita, pisoteando aquella turba imbecil, zafia y valetudinaria, no solamente el cuerpo acribillado del repatriado, sino hasta la propia enseña de la patria, que iba representada en el pañuelo de munición que el soldado había sacado de su pecho para limpiar la sangre que las gentes salvajes habían hecho brotar de su rostro.

Dolorido el hombre se estremeció y probó a incorporarse en vano.

Alguno de aquella cáfila desalmada, notó aquel

cuerpo que se movía y llamando a todos sus camaradas les hizo pararse en grupo y les impuso atención con un dedo sobre sus labios.

Y en medio del silencio que se había hecho absoluto, adelantando dos pasos y dirigiéndose hacia donde el cuerpo se movía, gritó con voz ronca y en tono humorístico:

—¡Quién vive!...

Y entonces, la voz del soldado, como si saliera de otro mundo, recogiendo todos los alientos de su alma, exclamó clara y solemnemente:

—¡¡¡España!!!

Una carcajada imbecil siguió a la voz del soldado.

—¡Es un borracho!—prorrumpieron todos y se alejaron de allí entre cantos flamencos y risotadas estruendosas.

IV

Al día siguiente desfilaban las gentes de la aldea por la casa del maestro de escuela, donde yacía el cuerpo del soldado, que el anciano dómine había recogido en la agonía.

El salón de clases había sido convertido en capilla ardiente.

El venerable maestro cuando la curiosidad popular le preguntaba deseando saber quién era aquel hombre, contestaba:

—Yo no sé quién es. Salí esta mañana al despuntar el sol como de costumbre a dar mi paseo por la vereda de los zarzales, y me encontré con este soldado que espiraba de frío y de hambre y de las pisotadas de la gente.

Con su pañuelo de colores de bandera nacional, limpiaba sus últimas lágrimas. Le pregunté quién era y me contestó con voz apenas perceptible:

—¡España...! ¡España!...

Con oro nada ::

:: hay que falle...

I

Apropósito de aquello de que *no es oro todo lo que reluce*, viene a mi memoria la historia interesante de un hombre conocedor del mundo y de sus pompas, el cual supo con mucho ingenio aprovecharse de las debilidades de nuestra sociedad.

Don Basilio, que así se llamaba, frisaba en los cincuenta años, de los cuales veinticinco los había pasado en las oficinas del Estado entorpeciendo expedientes y emborronando pliegos, sin conseguir otra cosa de aquella meritísima campaña, que cobrar a fin de mes lo que ya había gastado con exceso en las necesidades de su casa.

Era viudo con tres hijas solteras, únicos seres que le preocupaban en la vida; porque tres hijas casaderas que son feas por añadidura, son motivo para que cualquier padre pobre pierda el sueño.

Por entonces era don Basilio un empleado de 6.000 reales en la Delegación de una provincia cuyo nombre no hace al caso, y su pequeño sueldo

no daba de sí para lujos en la ornamentación de su casa ni en la indumentaria de sus hijas; por lo cual estaba contrariado mi buen hombre y venga cabilar y cabilar para que las niñas pudieran colocarse como Dios manda.

Aunque es cosa sabida que los padres nunca encuentran defectos en los hijos, don Basilio se había hecho cargo sobradamente de la fealdad de sus muchachas, hasta el punto de asegurarse la vida, haciendo un sacrificio muy grande, para que al morir él no se vieran aquellas tres vírgenes forzosas en la mayor miseria, huérfanas de padres y sin esposo.

Se ha convenido por tradición estúpida que la mujer no tiene otro porvenir ni otra solución de vida que el matrimonio, y ésto labra la desgracia de muchas y da contingente espléndido a las mancebías.

No se ha pensado aún en serio por los padres que el mejor dote para sus hijas es un título profesional; no se ha dado entrada aún al trabajo femenino en las dependencias del Comercio y las industrias; aún se tiene a la mujer como cosa inútil a toda labor oficinesca.

La orfandad de las mujeres pobres es el empujón hacia la mala vida, porque no se preocuparon sus primogénitos mas que de enseñarles cuatro rutinas sociales que luego no les sirven para afrontar la vida cara a cara y triunfar de ella.

Muchas veces, pensando en ésto D. Basilio, se echaba sus cuentas y decía:

—Si al menos fuera rico, ya sería otra cosa; los defectos de las formas serían cubiertos por las brillanteces de las sedas; la fealdad de sus rostros se atenuaría con destellos de brillantes y las pesadas cadenas de los lazos matrimoniales, serían leves y ligeras con la música del oro en los oídos... ¡y mucho más en estos tiempos en que la mayoría de los hombres no conocen más reglas de amor ni otros libros de ciencias que los del Registro de la Propiedad!

Pero ¡ay! por desgracia tenían que ser la risa de las gentes por estar obligadas a figurar en el catálogo de lo cursi, que ponía de relieve las imperfecciones mil de aquellas tres criaturas.

Y don Basilio, piensa que piensa para resolver aquel problema transcendentalísimo; y el problema, duro que duro; y el tiempo, pasa que pasa... y las niñas también.

Una madrugada despertó don Basilio, y como lo mismo al despertar que al acostarse siempre bullía el mismo asunto entre ceja y ceja, vuelta a sus cálculos y a sus proyectos. De pronto dió una palmada en su frente, saltó del lecho y como otro *eureka* de un nuevo Arquímedes, resonó en todas las habitaciones de la casa un ¡ya lo encontré! que salió de sus labios como un trueno y fué a despertar a las tres doncellas que a pierna suelta dormían.

Se figuraron que su padre se había vuelto loco y no se convencieron de lo contrario, hasta que él abrazándolas, les dijo:

—Hijas mías, desde mañana comenzará otra vida para vosotras; vais a ser ricas, voy a ser rico... ¡ya somos millonarios!

Y estas razones que debieron confirmar la falta de la razón de aquel padre, fueron bastantes para convencer a las hijas de que estaba cuerdo.

Ya lo dijo el poeta:

*La locura es la mitad
de la razón española.*

Siempre fueron cuerdas las locuras que lisonjean nuestras vanidades.

Pero no estaba loco D. Basilio, no; había resuelto el problema y tenía casi seguro el medio de casar a sus tres hijas en una semana, como verá el lector, si es que me sigue, apoyado en la paciencia y alentado por la curiosidad.

II

Era el onomástico de D. Basilio.

Desde la víspera no habían cesado de entrar y salir criados de las casas principales de la ciudad con riquísimos regalos.

Era indudable que el empleado de seis mil reales había mejorado de fortuna.

En efecto; en todas partes no se hablaba de otra cosa que de las talegas de *oro molido* de D. Basilio y de una mina de su propiedad que allende los mares le había dejado un tío al morir.

Los políticos no lo dejaban solo ni un momento y pronto le ofrecieron un acta de diputado por un distrito.

Sus hijas ya no eran tan feas; una que había muy chata y muy bizca, lo cual antes causaba la risa de todos, hoy ya parece que aquella chatez es distinguida y elegante y aún el defecto de su vista ya se mira como una gracia más de su persona.

Sus diamantes, que eran cristalería de bazar, eran los más valiosos de cuantos lucían en teatros y paseos y su modo de vestir el de más gusto y riqueza.

Ya se las disputaban los pretendientes y se rompían las narices por conseguir un suegro que les costeara la elección.

*Por un beso de sus labios
diera el rey moro a Granada...*

Ya la tercera estaba haciéndose el ajuar por haber sido pedida su mano para un joven heredero de una casa noble, que no tenía otra cosa que heredar que el título.

D. Basilio estaba satisfechísimo y también gozó de las ventajas de la política siendo un apóstol

consagrado en todos los círculos y reuniones, con toda la elocuencia que da el dinero.

Las tiendas que antes le enviaban las cuentas al fin de mes, amenazándole con que no le fiaban un día más si no abonaba lo debido, ahora dejan transcurrir meses y meses sin molestar a don Basilio; y cuando éste pide que le sean presentadas las facturas, le contestan que *no hay prisa* y que dispone de las tiendas.

Y todo ésto por los sacos de *oro molido* y por la mina de allende los mares.

Tanto se habló en todas partes de las talegas de don Basilio, que la noticia cundió de pueblo en pueblo y llegó a despertar la codicia de más de cuatro amigos de lo ageno.

Y ocurrió que unos malhechores desalmados acordaron en solemne sesión secreta aliviar a don Basilio del peso de las talegas.

Una noche dormían éste y su hija menor (si es que duerme una joven en visperas de casamiento); asaltaron la casa los ladrones y sacaron de ella las talegas en que se suponía estaba el oro tan famoso.

Nadie los oyó y lograron llegar a los campos y refugiarse en sus guaridas.

Al día siguiente, don Basilio dió cuenta del suceso y pronto corrieron guardias y más guardias en persecución de los foragidos.

Pronto dieron con ellos y fueron encarcelados.

En su primera declaración dijeron los ladrones que ellos habían robado los talegos creyéndolos repletos de oro, pero al abrirlos se encontraron con que contenían un sucio mineral de plomo.

Entonces fué cuando comenzaron las dudas y las sospechas a ensañarse con don Basilio, y las visitas se sucedían con frecuencia para escuchar de labios de aquel hombre extraño la explicación de aquel fenómeno.

Cuando estaban todos los prohombres de la ciudad reunidos en su casa, don Basilio los preparó para que oyeran una revelación de gran importancia.

Siguió un silencio sepulcral y habló de esta manera el funcionario ingenioso:

—Señores; yo pudiera decir ahora mismo, sin infundir sospechas, que el oro de mis talegas había sido sustituido con ese mineral de plomo por los ladrones; pero voy a confesar la verdad, seguro de que ustedes me lo perdonarán todo en gracia a que mi fin fué solo el evitar a mis hijas la orfandad entre la más espantosa miseria.

Yo ni he tenido tío alguno en América ni tengo ninguna mina.

Esos talegos que para todos fueron de *oro molido*, los llené yo mismo con ese mineral de plomo, e hice cundir la voz de esa mina prodigiosa.

Pronto obtuve mi propósito: me buscaron ustedes, me hicieron político, diputado y jefe, y casé

además a dos de mis hijas que eran incasables; la tercera estaba en vísperas de boda y siento que los ladrones hayan descubierto mi tesoro antes de que realizara su casamiento; pero no habrá inconveniente, porque los negocios con que ustedes me han favorecido, me proporcionaron fortuna para llenar otras muchas talegas de oro de pura ley.

Todos han llevado un castigo en su codicia: desde el cacique que vió en mi un remiendo para su política, hasta los ladrones que han llevado y traído sobre sus hombros sendos quintales de plomo que les habrán molido los huesos.

Y ahora se convencerán ustedes de que no ya el dinero, sino a su nombre tan solo, nada hay que se resista.

—¡¡¡.....!!!

La boda de los muertos

I

Siempre que el tío Juan salía de su casa su vista se dirigía hácia el mismo punto.

Miraba a otra casa blanca que a unos cien metros de la suya había, y era aquella mirada tan elocuente, que se veía salir en ella un odio terrible y amenazador.

Aquel año estaba la huerta que daba gusto verla: los frutos eran de una cosecha ubérrima y prometían una pródiga entrada a los graneros.

Ni aquel trigo temprano pudo ser más fecundo, ni los árboles podían con su preciosa carga que hacía arrastrar los ramajes por el suelo.

Hasta los tiernos pámpanos del emparrado de las puertas de las casas huertanas habían escapado de su prisión de cañas y huían en desordenada fuga por los tejados grises.

Todo convidaba a la alegría y sin embargo el tío Juan tenía un ceño de mil demonios.

Muchas veces se le inundó un bancal de hortalizas por no encauzar el agua a tiempo; y era que

cuando dirigía su vista a aquella casa blanca, se le olvidaba todo y solo había para él una cosa que lo dejaba ensimismado y le hacía perder el sueño.

Algunas veces, mirando, mirando a la vivienda, apretaba los puños, rechinaba los dientes, pronunciaba palabras en voz baja y algunas lágrimas asomaban a sus tostados ojos y ponían de manifiesto un gran dolor.

Cuando alguien le hablaba del buen año que prometía la huerta, se encogía de hombros y se mostraba indiferente como si aquello que fué siempre su constante afán, su anhelo único en su rudo trabajo, no le importara mucho; y mirando otra vez hacia la casita blanca exclamaba:

—¡Pa qué quiero yo la cosecha, ni vivir, ni na, si ella se me muere!

En aquella casa blanca vivían dos seres solamente; una mujer anciana y su hijo que fué licenciado del ejército hacía un mes.

Una tarde estaba el tío Juan sentado en un ribazo, liando un cigarro para fumar mientras descansaba de la tarea diez minutos.

Lo encendió y quedó pensativo viendo como el humo ascendía desde sus labios en espirales caprichosas; y como siempre, un acceso de ira le hizo estrujar el cigarro entre sus dedos y arrojarlo lejos de sí.

El tío Antón, un convecino suyo que trabajaba en los bancales inmediatos, se aproximó a aquel

sitio a pedir lumbre para encender una colilla que tenía pegada a su labio inferior desde la mañana temprano.

—A la paz de Dios, —dijo el tío Antonio.

—Buenas tardes —contestó el mal humorado huertano.

—Parece que te pasa algo, Juan; yo te veo hace mucho tiempo muy preocupado y porque ya sabes que no me gusta meterme en lo que no me importa, no te he preguntao más de una vez por la causa de tu murria.

—Mi Fuensanta se muere, Antonio, está muy mal, aunque no lo parece; pa mí que no llega a la siega. Yo la miro arreglar sus gusanos de sea y pienso que el capillo que saquen y que ella decía que era pa su ajuar de novia, va a servir pa su ataud...

Y el tío Juan miró como siempre a la casa y limpió dos lágrimas que le asomaron a los ojos.

—¡Lástima de moza! tan colorá como una rosa y tan guapa que estaba... —exclamó el tío Antonio.

—El tiene la culpa; pero si se muere mi hija, le costará muy caro. Mi nena le tié a Pencho un querer que la consume, y Pencho que la estuvo entreteniendo antes de salir soldado, ahora viene y se casa con otra; y, claro, la pobre hija se repudre y se muere, tanto de que lo quie con toa su alma, como de ver que su puntillo está rebajao por otra moza, ¡y por esa revejía que paece una tísica!

—No te apures, Juan; si es el querer lo que motiva la enfermedad de tu Fuensanta, no temas por su vida. El querer es como el sarampión; tos lo pasamos y tos nos ponemos más o menos graves; pero son pocos los que mueren de él. Alégrate mejor, porque ese mal se pasa una vez tan sola y cuando se cura ya no repite más.

—Pero la pobre está muy mala, Antonio; si la vieras te se caía el alma a los pies; yo creo que está *ética* y que el día menos pensao, se quea como un pajarico, en la silla... ¡Lástima de hija!

Tengo miedo de ir a mi casa porque lo primero que me pregunta cuando llego es que si ha venío Pencho; y él está aquí ya un mes, pero como sé que se casa con otra, engaño a mi hija y le digo que no ha venío aún de servir al rey.

Esta mañana se queó muerta en mis brazos, y delirando me decía que fuera a buscarlo, que quería verlo, que se iba a morir sin ver a su Pencho a quien, después de mí, quería más que a nadie.

—Mira, Juan, estas cosas me dan una pena muy grande; yo buscaré al zagal y le diré que vaya a ver a Fuensanta, a ver si así se anima ella y se mejora. Lo demás ya habrá tiempo de tratarlo después.

—No, Antonio; no quiero verlo porque como no ha de ser pa ella, aceleraría su muerte; no, no quiero que la vea... Yo le seguiré diciendo que no ha venío del servicio.

II

Una noche había mucha gente en la choza del tío Juan.

En una cama pobre y miserable respiraba con el aliento fatigoso de la agonía la moza más hermosa de la huerta.

Su padre, en un rincón del cuarto, lloraba y pronunciaba palabras incoherentes y amenazas terribles.

La enferma se incorporó con trabajo y llamó a su padre, quien tambaleándose como un borracho por el dolor que le destrozaba el corazón, se acercó al lecho y cubrió de besos aquel rostro cadavérico que reflejaba la muerte con todos los síntomas de la agonía.

—Padre, ¿no ha venido?—exclamó Fuensanta con voz imperceptible.

Y el tío Juan, como siempre contestó con gran pena:

—Hija mía, no ha venido aún.

Y estrujando sus cabellos con las manos, parecía querer contener un pensamiento que quería salir por sus labios, y al fin, dando rienda suelta a su llanto, exclamó:

—Fuensanta, hija mía, no quiero que te vayas de este mundo engañada por mí; que sea él el único que te engañe; tu padre debe decirte la verdad... Has de saber que Pencho se

casa con otra; mañana es la boda; a tí te ha despreciao.

Ante aquella inesperada revelación, salida inconscientemente de boca del tío Juan acaso en un acceso de desequilibrio mental, todos se fijaron en el rostro de la moribunda, la que ya no pudo hablar más: miró a todos lados como buscando por última vez a Pencho y no encontrándolo, lanzó una sonrisa de amargura y espiró...

III

Mozos y mozas del contorno vestían al día siguiente trajes de gala: refajos encarnados, mantillas de seda, ellas; sombreros nuevos, chalecos bordados sobre blancas y limpias camisas, ellos... Iban de boda.

Llegaron a la casa de la novia y allí estaba Pencho contento y orgulloso, dispuesto a ir a la iglesia con aquella moza, para ser su marido.

Aún no era hora, y comenzó el baile para hacer tiempo.

De pronto, calló la guitarra, cesó de bailar la pareja, y Pencho miró a la puerta y palideció como si hubiera visto una sombra del otro mundo.

Era el tío Juan. Dijo que tenía que hablar con el novio para darle el último encargo de su hija y Pencho que no era cobarde se repuso de su sobresalto y salió de la casa.

Y andando, andando en medio de un silencio lúgubre, llegaron a la casa del tío Juan, donde estaba Fuensanta de cuerpo presente.

Aún estaba hermosa aquella moza esbelta y gallarda que fué muchos años la alegría de aquel trozo de huerta.

Sus capillos, los que fueron abandonados cuando se agudizó la enfermedad, habían roto sus dorados tejidos, dejando salir las palomas en que se transformaron los gusanos.

Estas palomas llenaban aquella habitación en que yacía el cuerpo de la moza; y muchas de ellas iban a posarse en sus ojos, en sus labios, en sus manos, como si quisieran ser su mortaja, ya que no habían podido servir para traje de novia.

Pencho dudó de entrar; pero el tío Juan le dijo:

—Pasa, hombre, pasa; si ya está muerta; ya no te dirá na... ni te echará en cara tu conducta... para que la veas por última vez... ¿verdad que está hermosa? ¡Como si durmiera!

Y cuando estuvieron cerca de la muerta, una oleada de sangre subió a la cabeza del tío Juan y cogiendo por el cuello a aquel que le había hecho sufrir tanto, con tal fuerza y coraje le apretó, que los dedos del viejo fueron horca dura y terrible, suficiente para que aquel desdeñoso mozo pagara la culpa cometida cumpliendo la sentencia de el amor de un padre.

Pencho cayó desplomado en el suelo, junto a

cadáver de Fuensanta, y al verlo allí a sus pies el tío Juan, con un gozo salvaje que le asomaba a los ojos y con una satisfacción trágica exclamó:

—Hija mía, ya ha venío... Ya lo tienes ahí pa siempre... ¡Que vengan y te lo quiten ahora!

¡Si había de ser pa tí...!

¡Pero qué triste es esta boda de los muertos...!

Y el tío Juan, llevándose las dos manos a la cara, prorrumpió en un llanto ruidoso y desolado.

El caldo de las olivas

A mi amigo D. Rafael Sala

La colonia veraniega de Torrevieja estaba en todo su esplendor, en todo su apogeo, en su período *álgido* que dice el vulgo sin saber la antítesis de su expresión.

Las *huelgas* (así llaman los indígenas a las familias de los veraneantes), habían invadido las casas de la pintoresca población torrevejense, verificándose el milagro anual de doblarse los habitantes de aquella playa con honores de puerto.

Estaban ya los balnearios convertidos en sonoras y policromas panderetas llenas de luz y de alegría, sobre las mansas aguas azules en que parece sestar el Mediterráneo, como descansando de sus luchas gigantescas del invierno.

Aquella población alicantina, con muchos visos afectivos de murciana, es así como una caja mágica de un prestidigitador, en cuyo doble fondo desaparecen las cosas encerradas a la vista de los espectadores; y así se ve desaparecer el natural vecindario como si existiera un doble pueblo sub-

terráneo, para dejar las viviendas a la colonia veraneante.

Las tardes tienen un cuadro viviente sobre las rocas de la playa, de una visualidad lasciva; como si aquel trozo roqueño que comienza en el faro y acaba en la cueva de la *tía Roqueta*, representara el prodigio de haber tomado movimiento y vida un cuadro de Rubens.

Las mujeres vaporosas con sus blancos y livianos atavíos estivales, sobre las peñas asillonadas a fuerza del constante lamer de las olas, parecen trozos de espumas que han quedado cuajados en la orilla regocijada.

El mar allí es un remanso apacible donde graban los cielos su azul más puro y más intenso, un lago de ensueño de poeta, junto al cual la juventud desgrana las sonrisas virgilianas de un idilio arcadiano.

Y ese azul tan intenso no ha podido tener mejores versos que lo canten ni más apropiado marco que lo divinice, que los ojos de las mujeres de Torrevieja quienes acaso por influencia de ese mar tienen en su mayoría los ojos azules.

Las noches apacibles de Julio y Agosto son de una indolencia oriental, arrullada por la ronca y constante serenata del mar que parece en su rumor acompasado, la copla cantada entre dientes por un rudo y gigantesco marino que mece a un niño en sus membrudos y tostados brazos.

Las casas, de una uniformidad monótona, ofrecen sus dos grandes rejas al amor; si tuvieran flores, parecerían rejas andaluzas; que no faltan junto a ellas guitarras flamencas y coplas hondas y sentimentales.

El organillo madrileño de chillonas notas y de borriquillo amaestrado, ha tomado allí también carta de naturaleza ¡cómo no! y desgrana con una constancia a prueba de nervios, las últimas canciones populares que antes hemos oído en labios de las estrellas *monocupletanguistas* de moda.

En el Casino, se baila un cotillón por lo más distinguido de la colonia estival, en la puerta de una casa de cualquier calle, se cimbrea un chotis cantado por la Ursula López, en un fonógrafo ronco y desafinado; y no es difícil, andando calles arriba, hallar un cuadro de malagueña huertana, o el duo a tiempo de doliente guitarra de una habanera dormilona.

A todo ésto, una banda de música lanza sus sonos que repercuten en el mar, situada en el alto tablado de la Glorieta; porque Torrevieja, como todos los pueblos viejos, tiene su Glorieta correspondiente, donde se van a colocar en enfilado aburrimiento a línea de los últimos baldosines, las tertulias que «cortan trajes» a los paseantes y cuentan historias de murmuración íntima.

Era ya a principios de Agosto.

*
* *

Llegaron todas las familias conocidas: desde las de nobiliaria estirpe hasta las de los cosecheros del cañamo de los pueblos vecinos, en alegre y abigarrada mezcla.

No faltó, como es natural, el popular médico don César, hombre cincuentón, bastante literato, de natural ingenio y gracia jocunda.

Don César no iba allí en plan de facultativo; que iba también con su familia a descansar unos días y a divertirse, si a mano venía, como cada hijo de Dios.

Escribía de vez en cuando algunas cosas humorísticas, no se bañaba, tomaba bicarbonato cada media hora, pedía algunos libros de lectura a los amigos literatos y... no los devolvía nunca.

Pero don César tenía una tabarra que sufrir todos los años: doña Pura, una señora sexagenaria que figuraba entre la clientela del pueblo en que ejercía este médico su sagrada y algunas veces saludable profesión, no podía vivir sin tener a su doctor al lado, y en vez de irse a San Sebastián se instalaba en Torrevieja.

Doña Pura no tenía nada. Era una señora muy rica, sola, con una salud a prueba de enfermedades, pero bastante neurasténica cuya neurastenia consistía en creer que estaba muy grave del corazón y que cuando menos lo pensara doblaría la cabeza.

Don César, ya lo sabía: tenía que ir dos veces al día a visitar a su cliente.

La primera vez que se presentó el médico en casa de doña Pura la encontró quejándose amargamente.

—Vamos a ver señora, ¿qué le pasa a V?—Le preguntó D. César con su cachaza peculiar.

—¡Hay! Estoy muy mal; yo no puedo con este corazón—contestó respirando.

—Vamos, D.^a Pura, si V. no tiene nada, ya se lo he dicho mil veces; lo que le pasa a V. es lo mismo que a todas las personas que tienen completa la felicidad, y no sabiendo qué más pedir, se figuran enfermas, para excitar el mimo y el cuidado de los que le rodean.

Ya verá, ya verá V. como en cuanto yo le recete dos días, se acabó todo el mal.

Por eso me vengo a su lado, porque V. me consuela mucho; es decir, que me curan más sus palabras que las medicinas—prosigió la enferma.

Don César escribió una receta, por hacer algo, y se dispuso a salir, pero la señora le rogó que se esperara.

—Voy a darle a V. a probar unas olivas que he arreglado este año, que son una cosa especial; no se podían encontrar como ellas en toda España. Por V., solo por V. las he traído y solo ha de comerlas.

Y D.^a Pura ordenó a la doncella que sacara un plato de las olivas elogiadas.

A D. César no le gustaron nunca las aceitunas; además, su estómago, fuera de las comidas reglamentarias, no se avenía más que al bicarbonato.

Pero ¿quién desáira a D.^a Pura después de la apología que hizo de sus olivas y de haberlas dedicado a su médico?

No hubo más remedio que comerse todas las del plato, que quieras que no quieras.

—Solo le ruego una cosa, D. César,—advirtió la señora con mucha gravedad—que no se permita V. hablar de mis aceitunas en ninguna parte, porque tendría que regalar algunas a las familias conocidas y me he propuesto que éstas sean para V. solo.

D. César prometió guardar el secreto, pero pensando a la vez que aquel obsequio era su sentencia de muerte.

Salió de allí el médico con un humor de diez mil diablos, pensando que durante su veraneo iba a estar condenado a dos raciones de olivas diarias y a dos consiguientes dolores de tripas y de estómago.

Pensó en tomar el primer tren y marcharse al pueblo pretestando un enfermo grave; pero no conseguiría nada; porque D.^a Pura lo seguiría hasta otro hemisferio.

Lo que hizo D. César fué ir a las visitas de su

enferma siempre acompañado de algunos amigos, para ver si así se acababan pronto los aceitunas.

Pero ¡quía! Por las trazas había adobado la señora toda su cosecha, que fué ubérrima aquel año.

Aquello no tenía fin y D. César había sufrido por espacio de varios días unos dolores de estómago horrorosos.

Su claro ingenio pronto encontró el medio de acabar con las olivas, sin hacer el desáire a doña Pura de decirle que no le gustaban, pues ésto a aquella señora enamorada de todas las cosas que hacía, le hubiera servido de una gran ofensa.

El médico que la conocía muy bien, prefirió sufrir aquellos malos ratos a proferir la ofensa.

*
* *

Siempre los médicos que veranean en una playa por mucho que quieran descansar de sus faenas, se ven obligados a atender a enfermos conocidos, siquiera sean enfermedades ligeras: el baño que ha sentado mal, una torpe digestión, una fiebre de poca importancia; para todo ésto se recurre al doctor veraneante que convive con las familias de la colonia y no hay más remedio que acudir en estos trances con la ciencia de curar.

Y ésto fué lo que sirvió a D. César de medio para librarse de los obsequios oleaginosos de D.^a Pura.

Una mañana recién levantada la señora llega una criada con una carta.

Era la misiva de su médico.

Pedía D. César a D.^a Pura que diese a aquella doméstica para su señorito un plato de caldo de sus olivas, pues sufría una indigestión mala y tenía la seguridad de que con ese líquido aromatizado con tanta clase de hierbas campestres, lo pondría bueno.

D.^a Pura hizo un gesto de desagrado al principio, pero pensó que se trataba de su médico, y ¿qué iba ella a negarle? Además colmó su orgullo que hasta el caldo de las aceitunas adobadas por ella misma tuviera virtudes medicinales.

Y le llenó la vasija de caldo.

Cuando D. César fué de visita casa de su pseudo-enferma, llegó deshaciéndose en aspavientos y admiraciones...

—¡Válgame Dios, D.^a Pura! ¡V. no sabe lo que he descubierto! Tiene V. en su casa un remedio eficaz contra un puñado de enfermedades. El caldo de sus olivas ha curado radicalmente a D. Paco Romero, que estaba sufriendo dos días los efectos de una difícilísima digestión: tomar el caldo y ponerse bien, todo fué uno.

—Como que yó arreglo mis aceitunas con más de diez clases de hierbas de la sierra—dijo Doña Pura con manifiesta vanidad.

—V. me permitirá—añadió D. César—que yo

de vez en cuando le envíe una recomendación para que suministre V. mi receta.

—Con mucho gusto—replicó la señora—olivas no, don César, las olivas no las doy a nadie aunque V. me lo recomiende; esas son para V. solo.

—¿Las olivas? ¡Dios me libre de pedir yo que dé V. olivas! ¡Con lo ricas que están y con lo que a mí me gustan...!

Y desde aquel histórico instante, más de diez personas iban a casa de doña Pura con la receta de don César, solicitando el caldo prodigioso.

Una mañana al llegar el médico se encontró a doña Pura con el histerismo agudizado; estaba nerviosa, descompuesta.

—¡Don César de mi alma, lo que ha hecho V! —exclamó con dolor profundo.

Y el médico que estaba esperando esta escena de un momento a otro, preguntó con inocencia:

—¿Qué he hecho yo, doña Pura?

—Pues casi nada; que nos hemos quedado sin aceitunas.

—¿Cómo sin aceitunas?—exclamó don César como indignándose.

—Como V. lo oye. Yo por complacer sus recomendaciones he servido el caldo que me han pedido; pero dieron tanto en él, que esta mañana me encontré las olivas secas y con una peste que tira de espaldas...

—¡Claro, en cuanto se quedaron sin caldo!

Y don César dijo estas palabras fingiendo un gran sentimiento, pero con una alegría interior que no le cabía en el cuerpo.

—¡Lástima de aceitunas! ¡Y haber tenido que tirarlas a la basura, don César! Por V. lo siento, por V. solamente.

—¿Qué vamos a hacer, doña Pura? Paciencia y hasta otro año.

Cacería de amor

El pintor Peñarrubia estaba organizando una cacería pintoresca, a la que había invitado a cuatro de sus más íntimos amigos.

Se preparaba una batida de liebres y perdices que duraría una semana.

Peñarrubia poseía una casa en la sierra, retiro veraniego que adquirió con sus primeros ahorros y cuyo objeto único era servir al pintor de retraimiento mundanal cuando alguna obra de empeño comenzaba a bosquejar.

Era un sitio verdaderamente encantador, allá en lo más alto y escabroso de España; una pinada espesa como los cabellos con nacimientos de agua que se esparcían por los montes abajo formando caprichosos arroyos, que cantaban suavemente, rumorosamente una égloga llena de poesía, de paz y de amor.

Las casas que se encontraban por la sierra eran muy escasas. Alguna cortijada de legua en legua; y más escasas aún las quintas señoriales de alguna importancia, en las que la mayor parte del año permanecían cerradas las solariegas y suntuosas viviendas de algunos ricos señores de la capital.

La finca habitable más próxima de la casa de Peñarrubia, distaba de ella más de dos leguas.

Llegó el día de la marcha de los cazadores y allá se fueron el pintor y sus amigos, provistos de sendas escopetas, varios perros de los más famosos galgos y pachones y un verdadero almacén de abastecimientos de subsistencias.

Más que para una cacería de una semana en la sierra de Espuña, parecía aquello los preparativos para un viaje al Polo Norte.

Todos los que componían la partida de cazadores, lo eran y muy acreditados, a excepción de Peñarrubia, quien jamás había formado parte de ninguna de estas excursiones.

Y esa era la extrañeza de sus amigos, quienes no se explicaban cómo el pintor que jamás había aceptado invitación alguna para subir a la sierra en plan de cazador, en este caso fuera él el organizador más entusiasta y aun el que había puesto como condición precisa que la cacería había de durar como mínimun ocho días.

Esto suscitó los comentarios de sus compañeros y sirvió de tema humorístico durante el viaje.

Peñarrubia, a todas esas fantasías y conjeturas de sus compañeros de excursión, solo contestaba con una sonrisa enigmática.

—Aquí hay gato encerrado, amigo Arturo, no me lo niegues--decía sentenciosamente un magistrado a Arturo Peñarrubia.

—¡Como no se nos presente algún gato montés, por mi parte no habrá otro gato—contestó el pintor.

—Vamos, pintamonas,—exclamó un íntimo suyo—que me parece que tú nos vas a dar gato por liebre.

—Sé sincero,—añadió otro queriéndole arrancar la confesión del secreto de aquella cacería.

—Pues bien, amigos míos,—dijo al fin Peñarrubia—la cacería tiene dos objetos: uno el que pasemos ocho alegres días en plena naturaleza, gozando de esta encantadora soledad de los pinares y de los halagos de esta vegetación salvaje y bravia, que templá las almas para las grandes concepciones artísticas y baña los corazones en una ablución de vida que en vano pretenderemos buscar en el ambiente mefítico y enfermizo de las calles de la ciudad y de los gabinetes de los casinos. Aquí, como se vive más alto, está el pensamiento más cerca de los cielos y la inspiración divina que el arte necesita, llega por consiguiente con menos obstáculos al cerebro...

Arturo hizo una pausa y quedó meditando.

—Bueno—exclamó un cazador—ese es un objeto de la cacería, el que podemos llamar artístico; pero como tú has dicho que la excursión tiene dos...

—El otro es amoroso—añadió Peñarrubia tímidamente.

—¡Ya salió ella!

—¡He aquí la incógnita!

—¿Idilio tenemos?

—¡El pintor y la pastora, fábula!

Así exclamaron los cuatro amigos simultáneamente, entre grandes risotadas.

—¿Conque tenemos ahora esas?

¿Conque alguna moza serrana de estos cortijos te ha brindado sus primicias entre jarales y carrascas?—Repitió el magistrado—¡Ay, ay, ay! Yo soy incompatible en esta clase de negocios; porque tú te sientas en el banquillo por seductor, querido Arturo.

Y uno de los excursionistas, médico y poeta enamorado de Virgilio, con mucha ironía exclamó en una sonora recitación con los versos de la segunda égloga:

Se abrasaba de amor por Galatea
el pastor Coridón, zagala hermosa,
en quien su amado dueño se recrea;
y ya sin esperanza
de que a su ardiente amor correspondiera,
a los desiertos montes se salía...

Todos prorrumpieron en una estruendosa carcajada.

Y otro de los cazadores añadió:

—Chico, te alabo el gusto: esa carne morena curtida por el sol, apretada por el fatigoso trepar de los riscos, perfumada con una saturación constan-

te de tomillos y romeros, de pinos y mejoranas, tiene muchos más encantos y mucho más sabor que la piltrafa enclenque, linfática y clorótica de la mujer urbana...

Y otro agrega:

—Nos dirás quién es; nosotros juramos guardarte el secreto y aún más, hacer la vista gorda a toda expansión amorosa.

—Basta de conjeturas y de burlas—exclamó Arturo.—Aquí no hay pastora, ni égloga ni nada... Sí hay algo de amor, pero de amor urbano.

Y todos quedaron sorprendidos ante aquella revelación.

Y entre estas manifestaciones de alegría y de buen humor, no habían notado que llegaron al término de la carretera, que llegaba hasta las mismas estribaciones de la sierra.

Hubo que abandonar el carruaje, para tomar asiento en los lomos de sendos borriquillos que al efecto estaban aguardando en aquel sitio.

Echaron pié a tierra y solo el magistrado, hombre de edad avanzada, aceptó el regalo que le brindaba uno de los pacíficos pollinos, muy cabizbajo, como animal de larga experiencia en las andanzas por aquellos riscos y matorrales.

Los demás cazadores no aceptaron las cabalgaduras, prefiriendo subir andando hasta donde las fuerzas les permitieran.

El sol iba declinando hacia el horizonte, fal-

tándole muy poco para hundirse en el ocaso.

Era seguro que la noche los cogería atravesando los espesos pinares; pero ya habían tenido en cuenta los excursionistas que la luna los protegería con toda su plenitud, con cuya luz y entre el tibio ambiente de una noche del mes de Junio, llegarían a la casita de Peñarrubia, dispuestos a devorar una cena campestre y reparar con el sueño el cansancio del camino.

Conforme iba hundiéndose el sol en las profundidades del espacio los cazadores iban avanzando sierra arriba y ocupando sus respectivas cabalgaduras, fiándose más en la destreza de los pollinos que en la de sus piernas.

Iban caminando en un silencio profundo, absortos en la contemplación de aquel crepúsculo que parecía un inmenso incendio en el que ardían los espesos pinares de las sierras lejanas.

*
* *

A las nueve de la noche hacían alto los cazadores en la puerta de la casa del pintor; una pintoresca vivienda de un solo piso, cuadrada, amplia y situada en un altozano de los más elevados de España.

La puerta formaba una amplia terraza cercada con una verja de madera y cubierta por un tejido de cañas que cubrían varios rosales del borneo.

El Zorro sacó sillas bajo aquel frondoso empa-

rrado, encendió unos aparatos de acetileno que tenía preparados y se dispuso a preparar la mesa, ante los apremiantes requerimientos de los cazadores.

El Zorro era el remoquete del casero de Peñarrubia.

Era un hombre nacido en la sierra y criado en ella, sin que en sus cuarenta años bajara una docena de veces a la ciudad: un lobo más de aquellas alturas cuyos peludos y recios miembros corrían parejas con la fortaleza de las encinas y con la fiereza de un león.

Su fuerza era famosa en toda la serranía: se contaban de él cosas muy célebres.

La caza de la zorra era su afición más exaltada.

Un día descubrió una madriguera en la cual observó que se refugiaban algunos de esos animales y les preparó la caza: no gastaba escopeta para ello, sino un buen trozo de encina convertido en grueso garrote, sus hurones y un perro que era un mastín feróz.

Allá se fué el buen *Zorro* hacia la madriguera de sus homónimas y llegando a la boca de la cueva, desató dos hurones y los metió en ella.

El quedó, garrote en mano y con su mastín en guardia, esperando la salida de las raposas.

Al buen rato de estar a la expectativa, oyó un estruendoso ruido en el interior de la cueva, que

él supuso que sería el espante de las zorras a la presencia de los hurones.

El ruido se acrecentaba por momentos, como si una lucha encarnizada se estuviera riñendo en el interior de la madriguera; pero por la boca que guardaba *el Zorro* y que miraba con ojos de ansiedad y de alegría salvaje, no salía bicho viviente.

Cansado de esperar aquel Hércules disgustado, decidió entrar él en la cueva.

Tanteó el orificio de entrada y era pequeño; su cuerpo no cabía por él si no se ensanchaba la puerta un tanto.

Con su palo y con sus propias manos, a pesar de la dureza del terreno, consiguió ensanchar un poco la entrada y metió hasta la cintura, comenzando por los pies; su ancho pecho y sus hombros hercúleos, no podían pasar por aquella angosta abertura, pero no fué todo lo malo ésto, sino que al probar a sacar el medio cuerpo que tenía dentro para ensanchar más la entrada, se encontró con que no podía salir tampoco.

Era ésto por la mañana: en esta posición decidió librarse de aquello que era un cepo para él, con el trabajo de sus manos, puesto que el garrote de encina fué lo primero que introdujo en la madriguera.

Araña que te araña comenzó su labor árdua que prometía ser muy larga y dolorosa.

En su casa, estuvieron todo el día con gran

cuidado al ver que el *Zorro* había salido al alba, y era ya bien entrada la noche y no volvía.

Su mujer y sus hijos pequeños, recorrieron todos los contornos sin dar con el cazador de zorras, y por fin se sentaron en los poyos de la puerta escudriñando con sus ojos de ansiedad todos los senderos y vericuetos que conducían a la casa, sin verle aparecer por ningún lado.

A las doce de la noche apareció nuestro hombre como un héroe triunfal, con su palo en una mano, la otra sobre la cabeza del mastín, y en las redes que pendían de su cuello y que rodeaban formando grandes bolsas la cintura, una zorra muerta, cuatro cachorrillos vivos y los hurones que abrían a menudo sus negras bocas de hambre que sentían.

El Zorro llevaba las manos y la cara ensangrentadas, como si viniera de un gran combate; pero sonriente y orgulloso descolgó de su cuello la presa y la mostró a su familia con satisfacción de triunfador.

Su manera de cazar los lobos era original. Allá en los sitios más emboscados de la sierra, hacía un hoyo de la anchura del cuerpo, como si fuera una sepultura; en él se tendía boca arriba y se cubría perfectamente con grandes ramas de pino y de carrasca, y así esperaba el paso de los animales carnívoros, provisto de un magnífico cuchillo de monte.

Cuando algún lobo husmeaba con su olfato la existencia de un ser viviente próximo, se acercaba hacia el montón de ramas. *El Zorro* aguantaba cuanto podía la respiración y así que tenía bien segura la presa, descargaba un golpe certero con su cuchillo.

Más de una vez se vió bastante comprometido, en ocasiones en que el hambre acosaba a los lobos y acudían sobre el cortijero tres o cuatro con ferocidad aterradora, teniendo que luchar con ellos en rudos combates, de los que salió con trozos de carne menos en sus miembros.

Estas y otras hazañas de su casero contó a sus amigos Peñarrubia, mientras *el Zorro*, oyéndolo en silencio y con cierto orgullo, ponía en la mesa las viandas que habían de servir de cena.

Los cazadores lo hicieron bien, respondiendo cumplidamente al apetito desarrollado en su rudo viaje.

A la hora del café y cuando ya husmeaban las tazas delante de los comensales, uno de los amigos rogó a Peñarrubia que no los dejara acostarse sin confesarles el secreto de aquella cacería, que bien pudiera llamarse *cacería de amor*.

—Pues bien, amigos míos; se trata de un amor que yo llevo oculto mucho tiempo inquietándome el alma y enfloreciendo mis noches con ensueños. Un amor que no lo sabe nadie más que *ella y yo* y que ambos nos hemos empeñado en hacer impo-

sible por dar demasiada importancia a los convencionalismos de la vida, a las imbecilidades sociales.

No se qué mano oculta me aleja de ella cada día más: las puertas de su casa se cerraron para mí sin poder conseguir jamás que se me franquearan, a pesar de los esfuerzos que hice y de los mil medios puestos en juego para acercarme a ella. Su familia la acordona, la aísla, como si yo fuese un apestado contagioso. Mujerzuelas serviles y hombres de intriga artera han hecho de mí una figura detestable: soy, según mis detractores, un ser abyecto, un perdido, incapaz de hacer feliz a una mujer honrada.

Y cuando de esa manera se me acusa un día y otro día, no se me ofrecen medios de defensa con los cuales reivindique yo mi dignidad herida y justifique mi amor único y sincero.

Hubiera dado por hablar con esa mujer que turba la paz de mi vida, media existencia, y sin embargo nunca lo conseguí.

He aquí explicada esta cacería, que nos tiene en plena sierra y bajo estos rosales olorosos.

Ella está cerca de aquí, unas leguas no más, allá en la finca del *Carrascal*, donde sus padres suelen pasar algunas temporadas, y he decidido verla y la veré; hablaré con ella a costa de todo...

Y Peñarrubia terminó su relato, y apurando una copa de coñac, quedó unos momentos pensativo.

—Eso es cosa fácil—dijo el magistrado—en los campos y en las sierras como en los países extraños, todos somos amigos aún cuando no nos hayamos saludado nunca. Todo consiste en que andando, andando, una mañana lleguemos hasta el *Carrascal* y pidamos unos vasos de agua y un rato de descanso, ¿quién va a negar el agua al sediento y la posada al peregrino?

—¡Muy bien pensado!—Exclamaron todos a una.

--No, no es bastante eso—dijo pensativo el pintor.—Yo he de entrar a esa casa de otro modo, de una manera original, que me permita desarrollar los planes que tengo en el cerebro, pudiendo hablar con ella ampliamente.

—Pues a la cama—dijo el médico—levantándose de su asiento—que la almohada es la mejor consejera para los asuntos de amores.

Y todos se pusieron en pié dirigiéndose cada cual a sus respectivas habitaciones.

Peñarrubia, conversó unos momentos con el *Zorro* dándole instrucciones sobre lo que debía hacer a la mañana siguiente.

*
*
*

Apenas había despuntado la aurora, cuando el original cazador de lobos, el casero hercúleo, comenzando a cumplir las órdenes que había recibido de su amo la noche anterior, abrió la puerta

de la casa y haciendo pié firme en sus mismos umbrales, llevó a sus labios un gran caracol marino, que a modo de cuerno de caza, vibró sonoramente, escandalizando aquellos contornos con sus roncós sones.

Los cazadores que no sabían nada de este extraño modo de despertarlos, se arrojaron de los lechos con manifiesta pereza y se dispusieron a emprender la primera cacería.

Pronto consumieron las tazas del humeante y oloroso café y unas copas de aromática Ginebra, y se dispusieron a marchar.

Peñarrubia se encargó de distribuirlos en los puntos convenientes, según la clase de caza a que pretendían dedicarse sus amigos.

Al magistrado con otro compañero, le señaló unas madrigueras en donde apenas metieran los hurones, saldrían los conejos en bandada.

Al médico y al otro cazador los colocó en sendos puestos para que cazaran la perdiz.

Y el pintor, acompañado de su criado y de los galgos, prefirió la caza de la liebre andando por la sierra adelante.

A la media hora de estar colocados los cazadores en sus respectivos sitios, se comenzó a escuchar una continua serie de detonaciones.

El magistrado y su acompañante no tardaron mucho en extender las redes en las bocas de las madrigueras y meter los hurones dentro de ellas.

El ruido de los cascabeles se iba perdiendo poco a poco a medida que se internaban.

Los cazadores, colocados sobre unas peñas en la parte superior, con las escopetas montadas, miraban silenciosamente y con gran atención a las redes; y los perros, junto a ellos, moviendo los rabos y con las orejas empinadas y tiesas, aguardaban también el momento de lanzarse sobre su presa.

De pronto, un gran estruendo se apercibió en el interior de la madriguera, como de carreras precipitadas, y las redes rodaron loma abajo, envolviendo dos hermosos conejos que en vano forcejeaban por librarse de las mallas de sus prisiones.

Los perros se lanzaron sobre ellos y pronto los estrangularon entre sus dientes.

Pero como de las madrigueras habían salido cuatro piezas, dos escaparon a la trampa en vertiginosa carrera; mas fueron alcanzadas por dos simultáneos tiros que muy certeros dispararon los cazadores.

—No empieza mal la mañana—exclamó el magistrado mientras examinaba las cuatro piezas que se habían cobrado.

Volvieron a colocar las redes y tornó a hacerse el silencio no interrumpido sino a intervalos en que confusamente llegaba el sonido de los diminutos cascabeles de los hurones.

A todo ésto, el doctor y su compañero, acurru-

cados en sus puestos, escuchaban con alegría cómo cantaban sus magníficos reclamos y cómo acudían las robustas perdices en torno de la jaula engañadora que brindaba amor a los celos de aquellas aves libres y encontraban por toda felicidad en su lujuria, las caricias del plomo cazador que convertía en lecho de muerte lo que ellas creyeron tálamo del placer.

A la hora de estar metidos en los puestos, ya habían cobrado cada uno media docena de perdices.

En tanto, Peñarrubia, perseguía a las liebres y gozaba de ver a sus perros correr tras ellas en giros inverosímiles: ya se perdían en las profundidades de un barranco, ya volvían a aparecer en lo alto de la sierra, luego se internaban entre espesos matorrales y al fin volvían a aparecer ante él, que viendo a la liebre ganar ventaja a los perros y estando a tiro de su escopeta, se la encara, suena una detonación y el animal, vertiginoso, da dos vueltas en el aire y cae tendido con las patas hacia arriba.

El *Zorro*, recoge de la boca del perro la pieza y la mete en el morral que pendiente de sus hombros llevaba.

Y adelante, adelante.

Arturo corría de risco en risco maquinalmente, azuzaba a los perros sin darse cuenta de lo que hacía y disparaba la escopeta de vez en cuando,

con el pensamiento fijo en otro sitio que no era ciertamente la pieza que saltaba al alcance de su tiro.

Ya llevaba colgadas el *Zorro* cuatro liebres y ya se habían separado de los otros cazadores sin darse cuenta, unas dos leguas.

De pronto, Arturo clavó sus ojos con una ansiedad extraña en una casa de gran aspecto que a poca distancia de ellos se destacaba.

Peñarrubia y su criado sentáronse a la sombra de una encina para descansar un rato y echar un cigarro.

Permanecieron en silencio largo rato sin que el pintor quitara los ojos de la casa vecina.

Peñarrubia interrumpió el silencio y preguntó al campesino:

—¿Están los señores de esa finca en ella?

—Sí, señor—contestó el *Zorro*—hace ya ocho días que habitan el *Carrascal*

—¿Y quién está en él?

—Don Fernando, su señora, la señorita Matilde y la niña Elvira—contestó el criado—yo algunas veces paso por ahí: ¡si viera V. lo que me divierte con la señorita! ¡Es muy simpática! Es gran cazadora; donde ella apunta con su escopeta, allí pone la bala. Además es una gran pintora... A mí me quiere hacer un retrato, dice ella que para enseñarlo en la ciudad como modelo de hombre feo.

Arturo sonrió levemente y poniéndose en pié, se dispuso a seguir la cacería.

Estaba deseando que saltara una pieza para disparar unos tiros.

No habían andado cien pasos cuando una liebre saltó de sus mismos piés.

El pintor hizo fuego disparando sobre ella los dos tiros de su escopeta, sin lograr hacer blanco.

Tampoco se lo propuso él.

Su vista no se separaba ni un momento de la casa y al momento de disparar oyó como ladraban los mastines que salieron a la puerta del corral y vió aparecer en la terraza dos personas.

Eran la señorita Matilde y la niña Elvira, que al escuchar las detonaciones salieron impulsadas por la curiosidad de ver qué cazadores andaban por aquellos contornos.

Peñarrubia quedó ensimismado contemplando aquella figura de mujer que era la imágen de sus sueños. Aunque mediaba alguna distancia, se destacaba como una estatua de primoroso cincel: alta, redonda de carnes, morena, con unos ojos negros como la endrina y grandes como dos claveles rizados; la bata que mal encubría sus robustas formas, dejaba ver el principio de un seno alto y copioso, bajo un cuello digno de ser modelo de otra Venus de Milo.

Peñarrubia hubiera hecho alto en aquel sitio y allí hubiera dejado que los mitológicos rebaños

de Helios hubieran devorado su vida entera.

—Hay que regresar a la casa pronto, si hemos de llegar a hora de preparar la comida—dijo el *Zorro*.

—Sí, vamos—contestó Arturo maquinalmente. Y volvieron pasos atrás.

*
* *

Sobre una mesa del comedor de la casa de Peñarrubia había un informe montón de caza.

La mañana había sido bien aprovechada.

Los cazadores, rendidos, apuraban sendos aperitivos bajo el emparrado de los rosales de la puerta y esperaban con impaciencia que el *Zorro* diera la voz de ¡a la mesa!

Esta voz no se dejó esperar. La paella se mostraba humeante ante los ojos de todos y el hirviente arroz halagó los sentidos de los cazadores que en torno de la mesa se fueron colocando.

En la primer arremetida a la paella, el silencio era casi absoluto; solo alguna chirigota suelta y algún monosílabo lo interrumpían.

Menudearon los vasos del vino y la locuacidad comenzó a reinar animada y bulliciosa.

El médico poeta que había entrado a la cocina cuando el criado guisaba el arroz, tuvo una conferencia con el *Zorro*, el cual le contó la excursión del pintor hasta la casa de D. Fernando, en cuya puerta se vió aparecer a Matilde.

Esto le sirvió al médico para arremeter contra Peñarrubia, con otra alusión poética.

Y cuando todos estaban discutiendo sus tiros, sus piezas cobradas y sus habilidades de buenos cazadores, el doctor, elevando su copa, exclamó:

— Señores, voy a brindar.

Y mirando de hito en hito a Arturo, dijo con ironía marcada:

Hoy el cielo y la tierra me sonrien,
hoy llega al fondo de mi alma el sol;
hoy la he visto... la he visto y me ha mirado...
¡hoy creo en Dios!

— ¡Eh! ¿Qué dices tú a eso, pintamonas? — Terminó el médico contemplando la cara de asombro de Arturo.

Los demás se quedaron sin entender ni una palabra.

— Siempre está el doctor con sus versos a punto — exclamó el magistrado.

— Pero siempre que yo traigo mis versos a colación, vienen como anillo al dedo — repuso el médico — y si nó que diga Arturo si alguna vez mejor que hoy ha podido tener exacta expresión esa rima de Becquer que acabo de decir.

— Es verdad — exclamó Peñarrubia — hoy la he visto.

— Pero ¿no hablaste con ella? — preguntó uno de los amigos.

— ¿Hablar con ella...? ¡ya, ya!

—Pedir un vaso de agua, un poco de vinagre para lavar una lesión de una caída...—añadió el médico.

—¡Dios me libre estando allí D. Fernando!— exclamó Arturo.

—¿Pero es que D. Fernando se come a los hombres crudos? —preguntó el magistrado.

—Verán ustedes el caso.

Y Peñarrubia habló de este modo:

—D. Fernando *el Católico*, que así le han puesto de remoquete en Madrid, es un mogigato, un hombre que a su lado Carlos II hubiera sido un liberal. Si él pudiera volvería la Inquisición y quemaría en otros autos de fé a todas las personas que no piensan como él. Confiesa y comulga todos los días y no transige con nadie que se llame de ideas avanzadas.

Aquí tienen ustedes por qué yo jamás pude entrar a su casa; hablarle de mí es nombrarle al mismo demonio; y todo porque yo tengo fama de liberalote y descreído; pero más que todo, porque pinté un cuadro en el cual ridiculizaba un milagro de la Virgen de Lourdes. La cosa no tenía mayor importancia.

El cuadro fué premiado en París y los periódicos hablaron de él con gran elogio; pues bien, no me perdonará jamás D. Fernando esa irreverencia.

—¡Si pudieras romper ese maldito lienzo!— exclamó humorísticamente el doctor.

—Lo hubiera hecho por ella —prosiguió Alturo —pero el cuadro está vendido y cualquiera lo alcanza. He aquí el secreto de mi alejamiento de esa casa. Pero yo entro en ella, eso no lo dudeis.

Yo no me voy de esta sierra sin haber hablado con *Galatea*, como dice el doctor.

Prosiguieron de sobremesa un largo rato y se acordó descansar unas horas de siesta y reanudar después la cacería.

Así se hizo.

A las cuatro de la tarde los cazadores se distribuyeron por distintos sitios de la sierra con objeto de disparar algunos tiros al azar.

Arturo Peñarrubia con su criado y los perros, tomó la misma dirección que había seguido por la mañana: hacia la casa del *Carrascal*.

Pasaron algunas horas en las cuales se escucharon no pocos disparos por distintos puntos.

Ya estaba el sol próximo al horizonte, cuando los cazadores escucharon el ronco son del caracol marino, que era la señal que habían convenido para reunirse y hacer alto en la cacería.

Todos fueron aproximándose hacia el sitio en que sonaba el caracol y grande fué la sorpresa de los cazadores al ver al *Zorro* solo, echando los pulmones por la boca con sus toques de llamada, jadeante, sudoroso y demudado el rostro con un gesto grave de dolor.

Al mirarlo todos sospecharon que algo anormal pasaba.

En efecto, el criado, cuando pudo serenarse un poco, suplicó a los señores que lo siguieran, sobre todo al médico.

El pintor Peñarrubia había sufrido un accidente desgraciado.

Persiguiendo una liebre, y embebecido en su puntería, puso el pié en el borde de un barranco, falseó la piedra en que lo apoyó y rodó hasta la sima.

El *Zorro* se arrastró tras él y consiguió conducirlo sin sentido hasta la casa de Don Fernando, que estaba inmediata, en donde le suministraron los primeros auxilios, logrando cortar la sangre que salía de una herida que se produjo en la cabeza.

—Yo sospecho—continuó el criado - que debe de haberse fracturado una pierna, porque se conduele mucho de ella.

El magistrado ordenó al *Zorro* que trajera las cabalgaduras para dirigirse todos hacia el *Carrascal*.

Antes de diez minutos estaban en marcha. El médico aguijoneando al borriquillo que cabalgaba y seguido por el criado, pronto dejó atrás y a buena distancia a sus compañeros.

Su gran amistad con el pintor y su instinto profesional, lo impulsaban hacia el lugar en que se

hallaba Peñarrubia reclamando su auxilio. Aquel clavileño aéreo de Don Quijote hubiera él querido que fuera su jumento, o bien el alado Pegaso de la sangre de Medusa.

Con el trote que pudieron sacar más ligero de sus pollinos avanzaron todos hacia la casa del *Carrascal*, con la ansiedad y el disgusto retratados en los rostros.

Cuando llegaron a la finca y penetraron en la casa, conducidos por un criado, penetraron en la estancia en que habían instalado a Arturo, el cual estaba tendido sobre su lecho y con la cabeza vendada.

A su lado permanecían Don Fernando y un criado, quienes conversaban con el pintor amigablemente.

El médico penetró el primero en la estancia y rogó a todos que lo dejaran solo con el enfermo.

Cuando Arturo y su amigo se encontraron solos, preguntó éste:

—¿Pero qué has hecho, diablo?

—¿Acaso al verme aquí crees que me he producido este daño voluntariamente? —interrogó Arturo.—No, hombre, no; fué casual la caída; ahora bien que estoy muy satisfecho de ella, porque me ha traído a esta casa.

—Veamos, veamos, —dijo el Doctor comenzando a examinar el cuerpo del pintor.

Y después de un minucioso reconocimiento, sa-

có en claro que no había fractura de ninguna clase: solo la lesión producida en la cabeza y magullamiento general.

Arturo, al escuchar el diagnóstico de su amigo exclamó antes que entraran los demás:

—Oye, necesito que digas que tengo una pierna fracturada, es lo único que puede justificar mi estancia en esta casa.

—Bien, se hará así—contestó el médico y dirigiéndose a la habitación inmediata, llamó a las personas que esperaban.

—Es preciso—continuó el Doctor—arreglar la fractura de la pierna derecha que sufre Arturo. Ruego se me facilite lo necesario para proceder a ello. Pero lo que más me hace pensar es el traslado del enfermo a su casa, cosa que sería muy expuesta y muy dolorosa.

Don Fernando que allí estaba presente, en tono grave y solemne, avanzó hacia el médico y dijo:

—Señores, sería yo un hombre falto de toda caridad y desmentiría el abolengo caballeroso de mi casa de rancia nobleza, si en caso como el presente consintiera que en tal estado saliera de mi hogar el señor Peñarrubia. Aquí puede estar el tiempo que su curación reclame el reposo.

El pintor dió las gracias a don Fernando y sus amigos también, por aquella generosa hospitalidad.

Matilde y don Fernando hablaban en voz baja a la hora en que se retiraban a descansar.

El padre decía de esta manera:

—Mi voluntad es, hija mía, que no veas a ese pintor sino dos solas veces en el tiempo que esté en esta casa: una será mañana; bajarás conmigo y preguntarás por su estado, como acto de cortesía y hospitalidad.

Luego, cuando se vaya a marchar, también vendrás conmigo a despedirle.

Matilde, que sentía por Arturo grandes simpatías, más aún, intenso amor desde hacía mucho tiempo, asintió a los deseos de don Fernando, con disgusto disimulado.

Al día siguiente conversó un rato con el pintor a presencia del padre y de los cazadores, quedando condenada a no volverle a ver más, hasta que se pusiera bien.

Esto no la dejaba dormir. Lo único que podía hacer era enviar todas las mañanas a su hermanita, a la niña Elvira, criatura angelical que se hizo muy amiga de Arturo y se pasaba junto a él la mayor parte del día.

—Elvirita —decía el pintor— me da pena de que estés tanto tiempo aquí; yo quiero que vayas a jugar, que salgas a la sierra, que pasees como has hecho siempre.

—No, D. Arturo—decía con mucho desparpajo la niña— yo estoy muy contenta a su lado; me

cuenta V. unos cuentos tan bonitos... luego me hace Matilde que se los cuente a ella. Por eso también estoy aquí con V., porque mi hermana dice que no le deje solo...

El pintor, ante aquella ingenuidad infantil, vió descorrerse la nube de sus dudas y aparecer todo un cielo de felicidad.

—¿Pero Matilde te ha dicho que no me dejes solo? —insistió Arturo.

—Ya lo creo; y me viste muy temprano todos los días para que baje a ver como sigue V... ¡qué estúpida es mi hermana! ¿Verdad, don Arturo? Y casi siempre que le digo que venga conmigo le asoman dos lágrimas a los ojos...

*
* *

Habían pasado los días precisos para que el pintor abandonara el lecho y se dispusiera a partir.

Esto llegó a conocimiento de Matilde y la preocupó.

Ella no podría hablar con él, sino el día de la marcha y a presencia de su padre

Y sin embargo, hubiera dado media vida por conversar un rato con Peñarrubia...

Arturo también buscaba el medio de hablar con ella a solas antes de marchar de aquella casa.

Para ello le sirvió de gran auxiliar la niña, su infantil aliada.

—Le vas a decir a tu hermana, Elvirita, —decía

al oído de la niña el pintor—que mañana me marcho; que estoy muy disgustado con ella porque no quiso venir nunca contigo a verme.

Y la niña, palabra por palabra, repitió las que dijo Arturo, al oído de Matilde, terminando su confidencia:

— No, y tiene razón don Arturo; tu te has portado muy mal con él; ¿por qué no bajamos las dos esta noche a verle?

Matilde tuvo en aquel momento una resolución de esas tardías, pero definitivas en la mujer

Apenas comprendió que dormían todos en casa, se dirigió con Elvirita a la habitación de Peñarrubia.

El corazón parecía que se le quería saltar del pecho de la emoción que sentía.

Iba pensando en Arturo y al mismo tiempo en don Fernando. ¡Ah! ¡Si su padre se enterara de aquella aventura!

Llegaron al fin a la alcoba de Peñarrubia, quien saliendo al encuentro de Matilde le tendió la mano y ambas diestras se apretaron de tal modo que llegaron a hacerse daño.

Fué un apretón de manos de esos que equivalen a un abrazo, a un beso efusivo, a una fusión de almas que se buscan y se encuentran.

Pasaron lo menos dos minutos sin que los labios pronunciaran ni una palabra, pero sin que las manos se desenlazaran.

Por fin rompió el silencio el pintor quien aproximando sus labios al oído de Matilde, le dijo:

—Mañana marcharé de aquí... Dios sabe cuándo nos volveremos a ver.

—¿Por qué tan pronto?—exclamó Matilde algo acongojada.

—No hay más remedio. Yo estoy bien y no quiero abusar de la amabilidad de Vds.

—¡Quién pudiera marchar también!—Añadió la hermosa joven.

—¿Te vendrías conmigo, Matilde?

—¡¡Sí!!—exclamó ella sin saber lo que contestaba.

—¡Bendita la herida que ha servido para que yo escuche de esos labios palabra de tanta felicidad—dijo Arturo, loco de alegría.

Y Matilde, en un momento de exaltación amorosa, en ese instante loco de la mujer enamorada, insistió con resolución decidida...

—Sí, Arturo, yo no quiero vivir más esta vida de tormento y de ansiedad; si hemos de ser el uno para el otro como tantas veces me escribiste, acabe nuestra separación de una vez. Yo marcharé contigo esta misma noche aun arrastrando las iras de mi padre, que después nos perdonará...

—No, eso no, Matilde; no me pidas eso. Pídemela vida y verás que pronto quedo sin ella por tu amor, porque te quiero más que a todo; pero considera que marcharnos los dos de aquí en fuga

burlando a tu padre, eso no lo hago, porque yo no puedo pagar a una hidalguía de hospitalidad, con una villanía canallesca que tu padre siempre me reprocharía con razón.

Yo quiero salir de tu casa, estrechando la mano de tu padre, mirándolo cara a cara, como miran los hombres de bien, y dejándole en mis palabras la prenda más segura de mi agradecimiento.

—Sí, pero eso es tanto como renunciar a nuestros amores, pues ya sabes que mi padre jamás consentirá en ellos —exclamó Matilde con firmeza.

—Bástame a mi saber que tú me quieres y con eso yo te juro que tú serás mía. Pero ahora no es el enamorado el que está en tu casa; es el enfermo restablecido que tiene que agradecer una hospitalidad generosa...

Despidiéronse y Matilde se retiró a sus habitaciones con su hermanita

Aun no habían cerrado la puerta, cuando don Fernando, que había estado escuchando el diálogo de Matilde y Peñarrubia, entró a la alcoba del pintor, quien se quedó sorprendido:

—¿Qué quiere de mí don Fernando? —dijo Arturo aparentando serenidad.

—Quiero, —contestó don Fernando —dar a V. mi mano de amigo, mi saludo de caballero. Me habían dicho de V. cosas que lo habían alejado de todos mis afectos y de todas mis simpatías; pero después de escuchar lo que he escuchado veo que

es V. un caballero; y el que como V. procede, digno es de que las puertas de mi casa se abran de par en par para él.

Y don Fernando selló con un abrazo aquella reconciliación y reconocimiento de la caballeridad de Arturo.

*
* *

A las pocas horas Peñarrubia, entre sus amigos, contaba el final de su aventura y cómo había logrado cazar la mejor pieza que en la sierra había.

El médico hizo que se destaparan algunas botellas de Champagne y después de traer a colación unos cuantos versos de sus poetas favoritos, brindaron todos por la felicidad del pintor y por sus sueños realizados.

EL DESEMBOJO

Iba Mayo hacia sus postrimerías y por lo tanto, era llegado el tiempo en que los huertanos de la vega murciana respiraban fuerte por haber salido de las zozobras que les ocasiona la cría del gusano de la seda, operación agrícola tan delicada y escrupulosa, que roba el sueño a las familias huertanas y esclaviza a las mujeres durante algunos meses.

Ya habían subido los gusanos por entre las ramas de las bojas colocadas sobre los zarzos de cañas en que tuvieron su cuna y crecimiento los sedosos animales y ya estaban hilando su propia cárcel en la que quedaban prisioneros para convertirse en palomas blancas, si antes no se les sometía al calor de los ahogaderos.

En casi todas las casas huertanas se preparaban a celebrar la fiesta del *desembojo*, algo así como un regocijo de boda o de bautizo, en que los mozos y las mozas tenían pretesto para bailar un rato unas cuantas malagueñas, que vinieron a sustituir las clásicas parrandas, cosa muerta ya y solo recordada por los viejos de los contornos vegueros.

Las parrandas clásicas, el baile y cante más tí-

pico de la huerta murciana, murieron, sí, para no resucitar más... ¡qué lástima! Es un dolor que las regiones pierdan las notas más determinantes de su carácter y de su abolengo.

Pero no fué solo eso; sino que puestos a enterrar cosas los tiempos modernos, al cadáver yerto de las parrandas, pusiéronle por mortaja el típico zaragüel, el calañés amplio y terso y la montera puntiaguda y acandilada... y todo fué a perderse en las tenebrosidades del olvido.

Hoy en toda la vega se celebran los *desperfollos* y los *desembojos* a golpe de guitarra vibrante que rasga unas malagueñas de una indolencia mora que invita al ágil brinco de la moza garrida que eleva los brazos como dos promesas de amor, repiquetea las castañuelas con la ronca rabia de los celos morunos y ondula el cuerpo como una maravilla de curvas que pierden la proporción a cada quiebro de cintura.

El *desperfollo* tiene para los mozos y las mozas de la huerta mayores atractivos que el que ofrece quitar de las bojas los enredados capullos que fabricó el gusano.

Las *panochas* (mazorcas) al ser despojadas de sus perfollas y ofrecer la sorpresa en sus granos del color encarnado, dá facultad al mozo o a la moza que tiene esta suerte, de abrazar a todas las personas del contrario sexo que en el círculo se encuentran.

Luego viene el baile que desentumece los miembros de los desperfolladores.

El *desembojo* es más solemne y más delicado.

Aquel año el gusano había tenido suerte: ninguna enfermedad lo *esmangarrilló* y la cosecha, por tanto, fué de las ópimas.

En casa del tío Pencho estaban ya las bojas cuajadas de capullos y amontonadas en el local más amplio de la casa huertana.

Poco a poco comenzaron a llegar mozos y mozas que fueron sentándose en sendas sillas de re-cia morera y asientos de esparto y comenzó la operación de quitar de entre las ramas los *capillos* que parecían racimos pródigos de gruesos dátiles de seda sonrosada.

Las amplias espuestas colocadas en el centro de la circunsferencia formada por los mozos y mozas, se llenaban a menudo del precioso *capillo* aurífero y luego se vaciaban en un montón formado en una de las porchadas del patio, haciendo al rededor, con las bojas despojadas del *capillo*, una barrera en torno del montón.

Las mozas, mientras arrancaban con sus manos las avellanadas cárceles del gusano, entonaban alegres canciones a coro, que iban a perderse entre las espesas arboledas del contorno, confundándose con el gorjeo de jilgueros y ruiseñores, que parecía que tomaban parte con sus trinos en la alegría de aquella choza modesta y feliz.

El tío Pencho era el único que no tenía alegría; su cara estaba seria y su frente cenicienta y rugosa parecía abstraída en preocupaciones de orden económico.

Tiraba sus cuentas y no le salían.

A tanto que había roto la arroba del *capillo* y tantas arrobas que él calculaba que tenía, hacían un total que él distribuía sin que le alcanzara a los menesteres de su casa.

Si pagaba al fisco, a quien debía arbitrios y contribuciones de años pasados en que las cosechas se perdieron, se quedaba sin pagar el rento del amo, como se quedaba sin traje su hijo que era ya un mozo que tenía que rondar a una zagala vecina y no estaba bien llevarlo de cualquier manera; y como se quedaba también sin vestido para las fiestas del Corpus la moza que tenía de veinte años que era un pimpollo de aquel trozo de huerta.

Y el tío Pencho se devanaba el cerebro inútilmente sin que las cuentas le salieran.

Finalmente acababa por pensar:

—Yo iré a Murcia y veré a los *comisionaos*; les hablaré de los malos años anteriores y les diré los compromisos que tengo sobre mí; acaso ellos se hagan cargo de mi situación y en vez de cobrármelo to de una me den facilidades para pagar en varias cosechas... porque si no, yo no sé lo que voy a hacer.

Y quedaba pensativo largo rato mirando a aquel montón de *capillo* que iba tomando proporciones de inmensa pirámide.

Terminó la tarea al fin y se procedió a limpiar el sitio para comenzar el baile.

Las mozas sacudieron sus faldas y los mozos dieron remate a una gruesa bota de vino que más de una vez había remojado sus gargantas.

La guitarra sonó valiente y vibradora invitando al baile.

Las mujeres que venían provistas de sendas postizas las sacaron de sus bolsillos y comenzaron a colocarlas en los dedos, produciendo un ronco estruendo con sus repiqueteos impacientes.

El mozo que tocaba la guitarra entonó la siguiente copla huertana:

Yo te vide de venir
y me zambullí en la cieca,
tu pasastes por encima...
y el que sea tonto que aprienda.

Antes de que terminara la copla, dos mozos y dos mozas estaban en medio del corro dispuestos a comenzar la malagueña.

Gallardas y ligeras las parejas comenzaron sus graciosas mudanzas entre un verdadero escándalo de repiqueteo de postizas, que apagaba el sonido de la guitarra y no dejaba oír muy bien las coplas

que se sucedían de minuto en minuto fluyendo como torrente de inspiración de labios del que tocaba.

Y en medio de este estruendo alegre y bullicioso, de vez en cuando la voz de un mozo del corro que exclama:

—¡Quién baila..!

Y las de los bailadores que contestan:

—¡Quién habla..!

Las mozas que bailan son incansables; cada vez sus vueltas son más vertiginosas, arrancando olés y otros gritos de piropos huertanos. Ellas se crecían ante estos halagos de los jaleadores y menudeaban más sus saltos y con más arrogancia y energía, como si quisieran tocar el techo con las manos.

De vez en cuando dos mozos de los que sentados estaban en el corro, salían a reemplazar a los que bailan, previo un cortés y respetuoso permiso que solicitaban sombrero en mano.

Las bailadoras, indiferentes a estas sustituciones, seguían impertérritas afilegranando más y más sus piruetas y cimbreando más sus cuerpos de recias y redondas curvas.

Por fin hicieron la mudanza final y fueron rendidas a ocupar sus respectivas sillas.

Otras dos mozas, invitadas galantemente por otros dos mozos, ocuparon el palenque.

La guitarra prosiguió con más bríos su sonora

malagueña y otra copla inició el comienzo del baile:

Cuatro cosas tiene Murcia
que no las hay en el Orbe;
el Malecón y la Vega,
las mujeres y la torre.

Apenas habían comenzado los vertiginosos giros de los bailadores, el tío Pencho, que estaba en el patio acabando de arreglar las bojas en torno del montón del *capillo*, escuchó el cascabeleo de una tartana que al parecer se aproximaba a su casa.

Abrió la puerta del patio para no salir por en medio del baile, y cuando estuvo en el principio del camino que desde su casa conducía a la ciudad, puso la mano en su frente a modo de visera para ver mejor y pudo distinguir una tartana que en efecto venía al sitio en que el tío Pencho se encontraba.

¿Quién venía dentro?

Eso era lo que él no pudo distinguir.

Pero pronto salió de sus dudas. Llegó el carruaje a la puerta del patio de la casa en que se encontraba el viejo y vió con sorpresa bajar de la tartana a dos señoritos y a una pareja de la guardia civil.

Uno de los señoritos llevaba en la mano un legajo de papeles y otro un bastón con borlas verdosas y puño de oro.

El tío Pencho se quedó helado ante aquellos extraños visitantes.

—Buenos días—dijo al tío Pencho el señorito del bastón.

—Buenos días—contestó el viejo temblándole la voz y quitándose el sombrero muy paulatinamente.

—¿V. se llama Fulgencio Morales Martínez?—interrogó el de los papeles después de leer en ellos un momento.

—Esa es mi gracia o mi esgracia—respondió el tío Pencho malhumorado.

—Pues hemos de advertirle que venimos a embargarle a usted.

—¡A mí! ¡Eso es una injusticia!—exclamó el viejo estrujando el sombrero entre sus manos y lanzando una mirada de ira a aquellos perros del fisco.

El tío Pencho sintió de pronto una oleada de vergüenza al pensar en el escándalo que se iba a producir entre la gente que en su casa celebraban el desembojo y se dirigió al patio, cerrando la puerta de la casa que daba a él, para ver si evitaba que se enteraran los vecinos de aquel embargo.

Y ya en el patio el representante del fisco, el juez y los civiles, el tío Pencho les pidió que tuvieran compasión, de una manera que partía el alma.

—Señoritos; ya llevo tres años de malas cosechas, de no haber *cogío* na en la tierra porque las

nubes lo estropearon to; de haber perdío el gusano por las helás; me se murieron las vacas que tenía pa la labor; un hijo menor que tenía sus catorce años, cogió una tisis y después de ejarme empeñado con el médico, el boticario y el de la funeraria, me se murió el probe hijo el año pasao. Por to esto, señoritos, yo les pido que me dejen en paz y no me embarguen; yo quiero pagar y pagaré pero no puedo de una; esta cosecha daré algo; y en las que vengan, algo también hasta quear en paz con tos.

—Aquí no venimos a gastar el tiempo con súplicas y sollozos. El que no paga las cargas que tiene que pagar, ya sabe lo que le espera; el embargo—dijo el que llevaba el bastón de mando.— Así es que vamos pronto y no desperdiciemos minuto; y pues llegamos a punto de encontrarnos el capillo recién desembojado, ¿para qué vamos a molestarnos en hacer embargo de muebles y otros objetos? Embargaremos el capillo.

—Pero, señorito, ¿el capillo?—dijo el tío Pencho con una rabia que le atrancaba las palabras en la garganta.

—Sí, el capillo; vamos a instruir las diligencias oportunas y aquí quedará la pareja mientras vienen por él los carros necesarios.

—¿Pero tendrán ostes concencia pa ejarme sin eso que es to mi vivir y el de toa mi familia? ¿Sin eso que ha costao a mi mujer y a mi hija tantas no-

ches de no dormir y tantos días de no comer o de comer poco? ¿Sin eso que lleva la sangre de mi hijo en sus tejidos, que le costó estar quince días en el Hospital por caerse de una morera al coger la hoja pa alimentarlos...?

—Sí; eso embargaremos y no hablemos más— dijo rotundamente el de los papeles...

—Pero, señoritos...

—He dicho que a callar—exclamó malhumorado el del bastón.

Y el tío Pencho, desesperado, sin ningún recurso para alcanzar piedad, se calló y solo se atrevió a exclamar entre dientes y volviendo la espalda a aquellos hombres:

—¡Por vida e Dios..!

Púsose a escribir con gran celeridad uno de ellos mientras otro dictaba; de muy mala gana y cuando ya estuvieron terminadas la diligencias pidieron al viejo que firmara: él lo hizo sin titubear.

En tanto dentro de la casa seguía la algazara del baile con el estruendo del repiqueteo de las castañuelas y el eco picaresco de las coplas de la malagueña, que producían de vez en cuando escandalosas carcajadas.

El juez y el representante del fisco, montaron en la tartana y regresaron a la capital, y quedaron sentados en la puerta del patio los guardias custodiando el embargo.

El tío Pencho estaba que lo podían ahogar con

un cabello. No sabía qué hacer ni qué decir a su mujer y a sus hijos.

¿Pues y la vergüenza de que vieran todos los mozos y mozas que allí se divertían, cómo salía el capillo aquella misma tarde custodiado por una pareja de guardias?

El tío Pencho, hombre de genio fuerte, de gran corazón y de los que no se arredraban por nada, meditaba mucho; alguna idea buscaba y no venía a su cerebro.

Por fin, lanzó una sonrisa enigmática, como el que ha encontrado una solución al problema.

Púsose a conversar muy afablemente con los guardias, mientras sacaba la petaca y les ofrecía un cigarro. Ellos no lo aceptaron.

El tío Pencho lo lió pausadamente, lo puso entre sus labios y sacó de su faja una bolsa mugrienta que contenía la yesca y los artes de encender.

Puso en la piedra bastante yesca, un montón que cubría totalmente el pedernal, dejando solo un pico al descubierto, en el cual dió repetidas veces con el acero.

Prendió al fin la yesca y encendió el tío Pencho su cigarro pausadamente sin quitar la vista de los guardias.

En un momento en que éstos se distrajeron, el viejo lanzó sobre las bojas la yesca encendida y lanzó una bocanada de humo al espacio.

Luego invitó a los guardias a que salieran a la

puerta del patio, en donde había unas higueras que les darían sombra y estarían más cómodos.

Así lo hicieron y él también salió con ellos.

Al rato una columna de humo espeso coronaba la casa del tío Pencho.

Este lo había advertido y respiró de satisfacción, con alegría salvaje; pero no quiso decir ni una palabra.

Una vecina próxima que advirtió aquella humareda, corrió hacia la casa en que el baile se celebraba y dió la voz de alarma diciendo que algo ardía en el patio.

Cesó la guitarra de tocar; el cantador dejó una copla en el segundo verso y las parejas que bailaban hicieron alto en sus mudanzas.

Todos se dirigieron al patio en el que encontraron una inmensa hoguera formada por las bojas que habían servido de telares a los gusanos y, por el montón de capillo que estaba hecho una masa de fuego.

La mujer y la hija del tío Pencho, cayeron desmayadas ante aquel horroroso espectáculo; y el hijo con ojos de espanto al ver a su padre junto a los guardias que contemplaban el siniestro indiferentes por ver que todo auxilio era ineficaz, se dirigió a él, se abrazó a su cuello y exclamó:

—Padre, después de haber derramado mi sangre por ellos!

—¡Cómo ha de ser!—contestó el tío Pencho

con indiferencia. — Otro año malo, hijo, otro año malo que no nos deja ni pagar el rento, ni la contribución, ni ná... Tos hemos queao en paz; el amo, los comisionaos y nosotros que queamos encueros y sin pan que llevarnos a la boca .. ¡Por vida e Dios!

Y después de decir ésto, se dirige a los guardias civiles preguntándoles:

—¿Habrán asistío ostés ya a muchos embargos, verdad?

—Sí, a muchos; estas cosas las tenemos a diario — contestaron.

—¿Pero a que no han asistío jamás a ningún reparto de socorros en los años malos de probes cosechas, pa los que las hemos perdío?

Y los civiles, sonrieron y callaron como asintiendo a la razón del tío Pencho.



CONFERENCIA



PALABRAS DEL QUIJOTE

Conferencia leída en la Federación Instructiva de Dependientes de Comercio y de la Banca.

Es para mí un gran honor que esta digna sociedad de hombres laboriosos y cultos me haya ofrecido este puesto y haya convocado ante mí este concurso de personas letradas y peritas, ante las cuales mi corta inteligencia deponga el raquítico fruto de sus poco frondosas ideas.

Mi nombre modesto acaso es muy poco para figurar en la brillante lista de las altas competencias que aquí han traído el lucido séquito de sus conocimientos científicos, literarios y artísticos.

Sin embargo, yó acepté gustoso porque así se me ofrecía ocasión de rendir un homenaje de respeto al Príncipe de los Ingenios españoles, hoy que toda España se preocupa en celebrar la fiesta más honrada, más nobilísima y más nacional que pudieron concebir los espíritus castellanos.

Todo español debe adorar a Cervantes como a un sagrado patriarca de nuestro idioma; que si co-

mo la Religión tiene sus Evangelios sobre los cuales levantamos nuestras conciencias hacia Dios, otros Evangelios debemos ver en esos inmortales libros de Cervantes sobre los cuales levantamos los espíritus hacia la patria.

Por eso yo recogí este asunto que hoy palpita en el alma nacional y he querido abrir ante vosotros esas páginas inmortales del Hidalgo manchego, recordando aquellas frases del nunca bien sentido Marcelino Menéndez Pelayo, que dijo:

«Luz, más luz, es lo que esos libros inmortales requieren: luz que comience por esclarecer los arcanos gramaticales y no deje palabra ni frase sin interpretación segura y explique la génesis de la obra y aclare todos los rasgos de costumbres, toda la vida tan animada y compleja, que Cervantes refleja en sus libros.»

Y dice bien. Aquí en España donde tanto se habla de la raza, donde tanto se trabaja por que la raza se vigorice, parece ser que solo se mira bajo tal concepto los fortalecimientos antropológicos, sin tener en cuenta que es la raza espiritual la que necesita vigorizarse y fortalecerse. Y en este sentido, el idioma es lo primero que debe preocuparnos, puesto que como ha dicho Unamuno en un periódico francés que escriben unos cuantos españoles, *el lenguaje es la sangre del espíritu*.

He aquí por qué Miguel de Cervantes, si no tuviera otras razones de patriotismo para que a los

tres siglos de su muerte una nación le levante estatuas y le tribute regioes homenajes, sería bastante esta razón de haber llenado con la sangre de su idioma el espíritu de infinitos siglos.

Sí; es preciso vigorizar la raza espiritual, purificar la sangre del lenguaje, infestada de microbios extranjeros que la debilitan y decoloran. Es preciso, además, no dejar que se escape ni una sola gota de esa preciosa sangre que constituye la principal causa de la vida nacional.

Hay que atender con gran cuidado al mal que la corrompe, ejerciéndose una especie de policía literaria, por todos aquellos que por privilegio de su inteligencia ejerzan autoridad en la jurisdicción del lenguaje.

Y de esta corrupción de que tanto lastimoso ejemplo tenemos, voy a ofrecer uno que me viene a la memoria, a guisa de corolario.

Precisamente por falta de frecuentar el Evangelio del idioma, cuyos fundamentales principios están en ese libro maravilloso que se llama «Don Quijote de la Mancha», corren por ahí ciertas palabras que yo he visto escritas por plumas doctas en sentido que está muy lejos de significar lo que deben.

El adjetivo *sendos*, por ejemplo. Muchos de los que me escuchais habreis encontrado esta palabra escrita en algunas novelas que elogió la crítica calurosamente, en artículos de periódicos sobre to-

do, que son los que más contribuyen a enrarecer la sangre del idioma; y la habreis visto escrita significando algo así como *grande, bueno, largo*, etc. Y en virtud de esta corruptela, no es extraño oír decir o ver escrito, *un sendo trago, un sendo paseo*, cuando, sabeis como yo, que el adjetivo *sendos* no puede tener singular, precisamente por su significación distributiva, como se ve en el *Quijote* en el pasaje que dice que cogieron la bota y bebieron *sendos tragos, hasta dejarla pez con pez*; es decir, que bebieron un trago cada uno.

Todos debemos contribuir a arrancar del vulgo esas ignorancias que tanto van dañando nuestra rica y sonora lengua.

Y no es extraño ver estos atentados cometidos por el *sermo vulgaris*; sino también por el *sermo nobilis*, en aquellos que al lado de estos pecados de lesa lengua, nos colocan una palabra francesa, inglesa o italiana.

No hace muchos días que lei un artículo que venía a corroborar ésto que os acabo de decir.

Uno de los autores que han llevado al teatro algunos episodios del *Quijote*, invitaba a periodistas y literatos al ensayo general y decía: Tengo el gusto de invitar a V. a la *premiere* de «Don Quijote de la Mancha»: esto es de *premiere*.

Me hizo el mismo efecto que si hubiera oído tocar unas sevillanas en una misa de *Requiem*.

Porque si los franceses llaman a sus ensayos

generales *premieres*, nosotros tenemos también nuestro nombre que es, *ensayo general*, sobre todo, cuando se trata del ensayo de una obra que se titula «Don Quijote de la Mancha».

Pero basta de prólogo y entremos en lo que constituye el objeto de esta conversación.

*
* *

Una observación algo interesante ofrece la dedicatoria que Miguel de Cervantes hace de la primera parte de su obra inmortal. Como todos sabemos, dicha parte la dedica al Duque de Béjar y la segunda ya no ofrece esta dedicatoria.

Esto fué, porque, además de que dicho personaje aceptó esta ofrenda de Cervantes con algún reparo, porque satirizaba los libros de caballerías tan respetados entonces, instigado el Duque por un fraile que tenía alguna autoridad en la casa, alzó la mano en los favores al genial escritor. El religioso y Cervantes eran incompatibles y venció el primero.

Se asegura que el inmortal autor retrató al vivo el carácter de tal impertinente, en el eclesiástico con quien altercó don Quijote.

El prólogo y la fábula en general son dos monumentos inmortales, más aún que por su mérito literario, por haber acabado uno y otra con dos costumbres arraigadas en los siglos anteriores.

El prólogo dió al traste con aquel rancio uso

que los escritores de la antigüedad respetaban tanto y que consistía en abarrotar sus obras de citas de autores por orden alfabético, que decían haber consultado para afectar erudición, siendo así que la generalidad ni había consultado ninguno ni tal vez los conocían.

Tal costumbre cayó derrumbada por la sátira feliz e ingeniosa de Cervantes, como igualmente cayeron por el suelo los decantados libros de caballeros andantes, desde los primeros golpes de lanza del hidalgo manchego en las aspas del famoso molino de viento.

Y así comienza su fábula el inmortal Cervantes:
«En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme....»

¿Qué lugar fué éste y por qué no quiere acordarse de él el autor?

A cuatro leguas de Manzanares, en el Priorato de San Juan, existe un pueblo llamado Argamasilla de Alba. Cervantes era cobrador de alcabalas, lo que hoy llamamos recaudador de contribuciones, cuyo cargo le acarreó serios disgustos, porque según las crónicas, entonces como ahora, los ciudadanos y los pueblos veían en los agentes del fisco al mismísimo demonio.

Y ocurrió que Cervantes tuvo que ir a Argamasilla de Alba a cumplir con sus deberes recaudatorios, llevando oficios para ser auxiliado en sus funciones; pero las autoridades de Argamasilla de

Alba y el pueblo en general, si no sacaron pistolas al uso de ahora, porque las pistolas entonces eran armas de próceres, resolvieron meter a la cárcel al malaventurado recaudador de alcabalas.

Y en la prisión, fué lo que se dijo Cervantes, pues que no tengo cosa que hacer, haremos algo: y comenzó el *Quijote*.

Ya veis con qué ahinco escribió aquellas primeras palabras que dicen: «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...»

Hoy existe en Argamasilla un sitio que le llaman la cueva de Cervantes, lugar en que al parecer estuvo preso y por donde desfilan constantemente muchos extranjeros turistas.

En este primer párrafo de la novela hay también algunas frases y palabras dignas del comentario, que han hecho muy atinadamente Clemen-cin, Covarrubias, Artzembusch y otros cervantistas eminentes.

Habla de lo que consumía las tres partes de la hacienda de don Alonso Quijano y dice: «Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, etc...»

Esto de *duelos y quebrantos*, viene a ser así como si dijéramos en la actualidad *ropa vieja*, frase con que el vulgo nombra a las sobras de cocido, que se fríen luego para comerlas.

Entonces, los duelos y quebrantos era una olla

que se cocía en algunos lugares de la Mancha y que consistía en los huesos quebrantados y las extremidades de las reses que se desgraciaban durante la semana, en cuyos días estaba prohibido comer las demás partes ni la grosura.

En 1748, derogó esta costumbre Benedicto XIV.

Hartzenbuch hace en este primer capítulo una importante corrección, que consiste en cambiar la palabra *desafíos* por *desvaríos*.

He aquí la frase: «y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de *desafíos*».

Se explica lógicamente la corrección de este poeta, puesto que se refiere a los libros de caballerías, los cuales están llenos de cartas amorosas tan enrevesadas que seguramente Cervantes las calificó de *desvaríos*, que otra cosa no es aquella que como muestra nos ofrece y que dice: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece que con razón me quejo... etc.»

Otras dos palabras de este mismo capítulo, merecen los honores de la observación. La primera está comprendida allí donde dice: «y cuando *en allende* robó aquel ídolo de Mahoma, etc.»

Para quienes no estén versados en estas sutilezas lingüísticas, quedará sin significado el lugar aludido y es porque Cervantes no creyó necesario decir completando la frase; *allende los mares o ultramar*, que es hoy lo corriente.

Además encierra una enseñanza para el habla castiza esta expresión, que no quiero dejar pasar, ya que no la he visto anotada en ningún comentarista.

Hoy se dice comúnmente: *esto ocurrió* allende los mares, siendo así que la frase castellana como aquí hemos visto exige la preposición *en*, como característica del complemento de lugar.

La otra palabra a que me refiero es ésta que vemos en el mismo capítulo primero, cuando dice Cervantes que Don Quijote fué a ver a su rozín, que tenía más *cuartos* que un real.

Quiere decir eso de *cuartos* la enfermedad que suelen padecer las caballerías en los cascos. . .

Y entramos en el capítulo segundo en donde nos encontramos con tres palabras que han pasado al mundo de los muertos, no pudiendo decir a mejor vida, porque para las palabras no hay más mundo que el del Diccionario de la Real Academia Española, pudiendo decir de él y nunca con mayor propiedad, que ni están todas las que son, ni son todas las que están.

Decía que nos ofrece el referido capítulo tres palabras muertas que son: *afincamiento*, *membra-ros* y *ñudo*.

La primera vive hoy transformada en *ahinco*, la segunda en *recuerdo* y la tercera en *nudo*.

¿Qué dama entendería hoy, al decirle que se acordara de nosotros, lo siguiente?

«Plégaos, señora, de *membraros* deste vuestro sujeto....»

Solamente los versados en latín, por razón de etimología, darían con el significado. Hoy nos queda la palabra *remembranza*, que aun cuando el Diccionario la ha condenado a muerte, ella se resiste a morir y sigue palpitante por esas páginas de Dios y sobre todo, de América, en donde sienten los poetas una viva predilección por el vocablo.

Agregaremos a estas palabras dos frases del mismo capítulo segundo que son dignas también de tenerse en cuenta por si alguno de los que me honran escuchándome, tropieza con ellas y siente vacilaciones, que no pudiera resolver el diccionario.

Dice Cervantes relatando la llegada de D. Quijote y Sancho a la venta de la vela de las armas: «Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman *del partido*».

Y quiere decir *mujeres del partido*, mujeres ramera, *mujeres públicas* dedicadas al comercio de la carne.

Sigue diciendo que el *huésped* o sea el ventero era de los *sanos de Castilla*, aunque era andaluz.

Esto que parece una contradicción, no lo es; porque ser de los sanos de Castilla no es haber nacido castellano, sino que así se llamaban por entonces a las gentes ladronas.

Y he aquí cómo sin quererlo se ofrece otra palabra de dudosa aplicación.

Llama Cervantes al dueño de la venta *huésped*, cosa que hoy nos suena mal, acostumbrados a que los huéspedes sean los que van a las ventas.

Sin embargo en el mismo *Quijote*, llama Cervantes *huésped* al mismo alojado.

Entonces podía usarse de los dos modos. Ahora también puede aplicarse al dueño de la casa y al invitado; pero es mucho más general aplicar el nombre de *huésped* al que se aloja en cualquier parte.

El capítulo cuarto me ofrece la agradable ocasión de ocuparme de una riqueza regional, que ya lo era en tiempos de Cervantes, y por ponerla en mis manos tan inmortal escritor y por tratarse de Murcia, algo más de lo que debiera me detendré en el asunto.

Mas primero y aunque carece de importancia realmente, quiero explicar una palabra ya que a mi vista se presentó en este mismo lugar

Dice Andrés el azotado por Juan Haldudo y libertado por D. Quijote, que su amo se «lo había de pagar con *setenas*».

Refiérese la palabra *setenas* a una pena que antiguamente imponían los jueces, una especie de ley del Talión, que consistía en que pagara el delincuente siete veces el daño cometido.

En este mismo capítulo fué donde el famoso ca-

ballero de la Triste Figura, se encontró con unos mercaderes que venían a comprar seda a Murcia.

Ya sabía Cervantes que Murcia era el número uno entre los pueblos de España en lo tocante a la producción de seda.

Con este motivo, Clemencín, hace un curioso comentario, para el cual se vale de los datos que el historiador murciano D. Francisco de Cascales, contemporáneo de Cervantes, escribe en su memorable obra titulada *Discursos históricos de Murcia*.

Habla Cascales en el año 1621 (hace unos tres siglos) y dice que Murcia daba y repartía seda a los *codiciosos* y más opulentos mercaderes de Toledo, Córdoba, Sevilla y Pastrana y de otros lugares que tratan desta materia... Toda la huerta de Murcia tenía 355.500 moreras, cuyo número constaban en los libros de los diezmos dellas. Con las hojas destas moreras se criaban poco más o menos en la huerta de Murcia cada año, 40.000 onzas de simiente. Era la cosecha de estas onzas, considerando un año con otro, 2.000.210 libras de seda joyante y redonda.

Y acaba diciendo Cascales que «Para la compra de la seda que en Murcia se criaba, entraba cada año en ella más de un millón, que es el esquilmo mayor que en el mundo se sabe – dice.

Añade Clemencín por su cuenta que en nuestro tiempo este ramo se halla en decadencia, y

que a pesar de lo que se ha perfeccionado el arte de fabricar la seda y de aprovechar el capullo, el año de 1830 no llegó la cosecha de la huerta de Murcia a 120,000 libras de seda.

En 1.º de Abril de 1842, se publicó una Real Orden para que se hiciera un informe respecto del estado de la industria sericícola en Murcia.

Hizo este informe el ilustre don José Echegaray, padre de nuestro insigne dramaturgo.

En dicho informe, el señor Echegaray desmiente la nota de Cascales respecto del número de moreras que señala en sus *Discursos históricos*.

Niega Echegaray que se criaran 355.500 moreras, porque éstas no eran bastantes para criar 40.000 onzas de simiente, que ciertamente se criaban en la época a que alude Cascales.

En cuanto a la época de los mercaderes de Cervantes, tenemos que añadir a lo que dice el historiador de Murcia, que solamente en Sevilla había 10.000 telares de seda, dedicándose a estos tejidos unas 130.000 personas.

En los reinos de Granada, Almería, Valencia y Murcia, se alimentaban 16.000 telares y en Toledo 9.000.

En Toledo llegó a percibir la Hacienda hasta 9 millones de reales por los impuestos que gravaban la seda.

En Murcia se alimentaban 6.000 telares; se criaban de 40 a 50.000 onzas de semilla; hilaban

los colonos más de 100.000 arrobas de capullo y vivían de la seda, en fin, más de cien mil personas.

En cuanto a la decadencia que hace notar Clemencín en el año 1830 obedeció, según algunos datos, a ciertas plagas que sufrieron los gusanos por aquellos años.

La nota de la producción actual muy aproximadamente es la siguiente:

800.000 kilos de capullo fresco.

Corresponden a esta producción unos 70.000 kilos de seda hilada.

Se cultivan unas 650.000 moreras.

Se incuban más de 30.000 onzas de simiente, entre las de hijuela y las de seda.

Se producen unos 13.800 kilos de hijuela.

Y finalmente, puede calcularse el importe de la cosecha, como término medio, en unos 3.200.000 pesetas.

¡Y se asombraba Cascales porque entonces el esquilmo daba un millón (que no dice si eran reales) considerándolo el mayor del mundo!

Perdonad que haya molestado vuestra atención con estas estadísticas, pero a ello me invitaron el cariño a la patria chica, por la cual brindo estos datos a los sucesivos comentaristas del Ingenioso Hidalgo.

Y volviendo a lo de antes.

En el capítulo sexto, cuando el cura y el barbero están haciendo la revisión de los libros de don

Quijote para condenarlos al fuego, llegan a uno que se titula *Las sergas de Esplandian*.

¿Qué quiere decir *sergas*? Es una voz equivalente a la latina *gestas* y a la castellana *hechos*.

Los griegos tuvieron sus cantos populares para sus epopeyas y a estos cantos que relataban las proezas de los héroes helénicos se llamaron *sergas*.

Todos los pueblos han iniciado su literatura con los cantos populares. Las epopeyas han sido celebradas siempre por una voz incógnita que ha rimado instintivamente los sentimientos del corazón, inspirados por los grandes hechos de los héroes.

Y estos cantares del pueblo griego fueron llamados *sergas*, como llamó el pueblo romano *gestas* a la voz poética del vulgo que ensalzó las proezas de sus hombres sublimes.

En España sucedió lo mismo. Los primeros balbuceos del idioma, no fueron escritos, sino que andaban en boca del pueblo que fué siempre el cantor de las epopeyas de sí mismo.

Y aquellas canciones no escritas, aquellas trovas sin autor que ensalzaban las heroicidades de los guerreros hasta idealizarlos, fueron recogidas por algún ingenio que conservó el pudor de no darles su nombre, y nacieron las *gestas del Mío Cid*, y las de los infantes de Lara y que fueron la base sólida sobre la que se edificó el idioma cas-

tellano, que nacionalizó Alfonso el Sabio y universalizó Miguel de Cervantes.

En este sentido Homero no tuvo existencia real: fué solo un símbolo que representa al pueblo griego. Por eso tal vez lo representan ciego, para significar que aquellas sergas o cantos populares, al ser recogidas del alma popular, no se sabía quiénes las habían inventado.

Las *gestas* significaron en Roma y en España lo mismo.

Y para que tengais una idea de lo que fueron sergas y gestas, no teneis más que mirar al presente y ver esos cantares populares que andan de boca en boca y cuya invención es obra del pueblo. A ésto equivalían las *sergas* y las *gestas* antiguas; solo que entonces los pueblos tenían su grandeza en sus glorias épicas, eran épocas de grandes epopeyas, hubo héroes que llegaron a divinazarse y pudieron coleccionarse aquellas canciones populares que se referían a un mismo personaje y se llamaron sergas de Homero, gestas del Cid, que en todo caso equivalen a hechos o proezas.

Y he aquí explicado el título de *Las sergas de Esplandian*, que ha dado origen a esta divagación.

Yo me inclino a creer que de la palabra *serga*, a pesar de su abolengo griego, viene la familiar que hoy tenemos, de *monserga*.

La equivalente *gesta* no necesita de mucha averiguación filológica; las *gestas* fueron la *gestación* del idioma castellano.

Del vocablo *hecho* que es la equivalente en nuestra lengua viene *fechoría*.

Y dejemos ya que el cura y el barbero continúen su auto de fé con los libros del famoso Don Quijote, para pasar al capítulo séptimo que ofrece campo donde espigar.

«¿No será mejor estarse pacífico en su casa y no irse por el mundo a buscar pan de *trastrigo*?» Dice Sancho sesudamente.

¿Qué pan sería éste—me dije yo cuando leía por primera vez este pasaje?

Y he venido a saber que lo que quiere significar con esa frase el escudero es no buscar las cosas fuera de sazón.

En el mismo capítulo, el sentencioso Sancho Panza, llama a su mujer Juana Gutiérrez, su *oislo*.

Esta palabra es una voz truanesca que era usada solamente por la gente del hampa. Quiere decir algo así como *querida*, en sentido más picaresco.

Había entonces dos voces que aún conservan su valor oficial aunque se usan muy poco o nada y siempre en sentido familiar. *Oislo* era la mujer para el hombre, *cuyo* era el hombre para la mujer.

Cervantes pone en boca de una fregatriz la pa-

labra *cuyo*, para nombrar a su marido que estaba en la cárcel.

Y ya que la casualidad ha traído a mis labios estas palabras, aprovecho la ocasión para decir algo más respecto del vocablo *cuyo*.

Anteriormente lo he citado como nombre dado a un esposo carcelario; pero realmente es más digno de estudio como pronombre, ya que se encuentra tan mal tratado por el vulgo.

Esta palabra *cuyo*, como aquella de *sendos* que puse al principio de ejemplo, también se suele oír emplear de una manera lamentable.

Ya se yó que vuestra cultura no está necesitada de esta aclaración baladí: pero sin embargo, bueno es que remache el clavo para que vosotros a la vez seáis ayudantes activos en la obra de la vigorización del lenguaje.

Cuyo es un pronombre relativo que nunca puede referirse al nombre que le antecede, sino a una cosa que posee dicho nombre.

Quiero decir que no se puede expresar una idea en estos términos, por ejemplo: Si yo quisiera decir que estoy dando una conferencia que es muy pobre en ideas, estaría mal dicho así: Estoy dando una conferencia, cuya conferencia es pobre de ideas. Y sin embargo abunda mucho este pernicioso modo de usar el *cuyo*.

Hablaría bien si dijera: estoy dando una conferencia, cuyas ideas son muy pobres.

Como dije, nunca con el cuyo o cuya debe repetirse la palabra anterior, sino una cualidad de ella.

Y pasemos al capítulo noveno en donde encontraremos algo más enjundioso.

Dice Cervantes (aunque no hay que creerlo en ésto) que la historia de D. Quijote de la Mancha nació de unos cartapacios que se encontró en una calle de Toledo, cuyo escrito estaba en caracteres arábigos, que él no entendía.

Añade que buscó a un morisco *aljamiado* para que le tradujera la historia.

Esto de *aljamiado*, quiere decir que en tiempo de los moriscos, o sea cuando acabó la dominación árabe en España, como es natural había moros que sabían hablar el castellano y a éstos se les llamaba *aljamiados*.

Por eso buscaba Cervantes por las calles toledanas un morisco que le tradujera aquellos escritos árabes.

Pero se me había olvidado hablar del significado de Rocinante, caballo famoso de D. Quijote.

Rocinante es derivado de rocín, (ya lo dice Cervantes al principio: rocín flaco) y significa un potro que por no tener edad, o por estar mal tratado o por no ser de buena raza, no merece el nombre de caballo.

Luego dice el príncipe de los ingenios, refiriéndose a la historia de don Quijote: «si algo faltara

en ella, para mí tengo que fué por culpa del *galgo* de su autor.»

Lo de galgo es una manera que tiene Cervantes de llamar *perro* a Cide Hamete Ben-Engeli, a quien él atribuye el invento de esta fábula.

Era entonces costumbre llamar a los moriscos ofensivamente *perro moro* y el *galgo* del autor no quiere decir otra cosa.

Dice Sancho después a don Quijote que teme que los lleven a la cárcel y que a fé que si lo hacen, que antes que salgan de ella les harán sudar el *hopo*.

Entiéndase al leer esta expresión como si dijera sudar el quilo.

Y entramos en el hermoso discurso que don Quijote pronunció sobre la edad de oro, hermosa página, incomparable maravilla de elegancia y de elocuencia.

Allí nos encontramos con que dice el hidalgo: «Entonces se *decoraban* los conceptos amorosos del alma, simple y sencillamente etc..»

Esto de *decorar* los conceptos es cosa que ha llamado la atención de todos los comentaristas, viniendo a sacar en claro que *decoraban* quiere decir que se leían de coro.

En aquella dichosa edad—dice don Quijote—*la ley del encaje* aun no se había sentado en el entendimiento del juez.

Y era *la ley del encaje* una ley no escrita y

que solo confiando en la buena fé de los jueces, se dejaban a que se guiaran por las normas de su capricho y voluntad.

Una ley, en fin, solo explicable en la edad dorada de Cervantes que viene a significar una Jauja ideal y por consiguiente allí solamente podría existir esa llamada ley del encaje.

Dice en el capítulo doce: Sembrad este año cebada, no trigo: en éste podeis sembrar garbanzos y no cebada; el que viene será *de guilla* de aceite; los tres siguientes no se cogerá gota.

Año *de guilla* quiere decir que será de cosecha abundante.

Y refiriéndose al mozo Crisóstomo, se dice que era aficionado a componer coplas y hasta hacía los autos para el día de Dios, que todos decían que eran *por el cabo*.

Nadie podrá sacar una idea exacta sobre esto de ser *por el cabo*. Significa que los autos que componía Crisóstomo eran perfectos.

La pastora Marcela trataba a los mozos cortés y amigablemente; pero cuando les adivinaba mala intención los arrojaba de sí como un *trabuco*.

Hay dos clases de trabucos, es decir, hoy no hay más que una sola, porque ya no existe aquel artefacto que antes de la invención de la pólvora servía para lanzar gruesas peñas a las murallas de las ciudades sitiadas.

El otro es el trabuco naranjero, llamado así

porque tiene la boca del cañón en forma de trompeta.

El trabuco a que se refiere aquí Cervante es la máquina de guerra antigua.

Echar sueltas es otra expresión que encontramos en el capítulo quince, donde dice: «No se había cuidado Sancho de *echar sueltas* a Rocinante, seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rijoso».

Entiéndase que no se cuidó de ponerle las trabas con que se sujetan las manos de las caballerías para que coman por los campos.

Así como la ciudad de las cien puertas que dice en el mismo capítulo, es Tebas.

Y cuando la moza de la venta, aquella que ha dado nombre a todas las criadas de servir con el suyo de Maritornes, subió a la cita que tenía con el arriero, dice el autor que «iba en camisa y descalza; cogidos los cabellos con una *albanega* de fustán».

Esto de *albanega* de fustán quiere decir que llevaba una burda redecilla de tela de algodón, para sujetar los cabellos.

«Y el bueno del arriero a quien tenían despier-tos sus malos deseos, desde el punto que entró su *coina*...»—sigue diciendo.

Coina significa picarescamente su concubina y en tal sentido la emplea aquí Cervantes.

Después de estas andanzas del camaranchón

de la venta, dispusiéronse a salir don Quijote y Sancho para proseguir sus hazañas. El primero — dice la novela — «púsose luego a caballo y llegándose a un rincón de la venta asió de un *lanzón* que allí estaba, para que le sirviese de lanza».

Ofrécenos esta palabra de *lanzón* algo curioso que voy a explicar.

Ya sabeis todos que la Gramática hace una división de los nombres en aumentativos y diminutivos; como también sabeis que una de las formas características de los aumentativos es la terminación en *on*.

Y con arreglo a esta regla ese lanzón que cogió don Quijote de un rincón de la venta debía ser una lanza grande; pero no es así, sino quiere decir una lanza pequeña.

En resumen; que lanzón en este caso es un diminutivo, cosa que parece rara dada la estructura de la palabra.

Pero no es extraño si se tiene en cuenta que existen muchas palabras en castellano de esta clase.

Pudiéramos citar un número importante de ellas pero solo pondremos algunas por ejemplos y para que sean tenidas en cuenta por quienes las tropezaran alguna vez.

Carretón, no es carro grande, sino carro pequeño. Callejón, calle estrecha y pequeña. Torrejón diminutivo de torre; ratón de rata; cajón de

caja; cascarón de cáscara; perdigón es la perdiz pequeña; plantón es el árbol en vivero; pontón, no es puente grande sino un puente pequeño. Todos éstos y algunos más tienen la misma significación que Cervantes ha dado a *lanzón* en el pasaje de la venta.

Pero aún hay algo más curioso todavía en esto de los aumentativos que lo parecen y no lo son.

Los que hemos citado se limitan a disminuir la significación de las cosas haciéndolas más pequeñas; pero es que hay otros nombres que como esos parecen aumentativos y sin embargo no ya disminuyen el valor de las cosas a que se aplican, sino que anulan su significación en absoluto.

Tal sucede con *pelón*, que quiere decir hombre sin pelo; *rabón* que significa animal sin rabo; *motilón*, que significa también hombre sin pelo, refiriéndose a los legos que en las antiguas órdenes religiosas tenían como condición precisa cortarse el pelo al rape.

Y por último, pertenece a este grupo también la palabra *capón*.

Pues decía que don Quijote tomó su *lanzón* y salió de la venta sin pagar; y cuando Sancho quiso hacer lo mismo, se encontró con que el ventero le cerró el paso exigiéndole la cuenta.

Y aquí vino la bronca.

Sancho dijo que por la ley de caballería que su amo había recibido, no pagaría un solo *cornado*.

Refiérese esta palabra a una moneda de poco valor (no llegaba a un maravedí) que corrió por España hasta el siglo xvi y que vino a ser reemplazada por otra que se llamó *ardite* y que venía a tener un valor tan despreciable como el *cornado* o *coronado*, que es igual.

De aquí viene la expresión que aun vemos frecuentemente usar: «a mí me importa un ardite», aplicada a aquellas cosas que no queremos dar importancia.

De aquí en adelante es cuando a Sancho le da por los refranes y frases hechas, cosa que en la primera parte de la obra no habíamos notado en él; pero dá rienda suelta a esos dichos populares de tal modo que a cada cuatro palabras encontramos un modismo de aquella época, de los cuales, algunos son incomprensibles por haber caído en desuso y otros tienen aún validez en nuestro idioma.

Por esta repentina aparición de frases y refranes allá por la mitad del primer tomo de don Quijote, se deduce que Miguel de Cervantes se acordó de que para llevar a su libro toda la riqueza del idioma castellano, no era bastante poner en sus páginas todo el caudal de palabras sueltas, sino que era preciso incluir la riqueza de refranes, adagios y proverbios existentes y que en nuestra lengua constituyen un verdadero y caudaloso tesoro.

No hay que considerar para ello más que el ro-

mance castellano, al salir del latín para hacerse idioma independiente, se manifestó en forma de refranes, que el pueblo iba aumentando insensiblemente. Los refranes fueron antes que las gestas y que toda otra manifestación idiomática; podemos decir que fueron los ricos pañales en que nació el idioma de Castilla.

Nuestra lengua es la más rica en adagios y proverbios; hemos de hacer notar que hoy por hoy han llegado a tener una misma significación proverbios, refranes y adagios, los cuales se confunden lastimosamente, siendo así que cada una de estas sentencias populares tiene su significado distinto de los demás, como aclaró muy bien Barcia en sus *Sinónimos Castellanos*, donde después de explicar muy claramente en qué consisten estas diferencias, hace un resumen que creemos oportuno expresarlo aquí ya que voy a entrar en la futura monomanía de Sancho.

Dice Barcia que el refrán, el adagio y el proverbio, constituyen un gran género de literatura y que son una de las primeras glorias de la erudición nacional.

El refrán es un dicho agudo, discreto, famoso, que debe pasar de padres a hijos y que no debe olvidarse.

Es un refrán el siguiente:

No sé qué te diga, Antón;
el hocico traes untado
y a mí me falta un lechón.

El adagio es una regla que puede aplicarse a la conducta de los individuos, de las familias y a las costumbres.

Es un adagio decir: «Haz bien y no sepas a quien».

Y el proverbio es una sentencia que ha pasado al dominio de todo el mundo, como si fuese la lengua propia de cada cual.

Es un proverbio decir: «No por el huevo, sino por el fuero».

Es decir, que el refrán es sentencioso; el adagio es moral y el proverbio público, y todos ellos constituyen una filosofía manual, casera, práctica, que se acomoda a todas las inteligencias, a todos los gustos, como los alimentos que se acomodan a todos los estómagos.

¿Que cómo han nacido estas síntesis filosóficas?

No se sabe. Los refranes, adagios y proverbios, sobre todos los primeros, tienen su origen igual que los brillantes que se van elaborando en las obscuridades subterráneas y a través de los tiempos salen a deslumbrarnos con sus preciosas luces.

Igualmente refranes y adagios, tienen por cuerpo simple el carbono de la palabra, que en las oscuridades del vulgo, llamado pueblo, va cristalizando a través de las edades hasta convertirse en piedras preciosas del idioma. Y así como el bri-

llante es el estado más puro del carbono, los refranes son el estado más puro del lenguaje.

Los tienen todos los idiomas; están en todas las naciones y son un resumen de la expresión humana, una enseñanza empírica del bien obrar.

Con los proverbios se ha escrito aquel famoso libro, el más bello acaso que llegó hasta nosotros del sabio del cantar de los Cantares.

No son otra cosa sino proverbios los Santos Evangelios.

Y perdonad si en estas digresiones teóricas me he detenido; que fué solo por demostrar en llegando a la sarta de refranes con que va a comenzar Sancho, que no es cierto lo que dice Clemencín de que adagio, refrán y proverbio son una cosa misma. Y así, habiendo hecho la distinción conveniente entre ellos, podremos ver á qué categoría pertenece cada una de las expresiones del escudero.

En el capítulo veinte dice D. Quijote a Sancho, en vista de su locuacidad:

«Desde hoy en adelante, nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro.»

Suponía Cervantes al escribir estas últimas palabras que todo el que leyere sabría el refrán tan en boga por entonces, a que se refiere ese cántaro, no contó con que su obra iba a sobrevivir si-

glos y siglos y que por lo tanto llegaría uno en que no se entendiera su omisión.

Quiere decir eso de *mal para el cántaro*, que alude al refrán castellano que dice: «Si el cántaro dá contra la piedra o la piedra dá contra el cántaro, mal para el cántaro».

Este es un verdadero refrán porque tiene las características de ser agudo, discreto, y por último sentencioso.

Y antes de pasar a otros refranes, no quiero dejar de hacer mención de una moneda que se nombra en el capítulo veintiuno, que por haber desaparecido, alguien puede ignorar su valor.

Cuando Sancho coge la vacía que su amo tomó por yelmo de mambrino, antes de entregarla dice: «Por Dios que la vacía es buena y que vale *un real de a ocho, como un maravedí*».

¿Cuánto valdría, pues, aquel yelmo de Mambrino?

Pues valía cuatro pesetas, sencillamente.

Un real de a ocho era una moneda antigua de plata y equivale a dieciseis reales de la moneda actual.

Y llegamos allí donde dice el galeote «Ginés me llamo y no Ginesillo y Pasamonte es mi alcurnia y no Parapillo como *voacé* dice y cada uno *se de una vuelta a la redonda*, y no hará poco».

Darse una vuelta a la redonda es un proverbio, una frase proverbial por entonces, quiere decir:

«mírese así mismo cada uno», como significando que antes de echar en cara defectos se deben mirar los propios.

En la indicada frase encontramos una palabra que es de historia curiosa y que merece la atención: la palabra *voacé*.

Es como todos sabemos equivalente al usted de hoy y al *vuestra merced* primitivo.

Comenzó el tratamiento particular por decirse *vuestra merced*; después se hizo una contracción y se quedó en *vuesamerced*; más tarde se contrajo más y se dijo *usarced*; luego, como Ginesillo de Paramonte, *voacé*, y últimamente *vos* y *usted* que es lo que hoy usamos.

Cuando don Quijote y Sancho se tropezaron con el cabrero en Sierra Morena, aludiendo Panza al cojín y a la maleta que encontraron, dice el escudero: «allí la dejé y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro».

He aquí otro refrán propiamente dicho, pero incompleto. Yo he podido averiguar que el refrán completo a que se refiere Sancho es aquel que dice: «Aunque mi suegro sea bueno, no quiero perro con cencerro».

Y llegamos al momento en que Sancho se desata como un descosido en refranes, que parecen una verdadera lluvia.

Es cuando discute con su amo si Madasima fué

o no manceba de Elisabat y exclama el escudero ante el enfado de don Quijote:

«Ni yo lo digo ni lo pienso; allá se lo hayan y *con su pan se lo coman.*»

He aquí un proverbio castellano de los más castizos y clásicos.

Con su pan se lo coman existe hoy aún muy en vigor y en la historia de nuestra literatura tiene notables monumentos en donde está grabado. Quevedo escribió una letrilla cuya frase repetida es ese proverbio.

Y sigue diciendo:

«...si fueron amancebados o no, a Dios habrán dado la cuenta; *de mis viñas vengo no se nada.*»

Otro refrán propiamente dicho que quiere decir: yo no me quiero meter en cosas que no me importan.

Y sigue: «que el que compra y miente, en su bolsa lo siente; cuanto más que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; y muchos piensan que hay tocinos y no hay estacas».

He aquí tres refranes que no pueden confundirse ni con el adagio ni con el proverbio. Son tres diamantes purísimos de nuestro idioma rico.

Y acaba Sancho su monólogo de frases hechas con proverbios tan populares como antiguos, cuando dice: «Mas, ¿quién puede poner puertas al campo? Cuando más, que de Dios dijeron».

Pasemos a otro proverbio, que aunque no está

en uso por ahora, tiene la nota curiosa de haber merecido ser puesto en verso por un poeta de la antigüedad.

En la historia del *Curioso impertinente*, dice la doncella a Camila: «...que solo tiene las cuatro *eses* que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A B C entero».

Este proverbio de las cuatro *eses* de los enamorados quiere decir que el que ama debe ser: *sabio, solo, solícito y secreto*.

Y de aquí aquellos versos de Baraona, que dicen así:

«Ciego ha de ser el fiel enamorado,
no se dice en su ley que sea discreto;
de cuatro *eses* dicen que está armado:
sabio, solo, solícito y secreto.
Sabio en servir y nunca descuidado,
solo en amar y a otra alma no sujeto,
solícito en buscar sus desengaños,
secreto en sus favores y en sus daños.»

Esta ingeniosa octava real, viene a descifrar lo que algunos al leer el Quijote y al llegar a este punto, no pueden comprender, porque Cervantes todo aquello que era refrán o proverbio, como lo suponía en el conocimiento de todos, no lo explicaba.

Y así por este orden, se puede espigar por los campos fecundos de esas páginas las doradas espigas de innumerables proverbios, conquese el libro

de don Quijote ha enriquecido y perpetuado el abolengo de nuestro idioma.

Y antes de terminar, porque ya se va haciendo pesado este trabajo que en otra ocasión continuaré, hablaré de otros pocos proverbios ya que en la cuartilla de mis notas parece que me miran con aires de súplica para que les conceda el honor de presentarse ante vosotros, de los cuales son muy conocidos, aunque de todos no muy bien comprendidos.

El proverbio de *por quítame allá esas pajas*, ha sido modificado del primitivo por el uso y así reina en la actualidad; pero Cervantes lo dijo de otro modo en su libro inmortal.

Dice Sancho que de aquellos sus vasallos negros, pronto vendería él treinta o diez mil en *dácame esas pajas*.

De esta forma se decía entonces y aquí vale *dácame* a *deme* acá esas pajas.

Clemencín se limita a decir que ello significa, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos; pero el origen fundamental de este proverbio, viene realmente a significar eso por la facilidad con que la paja se enciende. Hoy ya no dice nadie *por dácame esas pajas*, sino *por quítame allá*.

Otro proverbio (y no refrán) muy usado en la actualidad es aquel que dice «andar de ceca en Meca».

Lo emplea Cervantes poniéndolo en boca de

Sancho, refiriéndose a la vida vagabunda en que lo había metido su amo.

Ceca, quería decir entonces algo así como zoco y era un sitio que los moros tenían en donde hoy está la Catedral de Córdoba, al que concurrían para hacer sus transacciones.

La Meca es la ciudad santa de los mahometanos, como todos sabeis. Se halla en la Arabia a 95 kilómetros del mar Rojo.

Es costumbre entre los árabes ir a ella en peregrinación todos los años, con objeto de orar por Mahoma, cuya patria es dicha ciudad santa. Se calcula que anualmente irán a la Meca unos 200.000 peregrinos próximamente.

En tiempos de Cervantes ya estaba arraigada esta costumbre y de aquí viene el proverbio *ir de ceca en Meca*, para significar distancias, por la que hay de Córdoba a la Meca y por dar a entender que los moros que iban a ponerse en marcha para su peregrinación a la Arabia, antes iban a la *ceca* a realizar sus industrias para los gastos del viaje y las ofrendas a Mahoma.

Otra palabra de las que ofrecen dudosa interpretación a los que leen el libro del Quijote es aquella cuando habla de un frasco que llevaba *mu-das* para la cara.

En el siglo xvi, como en éste de los aeroplanos y los morteros del 42, era una costumbre muy general en las mujeres y sobre todo en las

damas principales, usar untes en el rostro, llegando esta moda y afición a tal extremo, que los rostros entonces eran una artística mascarada. Y no era este uso exclusivo de aquellas damas a las que la naturaleza había desfavorecido con defectos y fealdades, sino que se daba el caso de que cuanto más original belleza poseían, más la adobaban con untes y afeites.

Nuestros poetas clásicos observaron esta costumbre de sus damas contemporáneas y hubo quien las satirizó ingeniosamente y a ello debemos aquel gracioso y popular soneto del gran Argensola, que todos habreis leído seguramente y que comienza diciendo:

«Yo os quiero confesar don Juan, primero
que aquel blanco y carmín de doña Elvira,
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.»

Y acaba esta sátira con una frase, que también ha venido a enriquecer nuestros proverbios castellanos y que hoy repetimos todos con frecuencia, cuando decimos:

¡Lástima grande
quo no sea verdad tanta belleza!

Ese carmín a que se refiere el poeta en el rostro de doña Elvira, es una de las *mudas* que dice Cervantes en su Quijote.

Mudas se podrían llamar hoy el vinagrillo, los polvos de arroz, el crocrean y la Crema Simón;

porque hoy también se usan tanto las *mudas* en las mujeres, que a poco que reparemos, hallaremos en muchas de ellas asunto para un soneto al estilo de Leonardo de Argensola.

*
* *

Y he terminado por ahora estos entretenimientos que me han servido para tener el gusto de ofreceros esta conversación sin otros fines que pasar el rato en vuestra agradable compañía, abusando más de lo debido de vuestra atención. Si algo ha aprendido alguien de quienes me escucháis, mejor para él y para mí; si no habeis hecho más que recordar lo que ya sabeis, nada habreis perdido en ello.

No está demás nunca que de estos asuntos patrióticos nos ocupemos, ya que tan necesitadas están las almas de templarse en el amor nacional.

El tratar del libro del Quijote, yo os digo en verdad, y vosotros sabreis como yo, que es como si habláramos de nuestra bandera...

Sobre que Cervantes fué un patriota tal, que antes de dar toda su sangre espiritual a la raza española, ya había derramado la de sus venas en holocausto de la bandera de la patria, por la que sacrificó hasta un miembro de su cuerpo.

Sin embargo, de Cervantes como soldado raso, aun cuando fué uno de los que contribuyeron a que nuestra enseña nacional ondeara en todas

las partes del mundo, y a que en nuestros dominios no se pusiera el sol nunca, no hubiera llegado hasta nosotros su gloria.

Pero hizo otra bandera más inmortal, más conquistadora que los oriflamas guerreros: el libro del Quijote.

Allá fué este libro del habla castellana donde habían ido nuestros conquistadores y en él aprendieron, al dejar el pecho de las madres, el amor a España los hijos de allende.

Y pasó el tiempo y pasó la buena suerte de nuestra patria.

Poco a poco hemos visto cómo aquella bandera roja y gualda que había quedado flotante en las fortalezas y murallas de América y Africa ha ido desapareciendo de nuestros antiguos dominios, por un movimiento natural de independencia que ha soplado en todos los pueblos que hicimos nuestros por la fuerza de las armas.

Y cuando todas esas enseñas han sido sustituidas por otras de otros colores y de otra significación, sobrevive una sola, aquella otra con que Cervantes dió más pueblos a España que Colón y que Hernán Cortés; la bandera del idioma que no flota en el aire, pero que ondea en los corazones y flamea en los labios de aquellos pueblos que ya no son nuestros mas que por el idioma; y con esa bandera aún se reza a Dios en castellano y se nos llama hermanos con las palabras del Quijote.

Los estudiantes de hogaño

Conferencia leída en el
Ateneo Escolar de Murcia.

Señores: Como yo tengo el criterio de que estos actos deben tener por base la palabra hablada y por lo tanto con la galanura de una brillante oratoria debe vestirse la idea que nace en nuestro cerebro, he de pedir perdón a tan distinguido auditorio por haber usurpado este puesto a oradores de mayor fuste y de más honda entraña científica, que con su elocuencia fueran capaces de rendir las simpatías de vuestros corazones y la admiración de vuestro entusiasmo encaminando vuestra atención al convencimiento.

Y este perdón que os pido que no es una expresión de formulista modestia, sino el reconocimiento sincero de una justicia, sale a la consideración de los que me escuchan titubeante y medrosa, porque en esta sala escogida por la juventud escolar para palenque del torneo de la cultura, suenan aún las vigorosas palabras de una de sus

más preclaras representaciones; llega a mi memoria la frase cálida de un joven murciano que salió por una puerta de las aulas universitarias, y entró inmediatamente por la que abre paso a los sillones de los catedráticos.

Si vuestro acierto, queridos estudiantes, fué completo al inaugurar vuestras conferencias trayendo a este sitio al tan joven como ya insigne Doctor Ruiz Funes, en mi designación para seguirle no habeis andado del todo avisados.

Yo acepté muy gustoso porque en mi alma florecen siempre flores de ideal, de un ideal que yo he fundamentado en la juventud, porque tengo el convencimiento de que de ella ha de esperarse todo y por lo tanto a su lado tenemos obligación de estar todos los luchadores del progreso, con el deber ineludible del soldado que se alistó en las filas de los ejércitos conquistadores jurando la bandera de la patria.

Yo no podía ser un desertor, y acudí para ofrendaros, por lo menos, el sacrificio de mi corazón.

He recordado para ello lo que dice el clásico Mateo Alemán: que no hay libro tan malo en donde no se halle algo bueno.

Y algo bueno quisiera yo que encontréis en esta comunicación de ideas, que si son pobres por ser mías, van a tierra virgen, a campo fértil, que las tornarán fecundas y generosas, porque es la juventud quien las recibe, y por algo ha dicho el

filósofo que la suerte del mundo está por delegación de Dios en la juventud...

.

Antiguamente, cuando las ciencias balbucian sus misteriosos principios y la cultura estaba limitada a un puñado de libros en que la sabiduría griega había vaciado como en divina copa su arte y su filosofía, no tuvieron los jóvenes que aprender más que les ofrecía aquella cultura, tamizada y continuada por el ingenio latino.

Las bibliotecas eran campo limitado al escarceo de las inteligencias, predio exclusivo de próceres, y don concedido solamente a príncipes y magnates; por eso la sabiduría se replegó con más facilidad en los palacios suntuosos que en las viviendas plebeyas.

Solo el oro podía amontonar los volúmenes que por entonces constituían la riqueza cultural de los tiempos; costaba mucho la copia de los libros y entonces una biblioteca de doscientos volúmenes era un tesoro envidiable, una joya que asombraba envidiosamente a los que tenían que aprender de viva voz las teorías filosóficas y las grandes creaciones de los ingenios griegos y latinos.

Por lo que toca a España podemos decir que tuvo que luchar la cultura popular con insuperables obstáculos.

Desde que el Rey Sabio hizo oficial nuestro ro-

mance hasta que llegó a su plenitud en el siglo de Oro, con pasos infantiles fué la sabiduría arrastrándose y las bibliotecas ampliándose muy lentamente, puesto que su desarrollo amplio y exuberante estaba reservado al prodigioso invento de la imprenta; y aún habían de pasar algunos siglos después de que el plomo grabara el pensamiento, para que éste llegara a todas las manos, nobles y plebeyas, con la misma facilidad.

Eran aquellas épocas al mismo tiempo, épocas de bélicas empresas: hubo que constituir el territorio patrio, cosa que reclamó todo el ardor de los corazones y toda la atención de las inteligencias: primero por la noble idea de la unificación de la patria, más tarde por las aventureras ambiciones de las conquistas mundiales; el caso fué que los hombres, lejos de tener el libro junto a la cabecera del lecho, era la espada la que ponían al alcance de la mano.

Los lugares de las bibliotecas los ocupaban las bien abastecidas panoplias y la ciencia y el arte de la guerra estaban por encima de las Humanidades.

Los estudiantes de entonces nos legaron tan solo alardes de sus ingenios pícaros, y cuando se licenciaban, era su licenciatura un poco de latín, algo de filosofía peripatética y mucho de mohatrerías y andanzas picarescas.

Había poco que aprender y a los estudiantes les

sobraba el tiempo para emplearlo en burlar mesoneros y doncellas y en componer canciones con el pié forzado de la indigencia de las doblas.

Así, pues, no era extraño ver, como nos han pintado las literaturas vieja y nueva, al licenciado Cleofás correr del brazo del Diablo Cojuelo por ciudades y aldeas, sembrando la inquietud y llevando el desasosiego a los sitios por donde pasaban.

Y aquel D. Félix de Montemar, encarnación del estudiante de las aulas que inmortalizaron Fray Luis de León y otros ingenios; aquel Montemar, jugándose su caudal, su dama, y hasta su propia vida y, más aun, su alma que entregó al mismísimo diablo en las callejas lóbregas de la histórica Salamanca.

Entonces era la Fortuna la diosa más adorable en brazos de ella se arrojaban los estudiantes, como se entregaban los aventureros de América y los conquistadores de los países extranjeros.

Era la Fortuna entonces una mujer ideal en cuyo carro triunfal iban los destinos de la humanidad; de ella se esperaba el oro del Perú, la banda de capitán de los tercios, y las coronas de los reinos. Todo lo llevaba aquella soberbia diosa en su carroza aurífera, menos los libros de la sabiduría, que eran carga pesada.

Pero a aquellos tiempos han seguido otros más complejos; las ciencias y las artes han ido amon-

tonando volúmenes y las imprentas difundiendo-los y poniéndolos en las manos del pueblo generosamente. Y aquellos mezquinos centenares de manuscritos que compendiaban la cultura de las viejas sociedades, se han multiplicado de tal modo, que hoy una biblioteca con varios millares de ejemplares se reputa incompleta.

La vida es poca cosa si hemos de seguir dignamente la marcha de la civilización, sin hacer mal papel en la sociedad a la que pertenecemos

Ante una biblioteca moderna, nos damos exacta cuenta de la brevedad de nuestra vida y apreciamos con opresión de espíritu la noción del tiempo.

Los estudiantes de hogaño, no tendrán tiempo de recorrer espacios en la amigable compañía del diablo, si han de responder al cometido que les han confiado las generaciones presentes.

Por eso en nuestros días ha quedado desterrada aquella simbólica representación de la Fortuna en quien la juventud de antaño fiaba todas sus esperanzas.

Y en vez de aquella carroza aurífera en que paseaba la diosa milenaria los dones y riquezas, hoy la representa Nietzsche en la concisión gráfica de su fórmula famosa que dice así: Un sí, un no, una línea recta y un fin.

Es decir, que la Fortuna que nos ha de regalar

el don de la dicha, forma su carro de una línea recta que es la voluntad, y lleva por ruedas un principio que debe ser una verdad, y un fin que debe ser un ideal.

Pero hay otro sabio moderno que ha dado a la Fortuna otra forma más práctica y representativa.

Marden, el gran sociólogo americano, revela que las ruedas de la Fortuna verdadera deben ser voluntad, inteligencia y laboriosidad, para que cese ya el tópicó de querer hacer a esa diosa loca, ciega y voluble, como los locos, ciegos y volubles quieren que sea; es decir, que la fortuna consiste en una voluntad, que es querer; en una inteligencia, que es saber, y en una laboriosidad, que es hacer.

Y ante este problema que presenta a la juventud la complejidad del saber humano, superior a nuestra vida, e incompatible con el tiempo de que podemos disponer, todo nuestros esfuerzos deben dirigirse a fortalecer la voluntad como único baluarte en que nos hemos de escudar para vencer en la lucha, llevando por armas la inteligencia y el trabajo.

Y a este propósito he recordado y seguré recordando al sabio Swet Marden, cuyas obras trato de hacer familiares porque son acaso las más provechosas, las más prácticas y educativas, de cuantas se han escrito modernamente, aunque por desgracia, como siempre nos pasa en esta

infortunada patria, son tan poco conocidas de la juventud.

A ellas acaso debe el progresivo imperio del Japón parte de sus notables y asombrosos progresos: los japoneses vieron en ellas un prodigioso estímulo de la voluntad y no titubearon en declararlas obligatorias como libros de lectura en sus escuelas: y así lo han hecho también muchas repúblicas hispano-americanas, viendo en ellas un tesoro digno de ser ofrendado a la juventud, que en ellas encuentra un medio de la formación del carácter; y el carácter es la fortuna del pobre, como el mismo Marden dice: pues es como el diamante que talla las demás piedras preciosas.

Los que logren inculcar en la juventud la necesidad del carácter, habrán conseguido una obra social de inestimable importancia, porque habrán llevado a las almas el timbre de la nobleza que las hace confundirse con Dios.

Un patricio decía a Cicerón queriendo menos preciarlo:

—Sois plebeyo.

A lo que repuso el insigne orador que era todo un carácter:

—Soy plebeyo, es verdad, pero la nobleza de mi familia empieza en mí y la de la vuestra acaba en vos.

El carácter de los hombres imprimen el carácter a los pueblos a que pertenecen.

Preguntaba un día Luis XIV a un ministro suyo cómo a pesar de ser rey de la vasta y populosa Francia, le había sido imposible conquistar un país tan pequeño como Holanda.

Y el ministro le contestó:

—Porque la grandeza de un país no depende de la extensión de su territorio, sino del carácter de su pueblo.

Y otro tanto podría contestar hoy al emperador Guillermo cualquiera de sus ministros ante el férreo carácter demostrado por el maravilloso pueblo belga, que con tal entereza supo resistir el primer empuje de las tropas germanas, al pedir éstas paso por el territorio que les ofrecía el camino más corto para su marcha hacia París.

El carácter heroico de ese pueblo a lo Marden, ha hecho que quede grabado el nombre de Bélgica en los anales de la Historia para que no se olvide jamás.

Los hombres son los que dan el carácter a los pueblos, porque cada cosa engendra su semejante y tenemos una impulsiva inclinación hacia aquello que amamos, como los insectos, que toman el mismo matiz de las plantas de que se alimentan.

El carácter es acaso la línea recta de que nos habla el filósofo alemán, por la cual tenemos que caminar al ideal, al fin; pero para atravesar esa línea que a la mayoría de la juventud le parecerá

insuperable, nos habla el sociólogo americano de algo que merece vuestra atención, para cruzar ese camino que es la senda de la vida; el entusiasmo; sin él es imposible llegar al fin que es el ideal.

Vosotros que estais en el principio de una carrera, como aquellos que hayan llegado a su término, necesitáis saber cuán necesario es el entusiasmo para vencer.

Las más grandes empresas, las supremas obras artísticas, los más maravillosos inventos, nacieron porque al engendrarse en los cerebros, recibieron el calor prolífero del entusiasmo.

Por él determinó Victor Hugo no salir de su casa mientras no terminaba *Nuestra Señora de París*.

Un predicador fracasado preguntó a un célebre actor, que cómo se las componía para subyugar al auditorio.

El actor le contestó: La diferencia está en que V. habla de verdades eternas como si dudase de ellas, y yo represento ficciones como si fuesen verdades.

La juventud sin entusiasmos es flor de cementerio, es día sin sol, es mar sin oleaje, rosa sin perfume, primavera sin lozanías de jardines. Es como si Dios hubiera puesto el mundo en manos de ella y esas manos lo destrozaran.

El entusiasmo hizo que el gran músico Bach copiara a la luz de la luna métodos enteros de sol-

feo a falta de las velas que brutalmente le negaba su familia. El pintor West, principió su labor en una bohardilla y él mismo se fabricaba los pinceles con pelos de gato.

Ruskín dice que las más bellas obras se deben a los jóvenes.

Joven era Alejandro cuando desbarató las hordas asiáticas que amenazaban sofocar la civilización europea; Napoleón había conquistado a Italia a los 25 años; Newton hizo sus más notables ensayos y descubrimientos antes de cumplir los 25; Lutero inició la Reforma a esa misma edad.

A los 21 años superaba Chatterton a todos los poetas ingleses de su época.

Victor Hugo escribió una tragedia a los 15.

Con razón dice Marden, con el entusiasmo de que él dá ejemplo, que nuestra época es la época de la juventud; y como el entusiasmo es fuego que nace en el corazón, triunfa porque es el corazón el que predomina en la juventud.

Sin embargo y para que los viejos no se molesten hemos de decir que hubo hombres que en su decrepitud hicieron obras inmortales, o por lo menos memorables: un ejemplo tenemos en un muerto reciente, que nunca lloraremos bastante: Echegaray.

Y es que como decía Cicerón, los hombres son como el vino: los años avinagran el malo y mejoran el bueno.

Pero no es bastante con el carácter y el entusiasmo para cruzar la línea recta: otro problema árduo y complicado se ofrece a los estudiantes de ahora y a los que vengan detrás de ellos: el problema del tiempo; he aquí un elemento al que la juventud concede menos importancia, porque su plenitud de vida, su optimismo halagüeño, su fuerza impulsiva le hace mirar cara a cara al sol y desafiarle en fuego y en eternidad. Y a ésto que es propio de toda la juventud del mundo, hay que agregar en las nuestras, en estas juventudes orientales que sestean a las sombras apacibles de las frondas la indolencia meridional característica, que ha contrapuesto al proverbio británico que dice «el tiempo es oro», otro que dice «matar el tiempo».

Matar el tiempo es como si nos entretuviéramos en ir arrojando el capital legado por nuestros padres, a nuestro paso por las calles. Y sin embargo, nosotros lo matamos en toda ocasión; esperando la hora de la comida; haciendo tiempo para ir al teatro, esperando la hora de una cita, advirtiendo que a pesar de que procuramos hacer tiempo en todos nuestros actos, siempre llegamos tarde a ellos.

Por eso Arison Swett Marden ha fijado también su atención en este elemento principalísimo de la juventud que trabaja, como la han fijado todos los grandes pensadores.

Dice Franklin: ¿Amas la vida? Pues no malgastes el tiempo porque es la tela de la vida.

En Oxford hay un reloj de sol que tiene debajo la siguiente inscripción: «Las horas pasan y caen en nuestra cuenta».

Y Horacio Maun dice muy ingeniosamente del tiempo perdido: «¡Pérdido! No se sabe dónde, entre el alba y el ocaso, se han perdido dos horas de oro con juego de sesenta minutos de diamante. No se ofrece gratificación, porque se perdieron para siempre».

Un filósofo norteamericano decía: «Todo lo que hice y lo que espero hacer lo hice y lo haré pensamiento por pensamiento y acto por acto, según aquel laborioso, paciente y perseverante procedimiento con que la hormiga avitualla su nido. Y si alguna vez obré por ambición, no fué otra que la ardentísima de enseñar a la juventud de mi país, cómo es posible aprovechar los insignificantes pedacitos de tiempo que llamamos momentos».

Pues bien, el que dijo estas palabras no era de aquellos vulgares predicadores que dicen: haced lo que yo os digo, pero no hagais lo que yo hago. Este sabio filósofo, supo poner a sus pensamientos el mármol, ¿qué digo mármol? el bronce consistente de su ejemplo admirable.

Murió el padre de este sabio a que nos referimos cuando éste tenía 16 años, quedando en la

indigencia. Entonces entró de aprendiz en la fragua de un herrero de su aldea.

Trabajaba en la fragua de diez a doce horas diarias, pero mientras apretaba el fuelle, resolvía mentalmente difíciles problemas de Aritmética.

En un dietario que se encontró de él después de su muerte, hay anotaciones tan curiosas como la siguiente:

Lunes 18 de Junio. — Dolor de cabeza; 40 páginas de La teoría de la tierra por Cuvier; 64 páginas de francés; 11 horas de fragua.

Martes 19 de Junio. — 60 líneas de hebreo; 30 de danés; 10 de bohemio; 9 de polaco; 15 nombres de estrellas; 10 horas de fragua.

Miércoles 20 de Junio. — 25 líneas de hebreo; 8 de siriaco; 11 horas de fragua.

Ya era ésta una voluntad, ya era aquello fé en un ideal, ya era tener una noción exacta de lo que es el tiempo en relación a lo que tiene que aprenderse para no desencajar en el engranaje de la rueda social que marca la civilización.

En el tiempo tenemos todo nuestro porvenir; él es la materia prima que sirve para modelar la estatua, para dibujar el cuadro, para dar forma y vida a la obra que a cada cual nos está encomendada.

Nadie puede ni podrá excusarse de no haberla hecho, porque la primera materia está disponible para todos por igual. El tiempo es un tesoro pú-

blico, una mina de oro franca a todas las manos libres, a todas las explotaciones; y el que no vence en la lucha de la vida es porque no ha querido molestarse en sacar partido del mineral aurífero de las horas.

Y cuando se sabe ésto, cuando se llega a comprender que nadie es pobre disponiendo de tal caudal, no debemos asustarnos ante la grandiosidad de una biblioteca que nos ofrece en los infinitos millares de los lomos de sus volúmenes, sus dorados títulos como sonrisas de oro, la ciencia que nos atrae, el arte que nos entusiasma, la profesión que sentimos en nuestros corazones.

Como no debemos considerar insuperable ninguna gran obra producida por el ingenio humano: si hay tiempo, hay Partenon, hay Odisea, hay Gioconda, hay Escorial; se domina al rayo y se le manda como esclavo y se le hace pluma para comunicar nuestros pensamientos a través de las ondas etéreas; se conquista el señorío de los aires y se discute a las águilas su imperio.

Los días son nuestros mejores amigos. Se dirigen y llegan hacia nosotros encubriendo en sus manos extendidas las dádivas que nos ofrendan. Muchos las pierden por encontrarse dormidos; muchos otros por encontrarse engolfados en el aturrido bullir del placer y la disipación. Y esas dádivas que llevan los días en sus corceles galopantes, cuando no hemos alargado nuestras manos a su

paso, no esperemos que vuelvan más; porque los corceles del tiempo, como el camino que recorren es infinito, ya no volverán a pasar por la puerta de nuestros hogares.

Y tendremos que decir luego lo que dijo Sakespeare:

«Malgasté el tiempo, y ahora el tiempo me malgasta a mí».

Una hora distraída a frívolos pasatiempos, bastaría para llegar a dominar una ciencia o un arte.

En una hora diaria, dice Marden, puede un adolescente leer con provecho 40 páginas o sean 14.000 en un año, equivalentes a 36 gruesos volúmenes.

Una hora diaria, puede convertir a un hombre inútil, en un bienhechor de la humanidad.

Un estudiante italiano que luego fué un gran hombre, puso sobre la puerta de su cuarto el siguiente letrero: «Quien quiera que se detenga aquí, me ha de ayudar en el trabajo».

Se dice de Franklin, que pasaba en la cama y en la mesa el menor tiempo posible, por disponer de más para el estudio. De niño le impacientaba el mucho rato que su padre le tenía en la mesa y cierto día le dijo si no sería mejor comerlo todo de una vez para ganar tiempo.

El poeta Goethe, estando en una entrevista con su monarca, excusose de repente y se fué al aposento inmediato para apuntar una idea que se le

había ocurrido para su famosa obra *Fausto*.

Mozart aprovechaba los momentos hasta el punto de proseguir su trabajo dos días y una noche sin interrupción. Hasta en su lecho de muerte fué laborioso, pues en él compuso el famoso *Requiem*.

César decía que en su tienda de campaña tenía tiempo de pensar en otros asuntos ajenos a la guerra.

En cierta ocasión naufragó salvándose a nado con una mano, mientras en la otra sostenía el manuscrito de sus *Comentarios* que había escrito a bordo y en los que trabajaba cuando sobrevino el naufragio.

White aprendió griego por la calle, aprovechando el tiempo en que iba y venía a su despacho de abogado, donde trabajaba de pasante.

Y dice el sabio norteamericano a propósito del tiempo malgastado:

En las fábricas de tejidos, un solo hilo que se rompa, echa a perder la pieza entera y el importe del perjuicio se le descuenta de su salario al operario u operaria que lo causó; pero ¿quién pagará los hilos rotos en el lienzo de la vida?

Todos, jóvenes y viejos, debemos saludar la salida del sol como si este fuera un rey amigo que viene en su carro luminoso a ofrecernos sus hilos de oro para tejer la obra que nos está encomendada.

Si Jesucristo no hubiera aprovechado tan diligentemente los días de su breve vida de Dios-Hombre, acaso no se hubiera realizado la obra de la redención del mundo.

Pero aún no hay bastante con todo ésto para llegar al *ideal* de la vida por la recta trazada en el problema de Nietzsche: al carácter, al entusiasmo, al tiempo, es preciso agregar otras cosas: la vocación y la confianza en sí mismo.

Nuestro destino está fijo e inmutable como la estrella polar respecto de la tierra: nuestra vocación debe ser la brújula que señale la estrella que ha de orientar nuestra vida.

Así como es el más elocuente principio de amor al prójimo, aquel del filósofo que dice: «Ayúdate a tí mismo y todo el mundo te ayudará».

La vocación y la confianza en sí mismo son cosas que se complementan y nos hacen insensiblemente seguir el cauce de la existencia, como la corriente del río sigue hacia el mar.

¿Para qué quiere el navegante la brújula si no sabe el puerto a que va a arribar? Lo mismo podemos decir de aquella juventud sin una inclinación definida y sin una confianza en su propio esfuerzo.

Es preciso saber el puerto en que está nuestro ideal que es nuestra felicidad y tener a la vez un pleno convencimiento en que nuestros brazos y nuestra inteligencia son lo bastante fuertes y ex-

pertos para manejar el timón, aun en medio de las mayores tempestades de la vida.

A este propósito de la vocación dijo un sabio que la mayor fortuna de un hombre es hallar para su actividad el empleo más apropiado a sus congénitas aptitudes. Con tal que a ellas responda su tarea, lo mismo da que haga cestos, espadas, canales, estatuas o versos.

Y a vosotros, los que me escuchais, flores de juventud y principio de vida y esperanza, os requiero toda vuestra atención en este punto: Habéis de seguir vuestras inclinaciones, porque jamás lograreis éxito en vuestras carreras si las contrariais. Si todos siguieran los impulsos de sus vocaciones, la sociedad tendría un equilibrio tan perfecto como el de la gravitación universal; es decir, la labor humana llegaría a asemejarse a la de Dios.

Recuerdo siempre que pienso en ésto las frases de Juan Jacobo Rousseau al visitar un cementerio. Aquel gran pedagogo, mirando atentamente los mausoleos que le rodeaban, los nombres de los mármoles que en torno se ofrecían como recuerdo de los que fueron, exclamó:

¡Quién sabe! Acaso entre éstos que aquí yacen ignorados hay algunos que fueron capaces de blandir la espada o de pulsar la lira y de empuñar un cetro.

En esta exclamación está compendiado todo

cuanto yo os pudiera decir sobre las vocaciones.

Esa expresión del gran pensador francés, está complementada por Marden cuando dice:

Más vale ser el Napoleón de los limpiabotas o el Alejandro de los deshollinadores, que un leguleyo ignorante de la jurisprudencia.

Buenos labriegos andan por ahí asesinando leyes, mientras que eminentes jurisconsultos ruedan por las granjas bajo la tortura unos y otros de sus no logrados destinos.

En las fábricas languidecen muchos jóvenes, que estarían mejor bregando con el latín y el griego; al paso que a otros les abrumba la sobrecarga de las aulas, cuando pudieran desahogarles la granja o el buque.

Artistas hay que pintarrajean lienzos y debieran enjalbergar fachadas.

Abogadillos sin pleito o de malas causas ruedan por el mundo, mientras jurisconsultos que serían notables porque lo son de nacimiento, fracasan en el comercio.

Ya dijo el poeta que hay una divinidad que modela nuestro destino con arreglo a la plantilla que voluntariamente le proporcionamos.

Y Franklin añade:

El que menos aprecia un oficio, menos precia al estado social; y quien desoye una vocación, desperdicia un provechoso y honrado empleo de actividad.

Un labriego de pie, es más grande que un caballero de rodillas.

Podrá darse el caso de que alguno tenga vocación de ser rey o papa, y causará risa a los demás su fatuidad; pero no es ridícula su pretensión, si a ello encamina sus actos; porque en todo caso ocurrirá lo que dice Letamendy del que quisiera tirar piedras a la luna y en ello ejercitara sus energías: es cierto que no llegaría con sus pedradas al satélite, pero también es una verdad que llegaría a ser el primer tirador del mundo.

No hay duda —dice Marden— de que toda persona sirve para algo en esta vida.

Mozart a los cuatro años tocaba el piano y componía bailables y otras cosas de perdurable mérito. Goethe, escribió tragedias a los doce años; Grotio publicó un tratado de filosofía antes de cumplir los 15. Pope contaba ya los números al romper a hablar; West dibujaba retratos cuando comenzaba a andar; Liszt era concertista a los doce años; Bacón señaló a los 16 años los errores de la filosofía aristotélica, y Napoleón construyó fortificaciones con la nieve del patio de Brienne.

Todos estos hombres fueron célebres porque mostraron su vocación desde su tierna edad y la siguieron fielmente.

De contrariarlas, Mozart hubiera sido un mal abogado; Napoleón un médico adocenado; Pope un mal gramático y Goethe un ingeniero pésimo.

Pero como todos los hombres no revelan desde su niñez sus vocaciones, de aquí la necesidad de observarse cada cual, para descubrir el rasgo de nuestra naturaleza y cultivarlo.

Necesariamente—añade Marden—ha de triunfar el hombre que en leyes, en literatura, medicina o teología se aplica al estudio con ardor y ama su profesión y por entero a ella se dedica; pero el que la abraza tan solo porque su padre o su abuelo cobró fama en ella o porque su madre lo quiera, más le valiera meterse a conductor de tranvías.

Y aquí tiene el gran sociólogo un recuerdo para la mujer. Hace todavía pocos años, el matrimonio era el único camino abierto a las jóvenes en el campo de la vida. Hasta un filósofo antiguo dijo que la muchacha pensadora era tan ridícula como un joven tímido.

El Doctor Gregory les decía a sus hijas: «Si por acaso llegais a tener alguna erudición, guardaos de alardear de ella delante de los hombres, pues miran con malignos y envidiosos ojos a las mujeres de no comunes dotes y cultivado entendimiento».

Las mujeres que en aquellos tiempos componían libros, estaban precisadas a ocultarlo en público como si se tratase de un crimen.

Todo ésto ha cambiado. Ya lo dijo el filósofo: El descubrimiento más prodigioso del siglo, ha sido el descubrimiento de la mujer. Antes solo los

jóvenes podían seguir carrera; hoy pueden imitarlos sus hermanas.—Esta libertad es una de las mayores glorias del siglo xx—dice Marden.

Podemos decir que la civilización llegaría a su apogeo, cuando cada hombre emplee su actividad en la profesión para que ha nacido; pues nadie triunfa hasta que en ella se coloca.

Son los hombres—añade Marden—como las locomotoras: seguras y rápidas sobre carriles; torpes y perezosas en cualquier otro camino.

Y cuando se ha encauzado la vocación y seguimos las vías trazadas por nuestras inclinaciones, para llegar al fin, al ideal, solo necesitamos tener confianza en nosotros mismos.

En este punto debemos ir contra la modestia: la modestia suele ser un estorbo en la recta que ha trazado la voluntad.

Jamás se tache a nadie de egoista ni de soberbio, si vaticina su grandeza futura; ello puede ser la expresión de la confianza en sí mismo, en sus propias fuerzas.

Los grandes hombres tuvieron siempre confianza en sí mismos.

Dante, antes de escribir sus obras inmortales, vaticinó su fama.

Julio César le dijo a su piloto que se amedrentaba en medio de la tormenta: «No temas; que llevas al César con su buena suerte». Y fué dueño del mundo.

Un célebre estadista, un político insigne, replicó a un condiscípulo suyo que se reía de su asiduidad en el estudio: «No tengo más remedio que aprovechar el tiempo para portarme bien cuando sea diputado». Una carcajada general acogió estas palabras del estudiante, el cual repuso: ¿Lo dudais? Pues os aseguro que si no tuviera la completa confianza de ser representante de la nación de aquí a tres años, ahora mismo saldría de la Universidad.

Es censurable aquel que estudia una carrera y piensa al acabarla solicitar un destino del Estado, para ser un parásito del presupuesto; así como es admirable todo joven que dice con convencimiento pleno de que puede serlo: —Yo seré diputado, ministro, general, obispo.

Es costumbre reirse de estas afirmaciones en labios de un estudiante; pero a mi me es muy respetable esa juventud gallarda que vaticina su puesto social con el convencimiento de que para él está reservado; porque recuerdo a aquel que se empeña en que alcancen sus piedras a la luna y queda al fin de su ejercicio como el más notable tirador.

*
*
*

Y después de todo ésto, hemos llegado al ideal, al fin que nació de una verdad, de un sí, de un no, y siguió la recta inflexible.

El ideal es el fruto de nuestros sacrificios, el imán de nuestra vida hacia el cual corremos por impulso instintivo.

Quien desde los comienzos de su existencia consciente no tiene un ideal, puede llamarse desgraciado.

Todas las obras que asombraron a las generaciones, fueron producto de un ideal, al que en muchos casos se ha sacrificado la vida.

La juventud es rica en ideales y en ellos debe poner sus ojos y a ellos debe dirigir sus pasos, como si en el mundo no existiera otra cosa digna de distraer su atención.

Cuando no se tiene otro, siempre existirá el amor de la mujer, porque el ideal siempre es amor; es el Dios para el cual se creó el templo de nuestras almas.

Y por eso dijo el poeta, aquel poeta orgullo de esta tierra murciana, el insigne Balart:

Primavera sin flores
no es primavera;
juventud sin amores
no es juventud.

La juventud sin ideal, en efecto, no es juventud.

Hay ideales remotos, como los hay próximos: los que ajustan su vida al más próximo ideal revelan una voluntad enferma, débil, inconsistente.

Los grandes ideales son dignos de las grandes voluntades y para llegar a ellos no hay más cami-

no que la perseverancia; porque a veces se llega al borde de la tumba y se ve que el ideal fué un sueño que sembró nuestra vida de flores y que nos hizo felices: si no fuera por eso ¿para qué queríamos el alma?

Sueño, locura fué el ideal de D. Quijote; pero fué una locura que sembró en su camino la razón y enseñó a los corazones a ser fuertes y a los espíritus a ser hidalgos.

Cuando el caballero manchego decidió dedicarse al ejercicio de caballero andante, antes de abrazar la adarga y de ceñir la espada, pensó en que le era preciso una dama a quien dirigir sus proezas; y eligiendo a Dulcinea del Toboso, eligió el ideal de su vida.

Sueño, ficción fué aquella dama del caballero andante; pero ideal al fin, dió forma a la obra más famosa de la literatura mundial.

Newton puso un ideal en la atracción planetaria, desde que vió caer la manzana sobre su cabeza, descubrió la gravitación universal antes de cumplir los veinte años; pero un leve error en la medida de la circunsferencia terrestre, le impedía demostrar esta teoría; y él entonces fué constante con su ideal por espacio de veinte años, tiempo que tardó en demostrar que los planetas se mueven en sus órbitas con arreglo a la misma ley por la que cae una manzana al suelo.

Quince años tardó Stephemon en perfeccionar

la locomotora y veinte empleó Watt en construir la máquina de vapor.

El ideal de Colón es uno de los más ejemplares que nos ofrece la historia.

Para vivir pidió limosna y vendió mapas trazados por su propia mano. Sus amigos le despreciaban llamándole loco y visionario.

La asamblea de prudentes varones convocada por los Reyes ridiculizó su teoría de que fuera posible arribar a Oriente navegando hacia Occidente.

A las burlas de los doctos objetó Colón: Si el sol y la luna son redondos ¿por qué no ha de serlo la tierra?

Los doctos le replicaron:

—Pero si la tierra fuese redonda ¿cómo y dónde se sostendría?

—Y ¿cómo se sostienen el sol y la luna? contestó Colón.

Uno del consejo arguyó:

—¿Pero será posible que haya gentes que anden pies arriba y cabeza abajo, como las moscas por el techo y que los árboles crezcan con las raíces en lo alto?

—Las aguas se derramarían de los estanques y las gentes no podrían sostenerse —añadió otro filósofo.

Y un clérigo argumentó:

— Esa teoría es contraria a la Biblia que dice:

«los cielos están extendidos como una tienda»; por lo tanto han de ser planos y es herejía decir que son redondos.

Sin embargo, tres días después Colón se embarcaba con su intrépida gente, en tres barcas, no mucho más grandes que lanchas pesqueras.

Colón no se fijó en lo endeble de sus embarcaciones y tal vez dijo a sus pilotos y soldados, parodiando a Julio Cesar:

—No temais que va con vosotros mi gran ideal.

.
Y para terminar: He procurado presentar ante vuestros ojos, ante la consideración vuestra, porque formais parte de la gran falange de los estudiantes de hogaño, la fórmula trazada por el filósofo alemán, y como medio de resolverla, los prácticos consejos que Marden ofrece a la juventud y todo ello puede concretarse en las palabras siguientes: para llegar desde la verdad, desde un principio al ideal, o sea al fin, tenemos que poner en la recta trazada por la voluntad, el carácter, el entusiasmo, el tiempo y la vocación.

Cuando hayamos operado bien con estos datos que constituyen el problema de la vida intelectual, todo se pondrá al alcance de nuestras manos.

Para ello tendreis en cuenta, que aún no están tomados todos los puntos, que no están aprovechados todos los recursos de nuestro país, que no ha revelado la naturaleza todos sus secretos.

Habeis tenido la dicha de nacer en esta progresiva época, que en nuestro provecho acopia las experiencias pretéritas, para hacer más intensa nuestra vida intelectual.

Dice Marden: Si nacisteis en una época en que la ciencia y el trabajo iluminan como nunca ¿cómo podeis permanecer sentados, con las manos cruzadas, pidiendo el auxilio de Dios en una obra para la cual os dió el necesario vigor y las apropiadas facultades?

Cuando las aguas del mar Rojo detuvieron el paso del pueblo escogido, impetró Moisés el divino auxilio y le contestó el Señor:

—¿Por qué me llamas? Dí a los hijos de Israel sigan adelante.

Hay mucho que hacer todavía en el mundo.

Ya hemos remontado el vuelo hasta tocar las nubes; ya hemos penetrado en las profundidades del mar con nuestras embarcaciones; ya hemos trocado las chispas del rayo en palabras y las enviamos sin más vehículo que nuestra voluntad; ya hemos grabado en la placa fotográfica las entrañas del ser humano... pero hay mucho que hacer todavía en el mundo.

Y a los estudiantes de hogaño está encargada tan sagrada misión, porque ellos son los renovadores del mañana, los continuadores del progreso, los purificadores del ambiente social, las fuerzas sagradas en cuyos alientos deposita la sociedad

actual los destinos futuros; los diamantes destinados a labrar los nuevos prismas a través de los cuales se han de ver las nuevas verdades de las inacabables ciencias.

Son, en fin, la semilla redentora que esta generación lanza a los yermos que manchan la civilización, para que las flores de su fecundidad coronen a los sembradores de antaño y llenen de frutos los graneros de las generaciones futuras.

INDICE



CUENTOS

	<u>Páginas</u>
Florimán	5
Juan Soldado	35
Con oro nada hay que falle	47
El caldo de las olivas	63
Cacería de amor	73
El desembojo	103

CONFERENCIAS

Palabras del Quijote.	120
Los estudiantes de hogaño	157

70E
jud

Obras del mismo autor

Siempre vivas. (POESÍAS).

Agotada.

Gérmenes. (POESÍAS).

Agotada.

Cocuyos. (SONETOS).

Agotada.

Relámpagos. (POESÍAS).

Agotada.

El libro de las Canciones. (POESÍAS).

Besos del sol. (POESÍAS).

Un telegrama.—Monólogo representable.

Los esclavos.—Diálogo representable.

Caín. (NOVELA).

Palabras y cuentos viejos. Cuentos y conferencias.

EN PRENSA

Las caracolas. (NOVELA).

Bajo las alamedas (POESÍAS).

PRECIO: 3 PTAS.